



FBI

Por

Alfred Hitchcock

JACK,
el INVENCIBLE

Alf Mans



JACK, "EL INVENCIBLE"



OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN
— : —

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma. (Agotado.)
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahúr. (Agotado.)
» 30.—Yo fui esclavo. (Agotado.)

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

- Núm. 1.—¡Culpable! (6.^a edición.)
» 2.—La hora gris. (4.^a edición.)
» 4.—El Cobarde. (4.^a edición.)
» 6.—Contra Scotland Yard. (3.^a edición.)
» 11.—Shanghai. (2.^a edición.)
» 16.—Tánger. (3.^a edición.)
» 20.—Terror en la Academia de Quantico.
(2.^a edición.)
» 23.—Destinos cruzados.
» 28.—Doctor X.
» 33.—Entre rejas.
» 43.—Tinieblas.
» 49.—La Maffia.
» 65.—¡Odio!
» 77.—El vengador negro.



N BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (8).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (3).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Favorosa elección. (5).

- | | |
|----------------------------------|--------------------------------|
| 58. La bestia escarlata, (3). | 70. Punto final, (5). |
| 59. Huellas de ultratumba, (11). | 71. ¡Mirad a las sombras! (3). |
| 60. S. O. S., (8). | 72. Entre esas brumas... (5). |
| 61. Billetes malditos, (3). | 73. Tortura, (13). |
| 62. Camino de perdición, (12). | 74. El confidente, (3). |
| 63. Camaradas enemigos, (3). | 75. ¡Terror! (5). |
| 64. A la deriva, (6). | 76. El final de Rocco, (5). |
| 65. ¡Odio! (1). | 77. El vengador negro, (1). |
| 66. Cita de madrugada, (3). | 78. ¡Codicia! (8). |
| 67. «Killer» a sueldo, (5). | 79. Sentenciado, (6). |
| 68. Muerte en el atardecer (4). | 80. Secreto de Estado, (4). |
| 69. Loup-Garou, (3). | 81. Alias «Lugger», (5). |
| | 82. Hora «D», (3). |

En preparación:

TRAFIGO MORTAL

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Mans. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settee. |
| (2) Fred Baxter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFate. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wanst. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | |

I

LOS PRIMEROS ATAQUES



O es usted demasiado impulsivo? —preguntó ella, sonriendo, y echando hacia atrás la cabeza para rehuir los labios que buscaban los suyos.

—No sonría así, por favor; que me entran calambres por las piernas —aseguró él, mintiendo exageradamente, pues marcaba los pasos de la rumba con la maestría de un bailarín profesional—. Créame, esto ha sido un flechazo de los que van quedando pocos. Verla, quedar deslumbrado por sus negros ojazos, sacarla a bailar y sentir el corazón a ciento por hora y un hormigueo en los dedos, todo ha sido uno, señorita Page. En mi vida había visto una boca

como la suya ni tenido en mis brazos un cuerpo tan... digamos, escultural.

—Creo que ha bebido usted demasiado por esta noche, señor Fletcher.

—¿Demasiado? ¡Nada, comparado con lo que me resta por beber en quince días! Pero le juro que el alcohol no interviene en mi adoración a usted. Me muero de...

—No lo haga; no me gustaría bailar con un cadáver —le interrumpió ella, esquivando hábilmente otra arremetida de los labios masculinos—. ¿No se da cuenta de que nos está mirando todo el mundo?

—Yo sólo tengo ojos para usted, encanto. Mirarla es recrearse en la belleza absoluta. Míreme también, sólo a mí; pero no se fije, por favor, en lo feo que soy.

Y ella, sonriente, observó la cabellera de color de remolacha, tan planchada que semejaba un casco de cobre, y los burlones ojos, azules, de expresión casi infantil, alegrando un rostro de facciones vulgares, en el que la nariz, corta y algo levantada, tenía una gran peca en la punta.

—Es usted rematadamente feo, amigo —manifestó la señorita Page, riendo abiertamente.

—Eso me lo dicen todas, pero reconocerá usted que tengo mis encantos, ¿verdad? —bromeó el llamado Fletcher.

Y ella lo reconoció interiormente: admitía la apostura del joven y su simpatía arrolladora. Y al danzar, en los giros violentos de la rumba, notaba bajo su mano unos músculos duros como una roca.

—Aún no sé por qué accedí a su invitación, señor Fletcher. Prefiero a los morenos; cuanto más, mejor.

—No dude que soy su tipo. Su pelo negro hace juego con el mío. ¡Verá! —Y el galán acercó su mejilla a la izquierda de ella.

—¡Guarde las formas, señor Fletcher! —insistió la joven, entre divertida y enojada—. ¡Estamos dando el escándalo!

No era cierto. En la pista del «*cabaret*». La Luciérnaga ninguna pareja se fijaba en las demás; y los asistentes sentados a las mesas, cenaban, charlaban e incrementaban con sus risas el estrépito medio armonioso de la orquesta situada en el centro. El ambiente estaba más que cargado. Era pasada la medianoche, y los camareros habían retirado bastante más de una botella vacía.

—Por usted, yo sería capaz de dar la hora de coronilla, señorita Page. Esta noche estaba dispuesto a ser el amo de Nueva York, y, sin embargo, al descubrirla a usted, he decidido ser su vasallo más leal, un vasallo enamorado con alma de trovador.

—¿Con alma de qué?... —interrogó ella, que, atenta al público, apenas si le había entendido—. Oiga: hay un individuo sentado junto a aquella columna que no hace más que mirarle a usted.

—Será a usted, preciosidad. ¡Vamos, señorita Page; no me ponga celoso! Emplee solamente conmigo sus armas de seducción y coja el compás de este «fox» que acaban de empezar.

Y enlazando a la joven con más fuerza, la apretó contra sí, a la vez que recitaba a su oído unas frases de amor, entre cómicas y apasionadas, que arrancaron carcajadas de la señorita Page.

—Oiga: ¿qué esconde, tan duro, debajo de la chaqueta? ¿Tan abultada tiene la cartera?

—La cartera la llevo en el otro lado, ricura; y abulta poco, porque todos son de a mil. Eso tan duro que usted dice es una costilla que se me ha desabrochado de tan fuerte como me late el corazón por usted.

—¡No sea guasón, que me tiene intrigada! —Y antes de que él pudiera evitarlo, ella tocó por encima de la chaqueta; se quedó seria repentinamente, balbuciendo al fin—: ¿Es una pistola? ¿Es usted un «poli» o un...?

—Ninguna de las dos cosas. Estoy empleado de sereno en una fábrica de artículos para señora, y ¡hay cada ladrona por allá!... Si usted es buenecita conmigo, le regalaré un muestrario entero.

—¡Mentiroso! —le acusó ella, zalamera.

—Palabra de sereno, que le voy a comprar un trono y la voy a vestir de reina. No se asuste de la pistola; está descargada.

Continuaron bailando, pero ya las galantes palabras de él no obtenían la consiguiente sonrisa. La joven había perdido la alegría. Notificó, al rato, en tono de preocupación:

—Escúcheme: cada vez que pasamos por delante de la mesa de ese de antes, se le queda a usted mirando fijamente. ¿Le conoce usted de algo?

—No vea visiones. Me juego la cabeza a que es a usted. Siempre me admiraron las mujeres; pero los hombres, ni chispa... —replicó él, sin hacerle caso.

—¡Compruébelo! ¡Aquel de junto a la columna! ¡El que está solo!

Y Fletcher obedeció, contrariado. Nunca había visto al individuo señalado. No reconoció ninguno de sus rasgos de latino. Volviendo a contemplar a su pareja, la tranquilizó:

—En mi vida lo he visto. ¡Cuidado, señorita Page, que me pongo celoso y esto va a arder por los cuatro costados! Que a usted le gustan los morenos y...

—¡No sea tonto! Esta noche prefiero los pelirrojos...

—¡Así se habla, encanto! Eso se merece una botella de «*champagne*». ¿Nos sentamos...?

Se dirigían, cogidos de la mano, a la mesita que ella había ocupado anteriormente a la invitación de bailar, cuando un «botones» pasó diciendo, con voz monótona:

—¡Señor Fletcher, al teléfono! ¡Señor Fletcher, al teléfono...!

La señorita Page se detuvo.

—¡Es a usted!

Parecía realmente sorprendido su acompañante al replicar:

—¿A mí? ¡No lo comprendo! ¡A nadie le dije que venía aquí! ¡Será a otro Fletcher!

—¡Señor John Fletcher, al teléfono!... ¡Señor John Fletcher, al teléfono...!

Empezó a arrugarse la frente de él, y más al insistir la joven:

—Usted me dijo que se llamaba Jack Fletcher. ¡A usted le llaman!^[1] ¡Ande! ¡Vaya! Yo le esperaré. ¿Es que le da miedo hablar con quién sea?

—Sí; sin duda, será algún acreedor que me ha localizado —bromeó él de palabra, aunque su expresión era de extrañeza—. O tal vez me llamen desde la fábrica... En fin, iré a ver quién es: pero volveré enseguida. Esta noche, nadie podrá estropear me mi plan. ¡Espérame, preciosa! Y no dejes que ningún moscón de estos zumbe a tu alrededor...

Se apartó de la señorita Page con un guiño cómico, y fue conducido por el «botones» a la parte del local donde se hallaba situada la cabina telefónica. Tuvo que salir de la sala de fiestas y recorrer un pasillo y pasar por delante de los «cabinets» de caballeros.

Preocupado indudablemente a causa de la inesperada llamada,

bastaba observar su entrecejo fruncido, apenas cayó en la cuenta de que aquella parte aparecía desierta. Después de entregar un níquel al «botones», entró en la cabina telefónica. Era amplia y tenía las paredes acolchadas, a fin de que no penetrasen los sonos de la orquesta. El auricular estaba descolgado.

Preguntó por él, secamente:

—¡Diga! ¿Quién es?

—«¡Hallo, míster Fletcher!». ¿Es usted? —le saludó una voz varonil al otro extremo del hilo.

—Sí. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—Escuche, señor Fletcher. Usted no me conoce, ni creo que me conocerá nunca. Sin embargo, poseo unos datos que podrán interesarle muchísimo. En pocas palabras, deseo contarle una corta historia, para que usted pueda darse cuenta de lo importante que es... —Y la voz continuó hablando calmamente, diciendo vaguedades.

El titulado Fletcher, de espaldas a la puerta, no pudo ver que ésta se abría pulgada a pulgada, asomando primeramente por la rendija cada vez mayor, un puñal de larga hoja puntiaguda y una mano de piel morena, con los tendones tensos, dispuesta a asestar el golpe fatal.

La puerta de la cabina fue abriéndose más y más, hasta aparecer la cabeza del individuo de origen latino que había llamado, con su fijeza impertinente, la atención de la bella señorita Page. Sus facciones estaban rígidas, y en las pupilas fulguraba un brillo asesino... Su brazo derecho comenzó a avanzar, a la vez que se alzaba lentamente...

La mayor intensidad de las notas de la lejana orquesta, al ser entreabierta la puerta, o la corriente de aire, o la respiración del latino, o el aviso de esa potencia humana que suele llamarse sexto sentido, hizo volver la cabeza al llamado Fletcher.

Durante un segundo quedó inmóvil, sorprendido del peligro que se le echaba encima; más, demostrando poseer unos reflejos veloces, reaccionó enseguida. De un salto lateral, refugiándose en el rincón opuesto, hurtó su cuerpo al ataque del acero, que fue a hundirse en el acolchado, mientras su criminal propietario lanzaba un rugido de rabia.

Instintivamente, Fletcher quiso golpear con el auricular la mano

armada, pero el cordón no dio el largo suficiente. Fue lo bastante para que el latino tuviera tiempo de tirar del puñal y dirigirlo al pecho de la víctima elegida.

Soltando el auricular, el atacado consiguió alcanzar al vuelo la muñeca del otro, deteniéndola en su trayectoria letal.

Y entonces, ambos hombres cara a cara, pusieron en tensión los músculos de sus brazos, intentando vencer la resistencia del contrario. Pasado el primer momento de asombro, los azules ojos de Fletcher volvían a adquirir su expresión juvenil y en sus labios bailoteaba una sonrisa, como si todo aquello le resultara muy gracioso. Preguntó a su contrincante, en tono casi amable:

—¿A qué viene esto, amigo mío? ¿Qué cuenta pendiente hay entre tú y yo? ¿Acaso tienes que ver algo con la muchacha que me acompañaba?...

Gruñó el latino una palabra ininteligible, dando una embestida y logrando que la punta acerada se acercase unas pulgadas más al cuerpo del joven.

El asesino, con la boca contraída, y la presunta víctima, sin perder su simpática sonrisa, mezclaron sus alientos. Les temblaban los bíceps, en tanto que sus piernas se mantenían rígidas, como clavadas al suelo. El reducido ámbito de la cabina no le permitía hacer ningún movimiento de retroceso.

Además, el amenazado daba la impresión de importarle muy poco la muerte. Posiblemente, de quererlo, habría conseguido correr la espalda hasta el hueco de la entreabierta puerta. Mas él permanecía quieto, sin valerse siquiera del brazo izquierdo. Chocaba su gesto. Un hombre valiente habría demostrado una serenidad fría; él parecía gozar en tan peligrosa situación. Bien pudiera pensarse que el alcohol ingerido en la sala, le había oscurecido la mente y no se percataba de la gravedad de las circunstancias. No obstante, esta suposición se desmoronaba, al verle sujetar y contener eficazmente la muñeca del otro. Y sus siguientes palabras le revelaron como poseedor de una ironía mordaz y de una entereza admirable:

—Aún estás a tiempo de decirme dónde quieres que te entierren. Si sabes rezar, hazlo enseguida. Te queda poco... No hay más que fijar se en tus ojos de huevo duro y en el sudor que te corre. Empieza a dormírsete el brazo, ¿verdad?

El criminal atacante, en efecto, tenía la impresión de estar luchando contra una palanca de hierro; comenzaba a experimentar el agotamiento. La llamarada que pareció brotar de sus pupilas indicó su último y desesperado intento por cometer el crimen. Quiso variar la posición del puñal, de arriba abajo y en oblicuo, apoyando todo el peso de su cuerpo.

Pagó las consecuencias de su grave error. Sintió como si unas tenazas le retorcieran el brazo hasta colocárselo en una postura inverosímil, vio que el puñal apuntaba a su pecho y, antes de que lograra volverlo a su posición primitiva, un dolor horrible y un mundo de tinieblas se apoderaron de él. Su cadáver cayó al suelo, con el corazón partido en dos. A su peso, la puerta de la cabina se abrió del todo y de golpe.

Fletcher tomó de nuevo el auricular y, procurando imitar la voz del muerto, notificó:

—¡Ya lo he liquidado! ¿Dónde me esperas?

La única respuesta fue un «clic» metálico. El misterioso comunicante no había caído en la trampa y acababa de colgar.

Entonces, el joven se arrodilló, empezando a registrar con minuciosidad los bolsillos del yacente. Aparte de una cajetilla de «Camel», de un pañuelo, de un encendedor y de unos cuantos billetes, no halló nada que permitiera identificarlo.

Incorporado ya, se recomponía el traje, cuando un individuo rechoncho y con el sombrero calado hasta las orejas, se aproximó corriendo y empuñando una «F. N.».

—¡Dese preso!

Haciendo caso omiso de la amenaza del recién llegado, Fletcher se reajustó el nudo de la corbata, calmoso, mientras replicaba:

—¡Déjese de tonterías! ¿Quién es usted?

El individuo, desconcertado, se puso de puntillas como para aparentar mayor humanidad, e insistió roncamente:

—¡Brazos en alto o lo acribillo a balazos! Soy el detective del local.

No tenía aspecto de mentir. Su nariz rojiza delataba la constante permanencia en el bar, bebiendo gratuitamente, y su oronda barriga, las repetidas visitas a la cocina. Bien comido y bien bebido, aquella ocasión de detener a un asesino, le encumbraría a la fama. Un cliente le había avisado, hacia un instante, de que un hombre

estaba desvalijando a otro tendido en el suelo de la cabina telefónica.

—¡Bien! ¡Venga acá! —le invitó el joven, levantando las manos a la altura de los hombros. Su mirada seguía sin abandonar la expresión burlona—. ¡Sujete esos nervios, hombre de Dios! Lo mismo me apunta usted a la cabeza que a los pies. ¡Acérquese! No soy el lobo feroz...

Detrás del detective aparecieron varios camareros, enarbolando los objetos más diversos. Su número les infundía un valor ficticio; habría bastado un movimiento sospechoso de Fletcher para que todos corrieran a esconderse como ratas bajo golpes de escoba. A uno de ellos, ordenó el detective, dándoselas de precavido:

—¡Ve por detrás, y desármalo! No te pongas en mi línea de tiro.

El peligro radicaba únicamente en el nerviosismo del detective. Su temor era tan grande, que estúpidamente, apretaría el gatillo a la más leve resistencia del joven.

Este último permitió que el camarero le despojase del revólver que colgaba en su sobaquera. A la vista del arma, el detective lanzó un bufido de satisfacción.

—Al lobo ya lo hemos dejado sin dientes.

—Ahora, quítenme la cartera también —le invitó Fletcher amablemente—. Y échele un vistazo a algo que hay dentro. Tendrá usted que devolverme la dentadura. ¿Sabe leer?

El mismo camarero se encargó de registrar la cartera de bolsillo. Y puso ante los ojos de besugo del detective, un «carnet».

—John Fletcher... Inspector especial del

F. B. I.

¿Usted es del

F. B. I.?

—Por gracia de Dios y de la Constitución. Y, ahora, por favor, guárdese esa pistolita. Me ponen nervioso los niños que juegan con armas de fuego.

Entre los camareros hubo murmullos, y el detective, más que alelado, apuntaba tan pronto a unos como a otros. Experimentaba la sensación de que el techo se le desplomaba encima. ¡Creía haber detenido a un peligroso «gángster», y sólo había hecho el ridículo más estrepitoso!

Excusándose torpemente, balbuciendo frases de disculpas,

devolvió a Fletcher el revólver, la cartera y el «carnet».

—¿Qué es lo que ha pasado, inspector? —preguntó luego, contemplando el cadáver.

—Este quiso matarme. ¿Lo conocen ustedes?

Ninguno lo reconoció como cliente habitual. En presencia de todos, el joven penetró en la cabina, y marcó unas letras y unas cifras. Al momento, dijo:

—Con el inspector Davidson. Soy Fletcher.

—...

En tanto le daban la comunicación pedida, apartándose el auricular, mandó al detective:

—Que cada uno se reintegre a su puesto. Aquí no ha pasado nada. Y usted, búsqume en la sala a una muchacha morena, vestida con un traje azul, sentada a una de las mesas de la izquierda.

—¿La señorita que le acompañaba, señor? —preguntó uno de los camareros, que debía haberle visto anteriormente bailando con ella.

—Sí. Indíquese la al detective.

Unos sonidos procedentes del aparato, le hicieron aplicarse de nuevo el auricular.

—¡Davidson!

—Sí, Jack. ¿Qué te ocurre para llamarme a estas horas? —interrogó una voz bronca, de persona acabada de despertar.

—Ordena que vengan a recoger un «fiambre».

—¿Qué dices? —Y la voz del otro adquirió un tono agudo—. Me sales ahora con ésas, cuando yo te creía borracho perdido.

—Pronto, muy pronto lo estaré —admitió Fletcher, festivamente—. Un individuo ha intentado apuñalarme, y tuve que quitarlo de en medio.

No sé quién es ni qué venía buscando. En los bolsillos no tiene nada de importancia. Tomadle las huellas, a ver si lo identificáis. El detective de aquí os esperará. Yo me voy.

—¿Qué tú te vas? ¿Y las investigaciones? ¿Acaso te «cascó» ése en la cabeza y te ha dejado?...

Fletcher se echó a reír.

—No; que no quiero líos, amiguito. Yo estoy de vacaciones. Deseo celebrar mi ascenso como os dije, y por nada del mundo perderé este descanso. ¡Trabajad, muchachos; trabajad y

descubriréis todo! Luego, dentro de quince días, me contaréis por qué éste intentó cortar en seco mi carrera. ¡Adiós, amigo! Y ándate con vista, si no prefieres que te echen un buen rapapolvos por no averiguar la verdad. Ya sabes que en Washington son muy exigentes.

—¿Estás loco? ¡Caramba! (el inspector David —son no dijo «caramba»). Eres tú, tú, quien tendrá que hacerse cargo del asunto...

La risa de Fletcher aumentó de grados, al oír la sarta de exclamaciones poco académicas de su compañero.

—No insistas, amigo. ¡Recuerda que disfruto de vacaciones! Ahora sólo soy un particular al que han querido asesinar. Allá que la Policía se las entienda en descubrir a los culpables. ¡Para eso pago los impuestos! ¡Los buenos ciudadanos tienen derecho a ser protegidos por los servidores de la Ley!

Al salir de la cabina se tropezó con el detective, el cual le comunicó:

—Esa mujer no aparece por ningún sitio, inspector. Y acaban de comunicarme que la encargada de los lavabos y un «botones» han sido golpeados y amordazados en el cuarto donde se guardan las cosas de la limpieza. ¡Esto es un verdadero desastre, inspector!

—Explíquele todo muy detenidamente a mis compañeros, que no tardarán en venir —le aconsejó Jack Fletcher, dirigiéndose a la sala de baile.

En efecto, la que decía llamarse Page no estaba sentada a su mesa, y tampoco aparecía por ningún sitio del local. ¡La linda joven había «volado»!

Sospechó de primer momento el del
F. B. I.,

que ella había colaborado en la encerrona preparada contra él. No podía explicarse de otra manera su gran interés por convencerle para que atendiese a la llamada telefónica. Luego, su misteriosa desaparición... Si lograba encontrarla, posiblemente podría descubrir la verdad de...

Interrogó al portero de La Luciérnaga, explicándole antes cómo era y cómo vestía la señorita Page. Tras hacer memoria, el portero repuso:

—Por las señas que usted me da, debe de ser una muchacha que

salió sola hace un rato. Yo mismo llamé a un «taxi», y da la gran casualidad que la oí decir al chófer: «¡Al Morocco; aprisa!».

Poco tardó el inspector especial en subir a un coche de alquiler y ordenar al conductor que lo condujese a todo gas al Morocco.

Conforme el vehículo iba rodando por las amplias arterias de Nueva York, casi solitarias a tan altas horas de la noche, el afán de acción fue aminorándose en el propósito de Fletcher y parecieron disipársele los restos de los vapores alcohólicos que habían enturbiado su cerebro.

Así lo demostraban sus movimientos, calmosos, serenos, al sacar una pitillera plana y plateada, y elegir, después de un detenido examen, un cigarrillo.

Con la mirada distraída en el desfile de fachadas a lo largo de la carrera, su pensamiento se ocupó en averiguar los motivos de aquel intento de asesinato.

No comprendía la causa, no le encontraba justificación alguna. Hacía dos días que acababa de ser dado de alta en el hospital, curada su herida de bala. Había transcurrido más de medio mes desde que él tuvo la última actuación policial, contra un tal Hoskins, un ricachón enriquecido más aún con el comercio de material nuevo perteneciente a los Ejércitos de los Estados Unidos, comprado como si fuera de desecho, por la complicidad de unos empleados de categoría —de alta, pero de mala categoría—, y vendido a traficantes de Europa y de Asia. Éste era el motivo de que hubiese intervenido el

F. B. I.

Descubierta, gracias a él, la corrupción y la trama, cuando fue a detener a Hoskins, se encontró con un individuo desesperado, que primero le ofrecía dinero, para sobornarlo, y luego le disparaba a traición. Hoskins había caído en el duelo, y él escapó malamente con una herida grave. La pandilla de Hoskins había quedado aniquilada en su totalidad. De quedar uno sin atrapar, y con ganas de revancha, habría tenido la probabilidad de matarlo a mansalva en el hospital donde se había restablecido.

Eran contadísimos los casos en que un forajido capturado por los agentes del

F. B. I.,

se atreviese, después de cumplir la condena, a tratar de vengarse.

Los malhechores se resignaban, por mucho que amenazasen y profetizasen al escuchar la sentencia. En la prisión se les apagaba la ira, y al recibir la libertad, lo que deseaban era no tropezarse, ni por casualidad, con el que lo apresó. Además, ninguno del «*affaire Hoskins*» estaba en la calle.

¿Quién sería el latino apuñalado? ¿A quién pertenecería la voz del que le habló por teléfono? La llamada Page, ¿sería una cómplice de...?

Desechó de su pensamiento, definitivamente, esta última interrogante, por oponerse a la lógica.

Aquella misma mañana, en el primer correo, había llegado desde Washington, firmado por el director del

F. B. I.,

su ascenso a inspector especial, con el «carnet» correspondiente y un permiso de vacaciones de quince días, como recompensa a sus muchos años de servicios y a su espléndida labor en el «caso Hoskins». Junto con el inspector Davidson y los restantes compañeros de la plantilla de la División de Nueva York, tomaron unos «high-balls».

Después de comer en su hotel, se echó a dormir hasta la hora de cenar. Como el cuerpo le pidiese diversión, caprichosamente había elegido La Luciérnaga.

Recordaba al detalle su aparición en el local. Cuando él entró, ya estaba allí, sentada, la señorita Page. Él la eligió simplemente por gustarle más que las otras mujeres que se hallaban allá, a su antojo. Ni siquiera ella le había mirado con el fin de atraerle.

Jack Fletcher extrajo la conclusión de que la joven no había tenido parte en los acontecimientos desarrollados. Dedujo que el interés de ella, porque él acudiese al teléfono, se reducía a aprovechar la ocasión de desembarazarse de un individuo que portaba un arma de fuego debajo de la chaqueta. Él había notado su cambio radical, en cuanto se cercioró de que iba armado.

Sencillamente, la señorita Page no quería líos, no le gustaba alternar con policías ni con «gángsters».

Y este convencimiento, y el recuerdo del horrible gesto del cadáver, le obligaron a indicar al chófer:

—No siga, y lléveme al Hotel Royal, de la Setenta y Uno.

Se le había torcido la noche, y lo mejor sería acostarse, Él era

hombre duro, acostumbrado a ver la muerte cara a cara, a no desmayarse como una damisela delante de un muerto, pero tampoco carecía de sentimientos. Había matado en defensa propia a un criminal, cierto, más, sin embargo, aquella noche ya no le ofrecía tentadoras diversiones...



Los REYES MAGOS

TRAEN A MILLARES

Cuadernos EXTRAORDINARIOS

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡PORQUE SON LOS MEJORES!

II

EL FINAL DE UN «MEDIO PASEO»



de su ensimismamiento:

—Hotel Royal, señor.

Maquinalmente, el inspector se apeó del vehículo, a la vez que preguntaba cuánto debía. De pie en la acera, y al resplandor del globo luminoso que iluminaba la entrada del hotel, aguardó las vueltas del billete entregado.

—Gracias, señor —dijo el chófer, embolsándose el importe y la propina, arrancando su coche a continuación.

Giraba Fletcher sobre sus talones, cuando un individuo, de sombrero con el ala bajada, que salía del hotel, se le acercó,

A voz del «taxista» le sacó

preguntándole:

—¿Señor Fletcher?

—Sí —repuso el joven, inconscientemente.

Y al momento sintió en su cadera el contacto de un cuerpo rígido: el cañón de un arma empuñada por el individuo dentro de un bolsillo de su chaqueta.

Fletcher restó inmóvil. Sabía que el menor movimiento suyo le acarrearía un balazo. ¡Ahora sí le habían cazado, con igual comodidad que el cazador espera desde el puesto a la incauta pieza! Le parecían increíbles aquellos ataques contra él. Nunca, nunca, se había dado el caso de que los forajidos buscasen de manera tan encarnizada a un agente del

F. B. I.

Se defendían de ellos al verse acorralados, pero buscarlos hasta en sus propios domicilios, ¡jamás! Los fuera de la Ley no ignoraban que atacar a uno del

F. B. I.

era hacer oposiciones a morir con el cuerpo relleno de plomo o carbonizado por la silla eléctrica.

Además, ¡si a él no le habían encomendado ninguna investigación! ¡Estaba con vacaciones! Seguía pareciéndole imposible cuanto le sucedía aquella noche.

—¿A qué viene esto? —preguntó, al fin, recobrándose.

—Ahora lo verás —fue la respuesta del otro, que se quitaba y volvía a poner el sombrero, con la mano izquierda.

Debió de ser esto una señal, pues al momento se aproximó un segundo individuo, de semejante apariencia, y por la calzada se acercó un automóvil a moderada velocidad, rozando con sus neumáticos de un lado el bordillo de la acera.

El recién llegado se situó a la izquierda del inspector, advirtiéndole en tono quedo:

—Intenta gritar o resistirte, y te asamos aquí mismo.

Y de un empujón le hicieron subir al coche, cuya portezuela había abierto el chófer desde el interior. No iba ningún ocupante más. Con un resoplido del motor y una violenta arrancada, el vehículo se alejó del hotel.

A Fletcher le obligaron a ocupar el asiento posterior, en tanto que los dos individuos se sentaron en los transportines. Al amparo

del arma empuñada por su compañero, uno de ellos le cacheó, arrebatándole el revólver.

—¿A dónde me lleváis? ¿Puede saberse? —les preguntó el inspector, amablemente, con su peculiar serenidad, como si fuese con unos amigos.

—Tú has liquidado a uno de los nuestros, ¿verdad? Pues lo vas a pagar caro.

Ya no le cupo duda alguna a Jack que sus desconocidos enemigos le habían seguido desde el hotel a La Luciérnaga, buscando la ocasión más propicia para matarlo. Y, tal vez, el misterioso interlocutor telefónico, al enterarse de que su secuaz había fracasado, ordenó, sin perder un instante, que lo aguardasen a la entrada del Royal. Tuvieron tiempo de sobra, por haberlo perdido él al encaminarse hacia el Morocco primeramente. No le entrañaba que conociesen su dirección: cualquier ordenanza de Center Street la sabía y no tenía por qué negarla.

Continuaba sin descubrir por entero las facciones de sus aprehensores, más supuso que se trataba de vulgares «gángsters». Fraguó una treta que en otras ocasiones parecidas le resultó positiva.

—No me explico cómo os atrevéis a meteros con uno del
F. B. I.

Os considero veteranos y no podéis ignorar la responsabilidad que caerá sobre vosotros. Tocadme un pelo siquiera y mis camaradas no cejarán hasta exterminaros.

—¿Qué tú eres del
F. B. I.?

¡No gastes bromas! A otro perro con ese hueso. Tú vas a pagarlas todas juntas y bien. Teníamos orden de sacudirte en cuanto te echásemos la vista encima, pero hemos pensado hacerte bailar en la cuerda floja antes de levantarte la tapa de los sesos. Lo que has hecho con nuestro compañero...

—¡Ah! ¿No creéis que soy del
F. B. I.?

Pues siento disgustaros. Registradme y encontraréis la prueba.

No tardó uno de los forajidos en hacerse con la placa de agente especial y el «carnet», junto con la cartera y la pitillera. A la llama de un encendedor se cercioraron de que el capturado no mentía.

—Oíd, muchachos: es verdad, ¡que es del
F. B. I.!

¿Cómo no se nos dijo antes? Por cincuenta «machacantes» yo no me cargo a un tipo de éstos. ¡Es una guarrada lo que se ha hecho con nosotros!

—Nos dijeron que era uno como nosotros, ni más ni menos.

El individuo que conducía intervino, denotando ascendencia sobre los otros:

—¡Qué más da! ¿Es que el tipo este tiene la cabeza más dura que los demás? El jefe ha ordenado una cosa, y hay que cumplirla, ¿no? Cuando lo hayamos finiquitado, ya pediremos mayor cantidad. Lo tenemos en nuestras manos, ¿no? Entonces, a acabar con él, y asunto terminado. No olvidéis que sí lo soltamos nos perseguirá como un sabueso. Lo más difícil, que era atraparlo, ya está hecho, ¿no?

Sus razonamientos lograron disipar las vacilaciones de los bandidos. Se consideraban más fuertes, y seguros de que nadie los había visto. A la mañana siguiente, alguien encontraría tirado un cadáver...; y nada más.

Fletcher se dio cuenta de que su estratagema le serviría de poco; tenía perdida la partida. Se mantuvo unos instantes en silencio. Por la ventanilla observó que estaban llegando a los suburbios. No tardarían en hacerle apearse, y el «medio paseo» habría concluido, fatalmente para él.

En tono amistoso, les pidió:

—A los condenados a muerte se les concede cuánto quieren, menos la libertad, ¡claro está! Dadme un cigarrillo —y al ver que uno de los forajidos sacaba un paquete suyo; especificó—: Permitidme que sea uno de los míos. Son de mi marca preferida.

Con segura manipulación, tomó su pitillera plateada de las manos del criminal que se la había apropiado, y la abrió, eligiendo uno de los cigarrillos.

—Fumen si quieren; son excelentes —les invitó con una naturalidad sorprendente.

Le ofrecieron lumbre, y el resplandor puso de relieve sus facciones; sus ojos mostraban una expresión burlona, que los otros no llegaron a captar. Posiblemente, por desconfianza, y bastante asombrados de la entereza de su futura víctima, no fumaron. No era

la primera vez que daban un «medio paseo» a alguien y siempre se regodearon del miedo del sentenciado. En el caso presente, el del F. B. I.

les estaba dando una lección magistral de serenidad y resignación.

—Mal, muchachos; muy mal, y lo digo por vosotros. Os vais a meter en un laberinto de difícil salida, si me matáis. Todavía estáis a tiempo de evitarlo. Sed razonables, dejad que el serrín de vuestros cerebros haga algo, y cambiaréis de opinión.

—Cerradle el pico de un puñetazo —aconsejó, brutal, el conductor—. Lo que quiere es embaucaros. Labia no le falta, ¿no?

Y como uno de los que se hallaban sentados en los transportines fuese a levantar el brazo, Fletcher, sin hacer ademán de parar el golpe, lo inmovilizó, diciendo, jovial:

—¡No te molestes! ¿Qué necesidad tengo de irme al otro mundo con un cardenal en la cara? ¡Hablemos de otra cosa! Concededme, al menos, este derecho. Conversemos, por ejemplo, sobre vuestro jefe. ¿Quién es?

Una bofetada bestial le tiró el cigarrillo al asiento. Sin inmutarse. Jack Fletcher lo recogió, y con un suspiro de satisfacción, comprobó que seguía encendido. Dándole una chupada larga, dijo después, sin rencor, casi disculpándoles:

—No ha sido nada de importancia, ¿verdad, muchachos? Vosotros estáis acostumbrados a pegar, y yo a pegar y a recibir. En esto creo que os saco ventaja. Una de las principales virtudes es saber perder; otra, también fundamental, y muy de personas educadas, no recrearse nunca en la desgracia del vencido.

—¡Calla o te...!

Fletcher enmudeció y continuó fumando.

A través de los cristales de las ventanillas sólo divisaban algunas temblorosas luces, aisladas, colgadas en la oscuridad de la noche. Habían salido de Nueva York.

El coche pasó al lado de la masa sombría de una arboleda, deteniéndose por fin. Ordenó el conductor:

—¡Echadlo abajo! Este sitio no está mal del todo, ¿no?

Encañonado por dos pistolas, el inspector tuvo que apearse. El momento fatal era inminente. Hacía fresco y no se oía más ruido que el murmullo de las hojas de los árboles y las pisadas de los hombres en la arena del camino.

—Metedlo más adelante, para luego no tener que arrastrarlo.

El más templado habría sentido miedo... Fletcher no lo aparentaba. Con el cigarrillo casi consumido entre los dedos, repitió a sus verdugos:

—Pensad bien lo que vais a hacer. Mi muerte sólo significará unos dólares, de momento; luego os quemarán, os arrepentiréis.

Y volvió a hacerles una serie de consideraciones y razonamientos, con la frialdad de una persona que fuese simple espectador de la cruenta escena que se avecinaba.

Algo nerviosos, hasta sobrecogidos, los «gángsters» le escuchaban, frente a él, apuntándole con sus armas.

Fletcher dejó caer el cigarrillo en el centro del grupo y preguntó por última vez, ante el mutismo siniestro de sus enemigos:

—¿Lo habéis pensado bien? Decidme, al menos, quién ha mandado asesinar me. Es una curiosidad...

De súbito, un fogonazo deslumbrante por su lividez pareció brotar de las entrañas de la tierra, por entre las piernas de todos ellos. Gritaron, cegados y sorprendidos los «gángsters», retrocediendo atropelladamente, y uno de ellos sintió que le arrebataban la pistola de un tirón. Su maldición sirvió de aviso a sus compañeros, que apretaron los gatillos, disparando a tontas y a locas, intuyendo que era una añagaza del inspector del F. B. I.

Éste, que había aguardado con verdadera ansia que la lumbre de su cigarrillo llegase a los polvos de magnesio introducidos junto a la boquilla, se hallaba ya de bruces en el suelo, empuñando el arma quitada al forajido que tenía más próximo.

Sintió el silbido de los proyectiles por encima de su cabeza, y como sabía que el deslumbramiento cegaba a sus enemigos, aguantó unos instantes sin disparar. Cuando lo hizo, fue precisando a los bultos. El arma escupió bala tras bala su mortífera carga, y a las detonaciones se unieron los alaridos y los ayes de dolor mezclados con blasfemias horribles.

Cogidos por sorpresa, los bandidos no tuvieron oportunidad de buscar un refugio y rehacerse. Se desplomaron el chófer y el que había abofeteado a Fletcher. El tercero, por haber quedado desarmado, buscó la salvación en la huida, en dirección al coche. No consiguió subir. El último proyectil que encerraba la pistola del

inspector se le incrustó en la cadera, derribándolo a tierra. Quiso avanzar, arrastrándose, pero el terrible dolor se lo impedía. El más leve movimiento le daba la sensación de que se le partía el cuerpo en dos por la cintura.

Poniéndose en pie, de un salto, Jack se cercioró de la muerte del chófer y del otro, apoderándose del revólver que le habían quitado en el coche.

Al escuchar los quejidos del tercer «gángster», se aproximó a él, adoptando las debidas precauciones. Lo registró de arriba abajo, aprovechándose de su inmovilidad.

—¡Sálveme! ¡Que me curen! —le rogaba, implorante, el criminal.

El inspector encendió los faros del automóvil, y dentro de su campo luminoso, arrastró los cadáveres. Examinados sus bolsillos, no halló nada que revelase alguna pista a seguir. Una vez con la cartera, la placa y el «carnet», volvió junto al herido.

—Si me dices quién es vuestro jefe, te llevaré conmigo. De lo contrario, te queda una noche por delante, aquí, desangrándote...

Capituló el forajido, y entre lamentos, confesó:

—¡Ferguson...!

El apellido Ferguson le era conocido a Jack como relacionado con un sector de... ¡Ferguson...!

—¿Quién es Ferguson? ¿Dónde le puedo encontrar?

—Es el dueño de El Sombrero de Copa. Y estará ahora allí, pero es muy difícil verlo. Está guardado... En cuanto haya barullo huirá por una puerta falsa...

Ahora sí recordó Fletcher haber oído hablar en la División, acerca del tal Ferguson; algo relacionado con una sala de juego enmascarada bajo la apariencia de «boîte»...

Levantando en vilo al herido, lo echó en el piso del automóvil, sentándose él al volante. Hizo las correspondientes maniobras, y emprendió el regreso a la ciudad, dejando tendidos en el polvo del camino a los dos malhechores que habían pagado bien caro sus criminales propósitos.

Sobre el macadam de la carretera, las ruedas del coche no parecían tocarlo; el acelerador iba pisado a fondo.

El resplandor del cuadro iluminaba el rostro pecoso del inspector. Una sonrisa medio dibujada en sus labios indicaba la

satisfacción por haber conseguido averiguar, al fin, el nombre de la persona que estaba atacándole sin tregua y sin justificación, por el momento. Nunca había tenido él contacto con Fergusson, y tampoco creía haberle lesionado en sus ilegales intereses. El

F. B. I.

tenía por hacer labores mucho más interesantes que descubrir y cerrar casas de juego.

Corriendo por Boston Road, a la altura de Morrisania, un coche con el rótulo de «Police» en el techo, se le atravesó, obligándole a frenar con el consiguiente resbalamiento de las cubiertas.

—¡Apéese, y venga acá! —le gritaron los uniformados policías de la Patrulla Volante, asomando por las ventanillas los cañones de unas metralletas.

La fantástica velocidad del vehículo conducido por Fletcher les había hecho sospechar que no se trataba de un cualquiera amante de correr a velocidades prohibidas por el código de circulación.

Obedeció Jack. Sus credenciales como inspector del

F. B. I.

acallaron las reconvenciones, e impidieron la detención y la multa.

—Necesito que transporten a un herido al hospital más próximo y que le hagan una operación urgente. Uno de ustedes, llame al inspector Davidson, del

F. B. I.,

de guardia ahora en Center, y léanle lo que voy a escribirles. ¿Me dan pluma y papel?

Apoyando la hoja en la carrocería, escribió con la estilográfica:

«Ahí te envío otro conflicto más. Yo voy a El Sombrero de Copa, de Fergusson, pues de allí parten los tiros. Acércate, sin dar escándalo y no actúes hasta que no oigas jaleo. Como verás, mi primera noche de vacaciones está resultando demasiado divertida. Jack».

Y después de entregar la nota a los policías y de comprobar que trataban bien al herido, al traspasarlo a su automóvil, les instruyó respecto al sitio donde yacían los cadáveres de los otros dos.

—¿En qué calle está El Sombrero de Copa?

—A mitad de la Ámsterdam —fue la respuesta.

—¡Anden! No pierdan el tiempo.

Partió raudo el coche de la Patrulla Volante, y Fletcher subió en el suyo, adelantándoles por la izquierda a los pocos instantes. Un mechón de cabellos rojizos le caía sobre la frente, y en sus ojos azules lucía la determinación firme de aclarar enseguida el misterio que amenazaba con echarle a perder sus días de descanso.

Jack Fletcher ya no meditaba ni conjeturaba sobre los motivos que Ferguson podría tener para desear eliminarlo. El inspector no acostumbraba a atormentarse el pensamiento, cuando sabía que los acontecimientos se lo darían todo resuelto. Hombre de acción cien por cien, su lema era:

«Concéntrate al máximo en lo que tienes entre manos, que lo demás vendrá por añadidura y a su paso». Fórmula simplista, que a él le daba buen resultado. Si Ferguson poseía el secreto, ¿para qué hacer cábalas? Con arrancarle a Ferguson la clave, asuntó liquidado.

Abandonó el automóvil a la entrada de la 86nd West, y a pie se encaminó a El Sombrero de Copa. Recordando la advertencia del «gángster» herido, proyectó una manera de encararse a Ferguson sin hacer uso de la fuerza.

Penetró en el local con pasos no muy seguros, y simulando importarle un bledo la concurrencia, la pista y la orquesta, se apoyó pesadamente en la barra del bar. Con voz estrepitosa pidió tres «whiskies» seguidos, y no hubiese causado tanto asombro en el mozo que le servía de haber sabido este que la mayor parte del licor era arrojado disimuladamente al suelo.

Siguiendo la comedia, se dedicó a molestar con audaces impertinencias a las muchachas próximas a él. Para los circunstantes quedó evidente que aquel individuo pecoso estaba en el segundo grado de la borrachera. Dos tipos fornidos y grandullones empezaron a observarle atentamente, a una indicación del «barman».

—Oiga, jovencito: ¿aquí no hay nada para divertirse de verdad? Estas damiselas me parecen insulsas, demasiado remilgadas para un hombre como yo, acabado de llegar de allá. En mi tierra, las mujeres son mujeres, y no muñecas de porcelana. ¡Tanto hablar de Nueva York!... ¡Puah...!

—Baile usted, caballero —le propuso el del mostrador.

—¿Cómo? ¿Con esa charanga? Un rato mejor es la tanda de mi pueblo —aseguró Jack, despreciativo, moviendo la cabeza y las manos exageradamente—. Para la primera vez que vengo a Nueva York, me tropiezo con cada aburrimiento que se me están desencajando las mandíbulas. ¡Ponme otro vaso, chaval! El «*whisky*» es lo único que se puede tomar en este tugurio. ¡Toma, cóbrate! Y no me engañes, ¿eh? Que aunque parece que no veo, yo veo.

Notándose observado, se tragó el contenido del vaso. En la mano izquierda sostenía la cartera, por la que asomaban parte de unos billetes de gran valor. Contó torpemente las vueltas, empleando excesivo tiempo, mientras murmuraba:

—No doy una propina ni a mi padre. Hace falta criar muchos cerdos para ganar un dólar. Aquí, en Nueva York, todos os creéis que el dinero es agua. Me voy a buscar un sitio más divertido, donde por lo menos haya unos cuantos de pelo en pecho con los que pueda uno jugarse las pestañas. Ahí si entro yo, ya lo sabe usted: jugar una partidita. En mi pueblo lo hacemos bastante bien, y yo no soy manco.

Se separaba vacilante de la barra, cuando se le aproximó uno de los tipos fornidos que estaban vigilándole.

—Usted perdone, caballero; pero le he oído hablar sobre —y el individuo bajó la voz, con aire misterioso— lo aburrido que está esto. Igual que a usted me pasa a mí, con la diferencia de que como yo vengo a menudo, sé dónde guardan lo bueno. Acompáñeme si quiere probar fortuna. Lo que sucede es que, claro, el juego no se permite...; sólo a personas presentadas, de confianza... Le presentaré...

Mirándole estúpidamente, Fletcher le dijo, a la vez que le cogía familiarmente del brazo:

—Es usted mi salvador, amigo del alma. Su voz tiene fascinación de sirena, señor mío. Le estaré agradecido toda mi vida por tal favor. ¿Tomamos antes un traguito?

—No, gracias. Cuando se va a probar fortuna, el alcohol no conviene mucho, amigo.

—¡Qué bien habla usted! ¡Discursea usted mejor que el pastor de mi pueblo!

Conversando como buenos camaradas, salieron de la sala por

una puertecilla estrecha que daba a un corredor. Se detuvieron ante una segunda puerta. El acompañante de Fletcher, sin duda alguna un «gancho» de la casa y un «matón» de primera fila, golpeó la madera con los nudillos, haciendo unas pausas, que sólo podían ser una clave de llamada.

Abrieron desde dentro, y los dos pasaron a un gran salón, en el que había mesas destinadas a distintos juegos, y una con ruleta.

—¡Qué hermosura, amigo mío! —exclamó Jack, fingiendo asombrarse—. Esto sí que no lo hay en mi pueblo. ¡Aquí se encuentra para todos los gustos!

—¿Cuál prefiere? ¿Póker? —le insinuó el otro, arteramente.

—¡Ca! No tengo la cabeza para andar pensando. Elijo la ruleta; la suerte vendrá por sí sola.

Y bajo la atenta mirada del individuo, el inspector cambió el primer billete por las correspondientes fichas. Apostaba sin cálculo ni cautela, y las fichas se le evaporaron de entre los dedos.

Instruido por un empleado, pasó a uno de los lavabos contiguos al salón. Y allí, con un lápiz, fue marcando con una letra y una cifra, todos los billetes que contenía su cartera, excepto un par de ellos que se guardó en el bolsillo posterior del pantalón. De una ojeada, se cercioró de que su revólver salía con facilidad de la pistolera.

De nuevo ante la ruleta, fingiendo estar borracho, reanudó sus apuestas. Decía estupideces cuando perdía, y comentaba entre risas sus victorias, charlando con los demás jugadores y burlándose de los «croupiers».

Consiguió, como pretendía, llamar la atención general; a nadie le cupo duda alguna de que el tipo de pelo de color de remolacha estaba más que beodo.

Naturalmente, llegó un momento en que su cartera quedó enteramente vacía de dinero, y las últimas fichas se le fueron también.

Y a partir de aquel instante, sin dejar de representar una comedia, inició la segunda etapa.

Trató con el cajero respecto a su deseo de firmar un pagaré o lo que fuese, con tal de hacerse con dinero. Necesitaba un préstamo porque, según repetía con machacona obstinación, adivinaba que la suerte le sería propicia. Daba en garantía las fincas que poseía en

Nevada.

El empleado le negó hasta un centavo, y Fletcher tuvo que retirarse con aire contrito a un rincón. Por el rabillo del ojo observó que el hombre que le había acompañado a la sala de juego conversaba con el cajero y, de cuando en cuando, le miraban.

Las consecuencias fueron que uno de los empleados se le acercó, diciéndole:

—Perdone nuestra negativa, pero no es costumbre de la casa abrir crédito. Únicamente, si usted hablase con el propietario y le demostrase ser poseedor de cuánto dice, tal vez, usted le convenciese...

Tambaleándose, asintió el inspector:

—Con el propietario o con quien sea hablaré yo. O si no armaré la gorda. No hay derecho que uno como yo, con cerdos a granel en mi granja, se vea tratado igual que un pordiosero. Quiero dinero, al interés que sea; no me importa. Estoy seguro de que ganaré esta noche el dinero a montones. ¿Dónde está el dueño? ¡Llámelo! Dígale que el señor Evans, de Nevada, quiere, exige verlo. Y haré que despida a ese mal educado cajero... Porque si no sabe distinguir a un caballero de un estafador, le partiré las narices de un puñetazo...

—No se irrite, señor Evans. Comprenda que el cajero es un simple encargado, que se limita a cumplir instrucciones. Acompañeme, por favor. El señor Fergusson suele estar muy ocupado, pero, en atención a usted...

Con íntima satisfacción, Fletcher siguió al empleado, subiendo una escalera que los condujo a la planta superior, frente a una puerta rotulada con el «Private». Un hombre de cuerpo macizo y cara de boxeador, les dio el alto.

—Quiero hablar con el jefe, respecto a este caballero —le dijo el empleado.

—El jefe tiene mucho que hacer. ¿De qué se trata?

—Simplemente de esto.

Volvieron la cabeza los dos secuaces de Fergusson y se encontraron encañonados por un revólver que empuñaba al que ellos creían beodo, y que ahora aparentaba estar más sereno que ellos mismos.

—Pasad vosotros primero —les invitó Jack, con una sonrisa

burlona—. Me gusta mucho tirar a las espaldas de los que no me obedecen.

El guardián de la puerta fue a llevarse la mano derecha a... El cañón del revólver no le permitió completar el movimiento, golpeándole el cráneo con demoledora contundencia. Sin exhalar un gemido, se derrumbó, hecho un ovillo humano.

Al otro empleado le temblaban las piernas; él no era hombre de acción. Y cuando al guardaespaldas del «boss» lo habían quitado tan fácilmente de la circulación, él no duraría mucho...

—¡Pasa delante! —Le mandó Fletcher—. Y cuidado con engañarme.

Obedeció el asustado individuo, empujando la puerta. Pegado a su espalda, el inspector se ocultó en lo posible, y especialmente el arma que asía con la mano diestra.

—¿Qué pasa? ¿Por qué entras sin llamar? —inquirió un individuo sentado en un tresillo, en compañía de una muchacha rubia de líneas atrevidas.

Aqué! era Ferguson, indudablemente. Su acento de déspota lo demostraba. Habría cumplido ya los cuarenta. Le sobraba brillantina en el pelo y, también, atildamiento en el vestir. Las marcadas bolsas bajo los ojos revelaban su abuso de los placeres materiales.

—¿Quién es?... —Y separándose de la rubia, se levantó del diván, congestionado su rostro por la ira.

La visión del revólver le cortó en seco la pregunta. Sorprendido, se quedó inmóvil, mientras la rubia retrocedía unos pasos.

Hubo relajamiento en las facciones de Ferguson, desapareciendo su gesto de cólera. Con la vista clavada en la cara jovial del inspector, que saboreaba aquellos momentos, exclamó al fin, con el tono de quien contempla a un fantasma o a un resucitado:

—¡Fletcher! ¿Usted?...

—Sí, Ferguson; aunque le extrañe. Se le han dado mal las cosas, Ferguson. Usted me consideraba ya en el otro mundo, y le decepciona comprobar que todavía permanezca en éste —manifestó Jack, burlándose—. Sus hombres, por desgracia, tenían el pasaporte listo, y yo los embarqué.

Recuperando en parte la serenidad, el «boss» replicó:

—No sé de qué me está hablando... No le conozco...

—¡Ah! ¿No? Entonces, ¿cómo sabe que me llamo Fletcher? Y yo, su voz sí la reconozco, de haber hablado con usted por teléfono, no hace mucho. Fergusson: he venido a preguntarle por qué ha mandado asesinarle. ¿Quién le paga? ¿Por cuenta de quién lo hace? Sus hombres han hablado y...

A la vez que Fletcher oía una detonación, sintió un golpe en la espalda, a la altura del hombro, el impacto de una bala.

Giró rápido, a tiempo de impedir, con certera puntería, que el gigantesco guardaespaldas, dejado sin sentido a la puerta y tirado en el suelo, apretase por segunda vez el gatillo. Era evidente que su bóveda craneal tenía la consistencia de la de un buey. El disparo de Fletcher fue a taladrarle la cabeza.

Antes de que pudiera hacerse de nuevo dueño de la situación, el empleado que se hallaba junto a él se le echó encima. Su pretensión consistía en inmovilizar la mano armada del inspector, para dar tiempo a que su jefe sacase algún arma.

Con verdadera rabia, Fletcher forcejeó, pese al dolor de la herida acabada de recibir, y más al ver que Fergusson desaparecía por una puerta hasta entonces disimulada en la pared; detrás de la mesa de despacho. Huía cobardemente por la salida secreta, sin querer dar la cara, suponiendo que Fletcher no habría entrado sólo en su local. En un rincón del despacho, la rubia sollozaba nerviosamente, aturdida, con la cara oculta entre las manos.

En sus completas condiciones físicas, el empleado no le hubiese durado a Jack ni un segundo a los efectos de sus puños demoledores; pero, en la presente ocasión, teniendo que defenderse y atacar con el mismo brazo, perdió un tiempo precioso. Si Fergusson lograba escabullirse, a él le sería muy difícil averiguar los motivos de su orden de asesinato.

Furioso, clavó los dientes en la mano que le sujetaba la muñeca derecha. Y en cuanto el empleado soltó, separándose unas pulgadas, un pie de Jack golpeó salvajemente su bajo vientre. Con un retorcimiento, el hombre quedó tendido en el suelo, como muerto.

Sin hacer caso de la muchacha, que continuaba en igual postura, el inspector del

F. B. I.,

enardecido, se aproximó corriendo al lugar de la puerta secreta, que

había vuelto a cerrarse mecánicamente. El brazo izquierdo le colgaba, inerte, al joven, pero aun así, pasó a esta mano el arma, mientras con la otra palpaba la pared.

Había creído distinguir que Ferguson levantaba el grueso volumen de la Guía Telefónica, y así lo hizo él, tocando todos los puntos de aquella zona rectangular.

En efecto, notó que, a la presión de los dedos, se hundía un círculo del estucado. Y tuvo que retirarse, para permitir que la puerta secreta se abriese hacia fuera, impulsada por algún resorte oculto. Quedó un hueco oscuro en el muro.

Audaz, y pasándose el arma a la derecha, Jack franqueó el umbral. Avanzó a ciegas y, como consecuencia, obtuvo dar un paso en falso. Le faltó terreno a la planta del pie adelantado, y perdido el equilibrio, cayó rodando por una escalera. Y sin saberlo, aquello fue su salvación: brilló un fogonazo en las profundidades, divisándose la silueta del «boss». Retumbó una detonación, y un proyectil subió veloz a internarse inofensivamente en el despacho iluminado. A contraluz, el cuerpo de Fletcher había ofrecido, durante un momento, un blanco ideal.

El golpe en cada peldaño le cortaba la respiración y aumentaba su sufrimiento y su desconcierto; pero, al fin, y sin perder el sentido, tropezó con el suelo duro. Magullado y aturdido, quedó tumbado, recobrando la respiración. En lo alto de la escalera, el recuadro luminoso. A su izquierda, tinieblas y unos ruidos de pasos alejándose precipitadamente.

Ferguson huía, temiendo los refuerzos del
F. B. I.

Tendido como estaba, Fletcher apretó el gatillo de su revólver por un par de veces. A los estampidos siguió un grito. Y la certidumbre de que había tenido la suerte de alcanzar a Ferguson, le animó a ponerse en pie, y a sumergirse tambaleante en la oscuridad, pegándose cuánto podía a la pared, rozándola con el hombro sano.

La respuesta no tardó en ser dada. Tres proyectiles le pasaron silbando a la altura del pecho, cortándole hasta el aliento; pero los correspondientes fogonazos volvieron a mostrarle a Ferguson. Jack tuvo la impresión de que el «gángster» cojeaba, pues iba encorvado y la distancia que los separaba era corta relativamente.

Decidido a soportar lo que fuese, exigió de su organismo el último esfuerzo. Jadeante, conmocionado, con los dientes apretados por no soltar un gruñido cada vez que chocaba contra la pared, avanzaba lo más aprisa posible. Su temor no era recibir un balazo, sino que Ferguson se le escapaba. Necesitaba arrancarle la confesión, la clave del misterio.

—¡Ríndete, Ferguson; la casa está bloqueada por el F. B. I.!

—le gritó, mintiendo, para atemorizarlo.

La réplica consistió en un disparo que estuvo a punto de acabar con Jack, si no hubiese tenido la precaución de cruzarse al mismo tiempo al otro lado. Sintió cómo la bala daba un chasponazo en el muro.

Desesperado, escuchó el ruido de un cerrojo al ser desechado y seguidamente observó una raja de luz eléctrica que a cada instante se hacía más amplia. ¡Ferguson estaba ya en la salida, en trance de conseguir la libertad!

Tirando a dar, Fletcher gastó el resto de su cargador. Obtuvo un alarido mortal y el roce de un cuerpo desplomándose.

Corrió alocado hasta tropezar con el yacente «boss». De rodillas y a tientas le localizó el cuello mientras con sus espaldas sujetaba la puerta entreabierta por si acaso daba a alguna otra parte de la casa donde hubiese más rufianes.

—¡Ferguson! ¡Ferguson!

La contestación fue un ronquido hondo, de moribundo. No había nada que temer de él.

—¡Contéstame, Ferguson! ¿Por qué querías asesinar me? ¿Quién te lo mandó? —Y febril, sacudía al «gángster» por el cuello, pretendiendo arrancarle a la fuerza la declaración ansiada.

Probablemente, Ferguson, con un pie ya en los infiernos, contestó delirando. Sólo pronunció un nombre, casi inaudible:

—¡Hoskins!

—¿Hoskins? ¿Qué tiene que ver Hoskins, si murió hace tiempo? ¡Dime la verdad!

Ferguson no dijo nada más, porque había expirado. En manos del inspector era un pelele. Fletcher lo soltó, al darse cuenta de que sus esfuerzos fueron en vano. De nada le valió correr tantos peligros. ¡Hoskins, cómo iba a ignorarlo el, hacía tiempo que dejó

de pertenecer al mundo de los vivos! ¡El «*affaire* Hoskins» había sido archivado en el

F. B. I.,

como caso resuelto!

Las detonaciones de un tiroteo le pusieron alerta. Sonaban los disparos en el despacho acabado de abandonar. Fletcher dedujo que su compañero Davidson y los agentes del

F. B. I.

habían irrumpido en el piso superior al oír su duelo con el guardaespaldas.

Él no ignoraba, por experiencia, lo arriesgado que es darse a conocer en un barullo semejante, cuando los ánimos están caldeados y los combatientes confunden a amigos con enemigos. Aumentaba tal peligro la oscuridad del pasillo aquel.

Adoptando la prudente medida de retirarse, transpuso la entreabierta puerta, teniendo la sorpresa de hallarse en la propia avenida Ámsterdam, a unas cincuenta yardas de la puerta principal de El Sombrero de Copa.

Mujeres y hombres, los clientes del famoso «*night-club*» y de su sala de juego, salían en aluvión, vociferando ellos y chillando ellas de pavor.

Dos automóviles, bien conocidos para el inspector, estaban detenidos frente al «*cabaret*», y sendos chóferes permanecían en su interior asomando el cañón de una metralleta por la ventanilla. Eran los encargados de cortar la retirada a los posibles fugitivos.

Jack se dirigió al primero, no llamando la atención su destrozada vestimenta ni su apariencia, de maleante herido, gracias a la confusión general. Nadie estaba para fijarse en detalles.

Nada más aproximarse al chófer, éste le reconoció, exclamando, asombrado:

—¡Fletcher! ¿De dónde sale usted?

—De una ratonera infernal, muchacho. Oye:

—¿Tienes algo fuerte que beber? —pidió el joven, tomando asiento en la parte posterior del vehículo, con un suspiro de alivio.

—No, inspector.

—Pues anda. Métete ahí dentro —señalando con la cabeza hacia El Sombrero de Copa— y en el bar tienen dónde elegir. Búscame una buena marca y cuidado con que no te descorchen a ti de un

balazo. Di a cualquiera de los muchachos que avise al inspector Davidson de que estoy aquí. Que venga volando en cuanto acabe la batida.

Momentos más tarde, aquel trozo de la Ámsterdam hervía de coches de la Policía, acordonando el lugar y cooperando tardíamente con los valerosos muchachos del

F. B. I.

En su automóvil, Fletcher bebía de una botella, buscando en su contenido un repuesto de energías, en tanto que el chófer le taponaba la herida del hombro como Dios le daba a entender. Ante su insistencia, el inspector cedió, consintiendo en que lo transportasen a un hospital.

Transcurrida una hora, cuando el cirujano le hubo extraído la bala incrustada en el hombro, que afortunadamente no le había fracturado ningún hueso, se presentó el inspector Davidson.

Podía afirmarse de Davidson que era el reverso de Jack, en lo físico y en el carácter. Bajo y membrudo, con foscas cejas sombreándole unos ojos negros y de mirar receloso, no producía buena impresión. Entre sus compañeros estaba considerado como persona malhumorada, demasiado severo con los demás y consigo mismo. Si interrogaba a un delincuente, no perdía el tiempo en escauceos verbales. Él se metía de lleno con el asunto de que se tratase, acusando directamente y amenazando de firme. Como buena cualidad poseía la de ser un investigador infatigable: seguía el menor indicio hasta meter en la cárcel al culpable.

—¡Vaya un lío que has armado! —Fueron sus primeras palabras, al entrar en la habitación del herido.

—Que me han armado, querrás decir. ¡Pobre de mí!

—¿Qué? ¿Es de gravedad?

—Nada de importancia; dentro de unos días volveré a dar guerra por ahí. Ahora, te advierte una cosa: los días que esté en cama, no cuentan cómo vacaciones, ¿eh?

—Por esta vez, me parece que se te han arrugado. Si has pensado en lo sucedido, deducirás que aquí hay gato encerrado. ¿Por qué te buscan las cosquillas, Jack?

—¡Yo que sé! —exclamó, irritado, el joven, echando mano a la pitillera, que le habían dejado en la mesita de noche, y ofreciéndola abierta a su colega.

—No; gracias. Tus cigarrillos y tú estáis repletos de trucos. ¡Bueno! ¡Cuenta! He encontrado a Ferguson hecho un colador. ¿Qué pasó?

Sucintamente, Fletcher relató cuanto le había sucedido desde que llegó a La Luciérnaga.

—¿Hoskins? —repitió, extrañado, el inspector Davidson al narrar Jack la confesión de Ferguson—. ¡No puede ser, hombre! Todos sabemos que Dighton Hoskins está más muerto que Capone. Ese tramposo de Ferguson, hasta moribundo, echaba trampas.

—Pues ese nombre dijo, nos sorprenda o no. ¿Le sacaste algo al que te facturó con los policías?

—Envié a uno de los muchachos a interrogarlo, para no perder yo tiempo y echarte una mano en El Sombrero de Copa. Pero ha vuelto diciéndome que el «pájaro» ése no sabe nada o es un pillo redomado. He preguntado a los pocos que hemos cazado vivos en la redada, y ninguno sabe nada. Se conoce que Ferguson no acostumbraba a contar con nadie ni a explicar nada. Él mandaba, y los demás, a obedecerle. ¿Estás seguro de que te dijo Hoskins? —insistió Davidson, acariciándose la barbilla pensativamente.

—Sí, hombre; sí. Es lo único que pudo pronunciar en la agonía. Yo acabé con Hoskins, pero tú te encargaste de las investigaciones generales, como inspector del caso. ¿Descubres alguna ramificación, algún hilo que dejásemos entonces suelto?

—¡Nada, chico! Dighton Hoskins no tenía nada en común con Ferguson. Hoskins era un especulador que nunca necesitó de «gángsters» como Ferguson. Tú sabes, igual que yo, que sus cómplices cayeron o están en la cárcel. Además, a mí esto me huele a cosa personal, de venganza personal... ¿Le has quitado la novia a alguien, Jack? Tú eres un cabeza loca, y me temo que hayas hecho alguna de las tuyas, y ni siquiera lo recuerdas.

—¡Venganza personal!... —murmuró el joven, mirando al techo—. ¿Qué familia tenía Dighton Hoskins? ¿Estaba casado?

—No, ni cortejaba a ninguna mujer. Era una máquina de hacer dinero. Se metía en negocios de altura. Vivía muchos años aquí, en Nueva York, y por las indagaciones que se hicieron, se comprobó que no había ninguna mujer a su lado; Pensaba en comerciar, bebía números y comía libros de contabilidad. Era de familia rica, de un lugar de Montana, creo recordar; pero se vino desde muy joven y

por su cuenta empezó a traficar con todo hasta hacerse millonario. A la hacienda de su familia, el Fisco no pudo meterle mano, porque se demostró que no tenían relaciones con él; hasta creo que estaban reñidos.

—Pues, entonces, no me lo explico. ¿Por qué Ferguson diría Hoskins? Supongo que se te habrá ocurrido registrar de arriba abajo el despacho de Ferguson, ¿no?

—¡Claro que sí! Encontré papeles relacionados con sus trapicheos y dinero a montones.

—¡Alto ahí! Han de aparecer unos billetes marcados con una efe y, un dos, a lápiz. Son míos, los que pensaba gastarme en las vacaciones. Preocúpate de recuperármelos.

—¡Al diablo tú y tu dinero! —estalló, iracundo, Davidson, y cómo el joven se echase a reír, le increpó—: ¡Pareces un crío de doce años! Te han agujereado la pelliza, y todavía piensas en tus vacaciones. ¿Crees que voy a irme tranquilo, abandonándote aquí, a merced de cualquier criminal? ¡Entérate bien, Jack: alguien te ha sentenciado y no cejará hasta conseguirlo, si no somos listos!

—¿Sentirías mucho asistir a mi entierro? —le preguntó, irónico, Fletcher.

—Por ti, no; pero tendría que gastar dinero en comprarte una corona, para que la gente no murmurase —afirmó, muy seriamente, el adusto inspector.

La risa del joven desarmó por completo al otro, extrayendo a la luz su buena amistad hacia él. Casi implorante, le pidió:

—No sigas haciendo locuras, Jack. Te he visto hacerte un hombre a mi lado y no quiero que un marrano alquilado te quite de en medio a traición. Yo sé que no pasaré de inspector, ya he llegado a dónde iba; pero tú eres joven, vales mucho, y algún día estaré orgulloso de saberte en el Estado Mayor. ¡Qué demonios, al fin y al cabo, has sido como un hijo mío! Te he enseñado muchos trucos, que sólo se aprenden con la práctica.

—Vamos, no te pongas sentimental, padrazo. En cuanto me echen a la calle, lo primero que haré será buscarte esposa. Me gustaría tener un hermano pequeño.

Se burlaba Jack, pero latía cariño en su tono. No ignoraba que Davidson, pese a su aspecto y a sus modales feroces, escondía un buen corazón.

—Como sigas soltando tonterías, me largo y que te parta un rayo, Jack.

Tenía ya agarrado el pomo de la puerta, cuando le paralizaron las siguientes palabras del herido:

—¡Espera, hombre! ¡Vuelve aquí y hablemos en serio! Para convencerte de que me hago cargo del peligro que he corrido y del que estoy corriendo, estoy dispuesto a seguir tus consejos y a discutir contigo el asunto. Siéntate, y toma un cigarrillo de los míos. Coge éste, que no contiene magnesio ni narcótico. Para cuando me den el alta, hemos de tener preparado un plan de contraataque...



AVENTURAS DEL F. B. I.
JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIO de
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡LO MEJOR DE LO MEJOR
PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

III

EL MISTERIO DE LA CASA ROJA



IGA, amigo! ¿Es éste el camino que conduce a la casa de los Hoskins?

El vaquero, que había tirado de las riendas a su caballo al aproximarse el polvoriento «Ford», contempló, curioso, al viajero, y repuso, ahorrándose la mitad de las sílabas:

—¡Va usted bien! Siga y detrás de la colina aquélla verá La Casa Roja.

Dándole las gracias, Jack soltó el freno. El automóvil continuó rodando bajo el sol de la tarde. A la derecha se extendía la pradera, de largas hierbas, manchada en su verdor por los rebaños de carneros, y los calveros amarillentos. A la izquierda, y a no muy

lejana distancia, el terreno se volvía abrupto, sembrado de peñascales y tomaba elevación gradualmente, cubriéndose de pinos, hasta entroncar con las estribaciones de la sierra Purcell.

Restablecido del balazo, al cabo de casi un mes de cura y reposo, él inspector especial del

F. B. I.

y su compañero Davidson, habían ultimado en Nueva York sus planes.

Discutieron ambos, hicieron conjeturas, pero terminaron por arribar a la misma conclusión: Si Ferguson dijo «Hoskins» tenían que vigilar a los Hoskins que vivían en Montana.

Davidson, valiéndose de los magníficos informadores del «Federal Bureau of Investigation», y contando con la aprobación de Hoover, se enteró detalladamente de los componentes y las costumbres de la familia Hoskins. En los informes no figuraba ninguna acusación ni sospecha contra ellos. Todos convenían en afirmar que se trataba de gente rica, dedicada por entero a sus tierras y poseedora de una excelente reputación en la comarca.

No obstante, como único asidero que les ofrecía, los dos inspectores amigos decidieron investigar de cerca a los parientes del difunto Dighton Hoskins. Conversaron mucho acerca de la manera mejor de aproximarse a la familia, sin despertar recelos en ellos.

Y las disputas entre ambos se iniciaron al llegarles la noticia de que los Hoskins habían anunciado en un periódico de Helena, la capital del Estado, que necesitaban un ingeniero entendido en canales de riegos. Calificaron de inmejorable la ocasión, pues hasta habían pensado introducir a alguien como criado simplemente; pero Davidson se opuso firme a la pretensión de Jack.

—Antes de ingresar en el

F. B. I.,

yo estudié para ingeniero, y nadie mejor que yo, el propio interesado, para ocupar esa plaza, Davidson.

—¿Cómo vas tú, el perseguido, a meterte de cabeza en esa casa? Además, ¿qué sabes tú de riegos? En más de una ocasión me has contado que te especializabas en motores. Descubrirían enseguida que los intentabas engañar.

—¡Bah! ¡Tonterías tuyas! —insistía Fletcher—. Yo daría largas, fingiría trazar planos, y si todo son suposiciones nuestras con

desaparecer de la noche a la mañana, asunto arreglado.

—Si alguno de ellos mandó matarte, es seguro que te conoce. Apenas entres por la puerta, te acribillarían.

—Juraría que no me han visto en su vida. He pensado bastante sobre esto, y he deducido que, quien sea, ordenó únicamente a Ferguson que localizase a un agente del

F. B. I.

llamado Fletcher, de la plantilla de Nueva York, y lo liquidase en el menor tiempo posible. ¡No ha existido otra cosa!

—¿Por qué estás tan seguro?

—Si fueron los Hoskins, bien procurarían ellos no venir por aquí, a fin de poseer una coartada. Ferguson me reconoció al entrar en su despacho, pero Ferguson vivía en Nueva York, y es probable que más de una vez me espió al salir yo de Center. Su gente no sabía que yo era del

F. B. I.,

él hizo la primera labor: conocerme y vigilarme. Y quieras o no, como esto es cosa mía, que me concierne directamente, lo solucionaré yo mismo y a mi modo. Recuerda que siguen en vigor mis vacaciones.

—¡Malditas vacaciones! —había exclamado Davidson, dando un portazo al abandonar malhumorado la habitación ocupada por Jack, en el hospital.

Al día siguiente, volvieron a conversar, y casi se entendieron. Acordaron, como primera medida, escribir a los Hoskins con nombre supuesto, desde Chicago, y aportar una serie de recomendaciones profesionales todas ellas falsas, elaboradas por los técnicos del

F. B. I.

y puestos de acuerdo con las firmas comerciales interesadas.

La respuesta no se hizo esperar. Una carta firmada por Malcolm Hoskins, el mayor de los hermanos —según los informes conseguidos anteriormente—, y recibida a través del mediador de Chicago, invitaba al ingeniero Henry Newill a desplazarse a Montana con la mayor urgencia, contratándole por un par de meses. Los inspectores sabían de antemano que ningún otro aspirante al empleo, podría presentar tan buenas referencias.

Y tres días más tarde, ejecutando el plan trazado, aparecía en la

Prensa la siguiente noticia:

«El inspector del

F. B. I.,

John Fletcher, ha muerto a consecuencia de las heridas recibidas en su encuentro con el “gángster” conocido por Fergusson, dueño de El Sombrero de Copa, y de cuya muerte a manos del citado inspector, ya dimos cuenta en su fecha a nuestros lectores. Con el fallecimiento de tan valeroso servidor de la Ley, el

F. B. I.

ha perdido a uno de sus mejores colaboradores. Estamos seguros de que todos los buenos ciudadanos lamentarán también su muerte».

Y a partir de aquel instante, el inspector especial Jack Fletcher desapareció del hospital, y adoptó el nombre de Henry Newill y la profesión de ingeniero. El doctor y la enfermera que le cuidaban, prometieron bajo juramento no revelar la verdad.

Una semana después, el joven se apeaba del avión en el aeródromo de Helena. Le esperaba el inspector jefe de la División de esta capital, para proporcionarle un «Ford» de gran potencia, matriculado en el Estado de Illinois y a nombre del ingeniero Henry Newill. El

F. B. I.

no había descuidado ningún detalle. En Washington, aguardarían el aviso de Jack, para, en su consecuencia, poner en conmoción a todos los agentes especiales que fueren necesarios; y el inspector Davidson, en Nueva York, se preparaba a consumirse de impaciencia hasta volver a estrechar la mano de su buen amigo.

En cuanto el «Ford» coronó la colina señalada, Jack contempló un amplio valle rebosante de verdor, en cuyo centro, y orillas de un arroyo que descendía de las próximas montañas, se levantaba un gran edificio de dos plantas y pintado de rojo vivo. Varias construcciones lo rodeaban, a más de incontables cercas.

A ambos lados del camino, innumerables cabezas de ganado vacuno, caballar y lanar pastaban por doquier, suficientemente separados, alterando con sus desplazamientos la placidez bucólica

del hermoso paraje.

Más que harto del ambiente enrarecido y trepidante de la ciudad, el joven lamentó en su interior que una labor policial le llevase allí. Le hubiese gustado emplear las vacaciones en cabalgar por aquellos campos, en pasar horas y horas tumbado a la sombra de un árbol, sin más actividades determinadas que cazar y pescar.

«La Casa Roja», había dicho el vaquero. Y él iba acercándose a La Casa Roja, y a su misterio.

Conforme adelantaba, Jack observó que el edificio reunía a brazo partido distintos estilos, por lo que resultaba macizo y de pésimo gusto; y no habían podido, sus dueños, pintarlo de un color más chillón.

Un «cowboy» le salió al encuentro, apenas las ruedas delanteras del «Ford» traspasaron la primera valla. A su pregunta, hecha en no muy amable forma, Jack contestó que era el ingeniero contratado por el señor Malcolm Hoskins.

Echó pie a tierra al llegar a la entrada de un jardín que se componía, exclusivamente, de arbustos, como si los Hoskins odiasen las flores.

Siguiendo al vaquero por un paseo enarenado, se encontró en una espaciosa explanada, a unas yardas de la fachada de La Casa Roja.

Un grito de mujer atrajo su atención hacia la izquierda, descubriendo, entonces, a una amazona de rubia cabellera florando al aire, que trataba de dominar a un corcel de gran alzada. Mujer y animal, luchaban por vencerse. El caballo se encabritaba, pasaba en un santiamén del trote al galope, y al dar las vueltas, procuraba arrimarse cuánto podía a la pared, pretendiendo desmontar a la mujer. Por parte de ésta, a golpe de látigo intentaba domeñarlo y sostenerse en la silla.

—Espere aquí, que voy a avisar al patrón —dijo el vaquero.

Y Jack con un cigarrillo en los labios se entretuvo en contemplar la escena que tenía mucho de circense. Montaba bien ella, una joven de perfectas facciones; sus gritos de enfado, por la rebeldía del cuadrúpedo, se introducían en los oídos con aspereza metálica.

Resoplando, cubiertos de sudor sus flancos y de sangre sus ijares, al castigo de las espuelas, el caballo consiguió mediante una corveta desembarazarse del jinete.

Quedó la joven inmóvil unos instantes sobre la arena. Jack, temeroso de que le hubiese ocurrido algo grave, corrió junto a ella. Su suposición fue errónea, pues antes de poder ayudarla, ella ya se ponía en pie, enarbolando rabiosa el látigo.

Una y otra vez, incansablemente, señaló la tralla de cuero la lustrosa piel del animal, que cejaba, inclinando la cabeza y mirando a su verdugo con ojos que parecían pedir perdón por su anterior osadía.

—¿No se le cansa el brazo, señorita?

La joven se volvió al oír la pregunta, hecha en tono sarcástico, muy propio de Fletcher, cuando algo repugnaba a sus sentimientos.

—¿Le importa a usted mucho, si me canso o no? ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Conseguido lo que deseaba, que el pobre animal no fuese castigado más, Jack repuso:

—Contestaré a sus preguntas por el debido orden, señorita: si me lo permite. Me llamo Henry Newill. Soy el ingeniero contratado por el señor Hoskins. Me importa mucho que no se le canse a usted el brazo dando latigazos a un ser que no puede replicarle en igual forma. Parece ser que está demostrada la superioridad de los humanos sobre las bestias. Es recomendado que los superiores descendan a la altura de los inferiores, para no humillarlos. Luche con el caballo, empleando las armas de él, ya que es el inferior.

Tardó unos momentos la joven en darse cuenta de lo que el hombre quería decirle, pues había escuchado sus raras afirmaciones, sin intuir el final, y estaba desconcertada. Pero, cuando se percató de la grave ofensa, estalló colérica, más de color de amapola aún sus mejillas:

—¿Qué le dé yo coces? Usted... usted qué... —Y se interrumpió, sofocada por la ira. Mas Jack notó con sorpresa que ella, después de callarse, tornaba a hablar, con voz glacial, contenida, con un dominio de nervios que no había demostrado al ser despedida de la montura—: Yo soy Daisy Hoskins. Siento haberle conocido, y me disgusta tener que verle algún día más. Y ahora, métase en lo que le importe, y sepa que con lo mío, yo hago lo que me da la gana.

Y la amazona, cambiada en lividez el arrebol de su piel, le volvió la espalda, al tomar por las riendas al caballo. Fletcher se maldijo mentalmente por su error. Se reprochó no haber reconocido

en los rasgos de la joven los de Dighton Hoskins, el hombre a quién él había matado cuando fue a detenerlo. Y supo que ella poseía también un carácter tiránico y una voluntad admirable. Su última reacción era una lección magistral de autodomínio.

—¡Eh! ¡Usted! El patrón lo aguarda en su despacho.

Al aviso del vaquero, Jack se encaminó a la entrada de la casa.

De amplitud extraordinaria, el «*hall*» presentaba una gran chimenea en uno de los rincones y diversos muebles de madera maciza. Al frente, arrancaba una escalera al piso superior. A la izquierda, en el umbral de una puerta abierta, un individuo que se asemejaba al difunto Dighton Hoskins como una gota de agua a otra, le tendió la diestra, en señal de saludo. Nada más mirarle a los ojos, Fletcher tuvo la certeza de que Malcolm Hoskins no le identificaba con el ejecutor de su hermano.

La edad de Malcolm rayaría en los treinta y cinco años. Vestía un bien cortado traje gris, Príncipe de Gales. Al saludar, sus labios se convertían en líneas carentes de color, bajo el también finísimo bigote. Su pelo, rublo pálido, se alargaba en patillas demasiado largas.

El inspector especial del

F. B. I.

tuvo la impresión de hablar con el propio Dighton. Los dos hermanos se parecían hasta en el metal de voz: cultivada, amable, muy distinta a la de la llamada Daisy.

—Bienvenido a esta casa, señor Newill. Ciertamente, no creí que vendría usted tan pronto. De haber sabido que anticipaba su viaje, estaría ya preparada la habitación que se le ha destinado. Pero es igual; se la prepararán enseguida.

Tomaron asiento en sendos sillones del despacho. Mientras contestaba a las preguntas de cortesía respecto al viaje, Fletcher observó que los ojos de Malcolm eran grises; los de Dighton habían sido azules, de expresión menos dura. Malcolm le daba impresión de hombre extremadamente refinado, con exceso, un refinamiento que debía encubrir un temperamento inflexible, rayano en crueldad. Se fijó en las venas que atravesaban su despejada y algo abombada frente, índice esto último de una inteligencia muy desarrollada.

—Antes de que me preparen la habitación, me tomo la libertad de rogarle, señor Hoskins, que me destine una aislada, libre de

ruidos y con bastante luz natural; lo digo por la clase de trabajos que habré de hacer. Para dibujar en los planos, como se requieren detalles tan minuciosos...

—No faltaría más, señor Newill. Como usted la desee... En el otro piso hay habitaciones de sobra; eléjala usted mismo. Un criado le acompañará y le subirá su equipaje. Y no se preocupe del coche. Supongo que usted estará fatigado y le agradará descansar un poco antes de la cena. Mañana hablaremos de los riegos y de mis proyectos. Hágase a la idea de que está en su propia casa; me dará una gran satisfacción.

Fletcher eligió una alcoba con ventana a la fachada posterior de la casa, con vistas al jardín. Su oculta intención consistía en tener una salida que no fuese la puerta del «*hall*». Por la ventana, mediante una cuerda, podría descender y subir a su antojo, según lo requiriesen sus investigaciones.

Una vez que se hubo duchado y afeitado, el inspector del F. B. I.

se dedicó a buscar un escondite adecuado para su revólver y la media docena de cargadores que lo municionaban. Optó por ocultarlos detrás el armario, y el revólver lo metió debajo de un arcón para la ropa blanca, tras comprobar que aquella parte del suelo tenía esa pelusa que se forma por falta de limpieza.

Vestido con el mejor traje oscuro que había llevado, descendió, una hora más tarde, al «*hall*», donde la chimenea ya estaba encendida, ardiendo en su hogar gruesos y olorosos troncos de leña.

Malcolm Hoskins y su hermana suspendieron la conversación que mantenían y se quedaron mirando al «ingeniero». Con la más simpática de sus sonrisas, el joven se acercó a ellos, comenzando por pedir excusas a Daisy. Ésta, admirando la apostura del pecoso huésped, le disculpó:

—Olvídelo. El caballo me tenía en ascuas y perdí la cabeza.

—Mi hermanita es muy desobediente. Le he advertido repetidas veces que con los animales, igual que con las personas, no se debe emplear la violencia. No conviene emplear la fuerza para curvar una rama, porque la troncha, ni se doma a un caballo con el látigo, como tampoco se dobliga a una mujer mediante la imposición. Suavidad es lo que hace falta para todo —aconsejaba Malcolm, pronunciando un inglés que para si lo desearan muchos estudiantes

en Oxford. ¿Por qué no nos preparas algo de beber mientras terminan de preparar la cena, Daisy?

A continuación, sentados frente al fuego, los tres bebieron, fumaron y conversaron acerca de distintos temas. Jack tuvo que hacerlo sobre Chicago —puesto que suponían que allí residía— y temas de ingeniería. A trancas y barrancas, rebuscando en su memoria algo de lo que había estudiado, lograba dar la impresión de que dominaba la materia.

En tanto que Malcolm hablaba de sus propósitos de convertir en regadío la mayor parte de los terrenos, con el fin de aumentar y mejorar los pastos de sus ganados, el inspector del

F. B. I.

observaba disimuladamente a la joven.

La catalogaba como bella, enmarcado el pálido rostro por la dorada cabellera, que le caía, nudosa, hasta los hombros; y, sin embargo, pese a ello, recordó de repente a la señorita Page, la morena que le había abandonado en La Luciérnaga, de Nueva York. ¡Sus vacaciones!... ¡Ferguson!... ¡Davidson!... ¡Hoskins!... Nombres que le hacían presentes distintas etapas y diversos momentos de peligros pasados.

Y allí se hallaba, saboreando un excelente «*whisky*», en compañía del hombre que, posiblemente, había decretado su muerte para vengar a su hermano. No era muy halagüeña la situación. Si descubrían su verdadera identidad...

Intentando desembarazarse de tan enojosos pensamientos, animó a Malcolm a seguir hablando de sus negocios. Los Hoskins resultaban ser dueños de casi toda la comarca, hasta la misma falda de la Sierra Purcell, y avanzando, por el Norte, al borde de la frontera con el Canadá. El valle entero y sus cercanías eran de la familia. Pertenecían ya a sus antepasados.

En la conversación no se nombró para nada al hermano muerto en Nueva York.

Comenzaban dos muchachas a servir la mesa en un comedor contiguo al «*hall*», cuando oyó el ruido de un motor, en lo alto, cada vez más intenso.

—¡Ahí está Joe! —exclamó Daisy, impulsivamente, poniéndose en pie y corriendo hacia la puerta de salida al exterior.

—Joe es hermano nuestro —aclaró Malcolm al supuesto

ingeniero—. Es un entusiasta de los deportes, y ahora le ha dado por pilotar aviones de todos tipos. Me temo que algún día no vuelva. Créame, señor Newill, no resulta fácil ser cabeza de familia sin ser padre. Aunque los hermanos sean menores que uno, y nos deban respeto, es inútil tratar de hacerles obedecernos. Muertos los padres, se consideran libres, capacitados para luchar en la vida. Ahora conocerá usted a Joe. Un gran muchacho, muy noblote, pero demasiado violento. Y, como decía antes, no es ése el camino. Es un loco de los de ahora. Cultivan músculos y descuidan la inteligencia. Así les resulta cuánto emprenden: el fracaso total. Con la hacienda que poseemos, y tantos vaqueros como hay que controlar para que trabajen lo debido, Joe se dedica a montar en avión. Inaudito, ¿verdad?

No supo Jack qué comentar al respecto, más la suerte, en forma de Daisy, le evitó hacerlo.

—¿Enciende los reflectores del campo, Malcolm?

—Aún no ha oscurecido, mujer. ¿Para qué necesita tanta iluminación? Conoce el terreno como la palma de su mano —y dirigiéndose al «ingeniero»—: Eso sí: es hábil como el primero. Las cosas de mecánica las entiende a las mil maravillas, y no siente miedo ante nada. ¿Sabe usted pilotar un avión, señor Newill?

—¡Oh, no! —se apresuró a negar el joven, mintiendo, pues había aprendido en la Academia de Quantico, y luego perfeccionado durante los cursos a que les obligaban a asistir cada año, a fin de documentarse sobre los últimos adelantos científicos relacionados con sus actividades policiales.

—No se moleste en acompañarnos, señor Newill, si no quiere. A estas horas ya hace fresco fuera.

Quedó el joven a solas en el «*hall*», sentado junto a la chimenea, fumando y meditando.

Estaba decidido a actuar lo más rápidamente que las circunstancias se lo permitieran. Indagaría, husmearía por todos sitios, en busca de alguna prueba concluyente de la culpabilidad de los Hoskins en los intentos de asesinato contra él. Descartaba el peligro de que lo identificasen. Pasada la primera prueba, no sentía temor en cuanto a ese punto. Sin embargo, si dejaba transcurrir el tiempo y notaban que se retrasaban los trabajos de ingeniería, terminarían sospechando que él no entendía de tales trabajos.

Harían averiguaciones, lo espiarían, y a él no le agradaba la perspectiva de hallarse atado a disposición de Malcolm Hoskins.

La amabilidad de Malcolm y su extremada finura de modales le «sonaban» a falsos. En aquella casa se respiraba una atmósfera cargada de algo impalpable e invisible, pero que pesaba en los pulmones. Los criados semejabán fantasmas, andando con pisadas silenciosas, entrando y saliendo de las habitaciones cuando menos se esperaba, y como fantasmas furtivos. Sobre La Casa Roja flotaba un velo siniestro... Roja es la sangre...

Volvió Jack la cabeza hacia la entrada, al escuchar voces y risas. Se puso en pie, de espaldas a la chimenea. Muy a su pesar, el corazón comenzó a latirle con violencia anormal. Bastaba para ello el pensamiento de que el recién llegado lo reconociera, por esas casualidades que ofrece la vida...

No era uno, sino dos los que acababan de aterrizar en algún campo cercano. Entró primeramente Daisy, y detrás, un individuo de unos treinta años, alto, corpulento, con el pelo rizado y muy negro, hablando en tono elevado. Vestía un «mono» de cuero, a semejanza del que llevaba otro individuo que seguía a Malcolm, un tipo de acusada delgadez, casi calvo, y de nariz ganchuda.

Malcolm se apresuró a presentarles al «ingeniero». El piloto corpulento y moreno era Joe, el Hoskins que faltaba; por sus facciones, no parecía de la familia. El larguirucho, con cara de ave de mal agüero, se apellidaba Bain. De la primera ojeada, por sus modales y manera de hablar, Jack pensó que pertenecía a la clase militar.

Y durante la cena, el inspector se cercioró de que Joe Hoskins poseía un mínimo tanto por ciento de masa gris, y de que Bain tenía un concepto demasiado rígido de las personas y los acontecimientos.

Por el contrario, Malcolm sonreía discretamente, apreciando los matices de una ironía o de una crítica, y Daisy reía a placer, comenzando a dirigir ojeadas incendiarias, en un flirteo provocativo, al feo, pero simpático, ingeniero, que acumulaba observaciones graciosas y chistes. Variando conversación, Jack se atrevió a decir a Joe:

—Ha elegido usted un deporte muy peligroso, ¿no cree? En mi vida piloté un avión, y cuando he tenido que viajar en ellos antes

me encomendé a los cielos. Además, deberá resultarle muy caro.

Joe Hoskins manifestó con voz campanuda:

—No mucho, cuando también se aprovecha para usos comerciales. Como nosotros, por ejemplo. Estando muy alejados de las grandes ciudades del Este, el tren y el camión resultan más lentos que tortugas. La velocidad domina el mundo, no hay que dudarlo. Cuando usted comience a trabajar, y necesite cualquier aparato de los suyos, comprobará las ventajas del avión. Pedirlo y tenerlo será cuestión de unas horas.

En la mente de Fletcher se infiltró la idea de registrar la aeronave, a la menor ocasión que tuviera. No le convencía la explicación oída. Podrían ser ricos los Hoskins, más a nadie se le ocurriría comprar un bimotor por capricho. Aunque no hubiese salido a presenciar el aterrizaje, el aparato recién llegado era un bimotor; sus oídos se lo habían dicho.

Transcurrió el resto de la cena charlando los comensales sobre distintos temas, todos ellos de una normalidad absoluta. Únicamente el joven observó las reconcentradas y repetidas miradas del delgado Bain a la hermosa Daisy.

Salieron al «hall» para tomar el café junto a la chimenea. La noche había hecho más siniestro aún el ambiente de La Casa Roja. De la lejanía llegaban escalofrantes los aullidos de los coyotes descendiendo de las montañas, en busca de alguna res escapada de los corrales.

Con aparente indiferencia, Jack preguntó a Joe:

—¿Despegan pronto?

—Mañana a mediodía, tal vez —fue la respuesta pronta de Malcolm, anticipándose a su hermano.

Hombre de ciudad, para el inspector aquella quietud, las mismas llamas de los leños en el hogar, tenían un atractivo singular. A su lado, sentada también en el diván, sentía el contacto descuidado de una pierna de la joven en la suya. Su calor, a través del tejido de la falda, le estremeció como la sacudida de una corriente eléctrica. Igual le acababa de suceder al recibir de sus manos la taza de café con el azúcar disuelto.

Por las frecuentes veces que la conversación se estancaba, dedujo que su presencia establecía una especie de tensión en los otros; seguramente desearían hablar de sus asuntos, sin ajenos que

los oyesen, y justamente, esos «asuntos» era muy posible que le interesasen a él.

Poniéndose en pie, y pretextando querer levantarse temprano a fin de empezar pronto su recorrido por los campos, se despidió de los cuatro.

Afectuoso, Malcolm le acompañó al pie de la escalera, a la vez que le notificaba, señalando una de las puertas que daban al «hall»:

—Ahí tengo la biblioteca. No está muy nutrida, pero tiene de todo. Cuando quiera leer, pase libremente.

Pisando recio, algo más fuerte de lo debido —así los de abajo supiesen por dónde andaba—, subió al piso superior. Con un golpe seco cerró la puerta de su alcoba.

Hacía frío en la estancia. En aquella estación del año, al declinar el sol el frío de las cumbres se enseñoreaba del valle. Vestido se echó encima de la colcha de la cama, y se puso a fumar en la oscuridad. A sabiendas de que nunca conviene precipitar los acontecimientos, proyectaba realizar una primera excursión por la casa, apenas supiera que los demás moradores se habían ido a acostar.

Dos motivos le impulsaban a acelerar la investigación: el temor a ser identificado por una de esas casualidades de la vida y el afán instintivo por desenmascarar el misterio, cuanto antes mejor.

Con los oídos alerta aguardaba escuchar los pasos de los otros, subiendo a sus respectivas habitaciones.

Fue transcurriendo el tiempo. Consumió el cigarrillo y encendió otro...

Se maldijo al darse cuenta de que el sueño iba apoderándose de él. Sí, efectivamente, el viaje había resultado pesado... Sentía mucho sueño... El cigarrillo se le desprendió de entre los dedos, sembrando el suelo de chispas ígneas.

Se despertó muy entrada la mañana. Le hizo daño a la vista el fuerte resplandor del día entrando por la ventana. Parpadeó, molesto, y se volvió del otro lado; seguía con sueño. Y entonces notó que estaba vestido, y hasta calzado, sobre el lecho.

Tenía frío en el cuerpo y dolor de cabeza. Jack se tachó de estúpido y perezoso, mientras se incorporaba.

Al asomarse por la ventana, la belleza del paisaje a la luz matutina le recreó. Como telón de fondo, las escarpadas montañas

escaladas por los bosques de coníferas. En las faldas, las masas de las vacadas siguiendo las orientaciones de los «cowboys» montados a caballo. Pastando por los verdes tapices del valle, ovejas y carneros elevaban al cielo sus balidos. Más cerca, los cuadriláteros de las huertas cruzadas por canalillos. Y junto a las casas destinadas a los empleados del rancho, las corralizas, donde varios vaqueros parecían ocupados en clasificar potros.

Malhumorado, el joven inspector se quitó el traje, pasando luego a uno de los tres cuartos de baño que había instalados en el piso. Echó una ojeada por la ventana, que daba al ala izquierda de la residencia. Pero fue al estar ya bajo el chorro de la ducha cuando en su cerebro tomó forma una impresión visual recibida inconscientemente.

Desnudo, a punto de resbalar en las baldosas, volvió a la ventana. Había visto una ancha y larga pista, con torretas a ambos lados coronadas por reflectores, y no... ¡no estaba el bimotor!

Malcolm le dijo la noche anterior que no despegarían, tal vez, hasta el mediodía. ¿Por qué lo anticiparon? ¿Tanta prisa tenían?...

Y Jack tuvo presente su dolor de cabeza al despertarse y su sueño al echarse sobre la colcha, y el sabor tan amargo del café servido por Daisy, amargor que atribuyó entonces a falta del azúcar suficiente.

Retornó a la ducha, pero ahora el agua helada no conseguía apagar el fuego de actividad que le corría por las venas. Si le narcotizaron, por algo habría sido. Sin duda alguna para que no presenciase el despegue del avión...

Un cuarto de hora más tarde, casi cerca de las once, descendió a la planta baja. Uno de los criados repuso a sus preguntas que el patrón se hallaba trabajando en su despacho; la señorita había salido a pasear a caballo.

Terminaba de desayunar cuando entró Malcolm en el comedor, en pantalón de montar y chaqueta de cuero. Su saludo fue cordialísimo.

—He dormido magníficamente —replicó Jack, fingiendo—. Se conoce que el viaje me cansó más de lo que yo creía. ¡Es una vergüenza! Vengo a trabajar y me quedo en la cama más de lo debido.

—No se preocupe, señor Newill. Todo se hará a su tiempo. Mi

deseo es que usted se encuentre a gusto entre nosotros. Si quiere, ahora saldremos a ojear los alrededores. Le explicaré mis proyectos. ¿Monta a caballo?

—No soy un «cowboy», pero creo sostenerme en la silla.

Mientras cabalgaban por la pradera, camino de las montañas, Jack preguntó a su acompañante:

—¿Y su hermano y el señor Bain?

—¡Ah! Perdone, se me olvidaba transmitirle sus saludos. Anoche cambiaron de opinión y salieron esta mañana, al amanecer. ¡Están enviciados con el cacharro ese! Siempre hablando de motores, de modelos... ¡de tonterías!... Mi hermano es como un chiquillo al que acaban de regalar un juguete.

Después Hoskins varió de conversación, explicando su propósito de irrigar la mayor cantidad posible de terreno, aprovechando los torrentes de las montañas. Pretendía crear una presa, y para construirla necesitaba al ingeniero. Simulando interés, Jack le escuchaba, asintiendo e intercalando alguna observación técnica, a fin de dar la impresión de entendido.

Les detuvo el ruido de un galope a sus espaldas. Se aproximaba a ellos un jinete que al momento resultó ser un vaquero. El capataz requería al patrón para presenciar la carga de lana de unos camiones. Malcolm se excusó ante Jack:

—Dispénsame. Continúe usted recorriendo el terreno. No solemos comer hasta la una; aún queda hora y media.

Complacido de quedar solo, el inspector del

F. B. I.

animó a su corcel, en tanto que los otros dos volvían grupas, en regreso al rancho.

El aroma vigorizante de los pinos infundió alegre optimismo al joven, en tanto que los cascotes del caballo machacaban las agujas caídas y secas. Conforme ascendían, el bosque iba haciéndose más espeso, y de tras un matorral surgió, cual saeta al viento, un gamo fugitivo, asustado por la irrupción del hombre.

En alas de la brisa que mecía blandamente las agudas copas de los árboles y las ramas de los «kamarachs», vibraron en los oídos de Jack las palabras de una canción por él desconocida. Era una bien timbrada voz femenina mezclada al murmullo de una corriente líquida.

Intrigado y sorprendido agradablemente al tropezarse con una mujer en tan apartado lugar, Jack echó pie a tierra, dejando que el caballo ramonease a su antojo.

Rodeó un peñascal y a su vista apareció un arroyuelo deslizándose sobre pulidas pizarras, y una mujer sentada a la orilla, con los pies sumergidos en las bulliciosas aguas corrientes. Ella no se había percatado de la arribada del extraño. Seguía cantando y reconcentrada su atención en hacer muescas a un trozo de madera con una navaja. Su cabellera, negra y recogida en dos largas trenzas, brillaba azulada al beso de los rayos solares. La piel de sus brazos, dorada como la corteza del pan, contrastaba con la blancura de su blusa. La falda, sencilla y de color granate con flores claras, permitía ver sus bien formadas pantorrillas.

Un resoplido del caballo, que se había aproximado al jinete, tuvo la culpa de que al inspector se le acabase el pastoril espectáculo.

Levantó ella la cabeza. Era joven, casi una adolescente; aún no habría cumplido los veinte años.

Con un sofocado grito se irguió, mirando asombrada al forastero. Su pecho bajaba y subía precipitadamente bajo la blusa, y en los ojos, grandes, había expresión de gacela acorralada por el cazador.

—¡Hola! —saludó Fletcher, sonriendo.

No hubo respuesta.

El inspector dio un paso adelante. La muchacha, arrojando al suelo madera y navaja, echó a correr, alejándose en dirección opuesta. Con los pies desnudos saltaba ágil por encima de las rocas y de los troncos caídos. El blanco y el granate, como bandera flameando al viento, se redujeron a dos manchas cada vez más perdidas tras el ramaje. Y la ninfa del bosque desapareció.

Aquella fuga sin motivo, el del

F. B. I.

la encontró chocante. Nunca le había ocurrido semejante cosa. En las ciudades sucedía lo contrario. Ninguna mujer huyó de él con tan gran celeridad y tal gesto de pavor. Se sabía feo, pero no tanto como para asustar a una muchacha de apariencia selvática.

Encogiéndose de hombros, tomó un cigarrillo. Lo tenía ya en la boca cuando se lo quitó a examinarlo. Su sonrisa se hizo más

amplia, al descubrir un punto negro, de lápiz, junto a la boquilla. Lo volvió a su sitio en la pitillera, eligiendo otro que no ofrecía señal alguna. En su desconcierto, estuvo en un tris de fumarse uno de los narcotizantes.

Arrastrando las botas por la pequeña pendiente se llegó al arroyo. La sorpresa le correspondió entonces a él, al distinguir en tierra el trozo de madera: figuraba una cabeza de lobo, por cierto magníficamente tallada.

La dio vueltas entre los dedos. Una de las orejas estaba sin marcar aún; lo trabajado poseía cualidades artísticas merecedoras de elogio. De no haberlo visto, lo hubiese tachado de imposible; ¡con una simple navaja! ¿Quién sería aquella muchacha? ¿Dónde habría aprendido escultura, si por su aspecto podría catalogársela como pastora inculta?

Dominándole una curiosidad absurda, dadas las circunstancias porque se hallaba allí, anduvo por el camino que siguió la fugitiva. En la mano derecha llevaba la talla y la navaja; tiraba con la izquierda de las riendas del caballo.

Evitando las ramas bajas y los roquedales fue recorriendo el bosque sin descubrir la menor pista. Al atravesar un calvero divisó por encima de las copas una columna de humo ascendiendo al cielo en espirales caprichosas. Y donde había humo habría personas. Aquello le sirvió de orientación.

En efecto, al coronar una colina vio una casa rústica, edificada de piedra sin desbastar. Un perro enorme salió a su encuentro, ladrando terroríficamente. Jack hubiese preferido enfrentarse con un malhechor antes que con un mastín. Como la mayor parte de los criados en ciudades, sentía un «prudente respeto» hacia los animales con colmillos.

Ni corto ni perezoso, lamentando no portar su revólver, se encaramó a la montura. Más de nada le serviría: el perrazo, abiertas sus amedrentadoras fauces, dio un salto tan grande que más parecía vuelo, y le agarró por el zapato izquierdo. El mastín le hizo perder el equilibrio, con el peso de su cuerpo, y hombre y animal cayeron al césped. El perro no soltaba bocado, y Jack braceaba más que las aspas de un molino y flexionaba y extendía la pierna prisionera, intentando en vano desprenderse de los dientes que ya estaban agujereándole la piel.

—¡«Duck»! ¡«Duck»! ¡Ven aquí! —Oyó que gritaba una voz femenina.

Y, como entre sueños, vio aproximarse a la muchacha de la blusa blanca a todo correr, que se abrazó al cuello del perro, tratando de separarlo. Éste, gruñendo rabioso, y llevándose la suela de la bota entre las fauces, obedeció al fin.

Hombre y mujer se observaron callados. De pronto ella se echó a reír a carcajadas, haciéndole gracia, sin duda, la ridícula postura del forastero. Su risa sonaba igual que las cantarinas aguas del arroyuelo. El perrazo, desconcertado posiblemente a causa de las carcajadas de su ama, cambió sus torvos gruñidos por ladridos alegres. Y el inspector comenzó a reír también, burlándose de sí mismo.

—¡Oh! ¡Le ha hecho sangre! —exclamó la joven, tornándose preocupado su semblante al notar que sangraba por la planta el pie izquierdo del forastero.

—Su fiera no se ha contentado con destrozarme también el calcetín —manifestó Fletcher, sin rencor—. Me está bien empleado, por curioso, pero yo venía a devolverle su navaja y su talla.

—Perdone a «Duck», señor. No está acostumbrado a ver gente. ¿Le duele mucho?

Gozándose en prolongar la pesadumbre de la muchacha, que imprimía en su rostro una expresión encantadora, Jack contestó:

—Temo que se me infeste antes de regresar a La Casa Roja. ¿No podría usted untarme algo en las heridas?

Con visible gesto de preocupación, la joven repitió:

—¿A La Casa Roja? ¿Vive usted allí, señor?

—Sí, soy invitado de los Hoskins.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Espere un instante!... ¡Vuelvo corriendo con el alcohol...!

—No, la acompañaré; al fin y al cabo no es de gran importancia. Sólo han sido unos rasguños —se apresuró a aclarar Jack, al comprobar la profunda consternación de la muchacha.

Y ayudado por ella se incorporó. Exagerando él la cojera, apoyando solamente el talón desnudo, anduvieron hacia la casa.

—Me llamó Henry Newill. Soy el nuevo ingeniero contratado por los Hoskins —se presentó el del
F. B. I.

—Mi nombre es Dora, señor Newill. No sé cómo pedirle que no diga nada allí de lo que le ha pasado.

—¿Por qué?

—Todo esto es de ellos y se enfadarían mucho conmigo. Le aseguro que yo le curaré muy bien.

Quedó Fletcher gratamente sorprendido del aseo que reinaba en el interior del edificio, compuesto de una sola planta dividida en cocina y dos cuartos con sendas camas. Los muebles eran de construcción tosca, limpios y recién pintados.

—Siéntese ahí, por favor —le rogó Dora, indicándole una butaca mecedora situada junto al bajo fogón, donde hervía el contenido de una olla y un puchero.

El mastín fue a echarse junto al forastero, husmeándole las piernas.

—¿Vive usted sola?

—Con mi hermano Mat. Salió de caza esta mañana —explicó la muchacha, en tanto preparaba una jofaina y una toalla—. Él trabaja para los señores Hoskins desde niño. Mi padre también trabajó para ellos. Mat está encargado de vigilar estas montañas; a veces se pierde alguna res y es devorada por los osos y los coyotes.

—¿No le da a usted miedo de las fieras?

—¡No! —aseguró Dora, sonriente, a la par que vertía agua hirviendo en la palangana—. Como nací aquí...

—Entonces, ¿usted no ha salido de aquí nunca? —preguntó Jack, extrañadísimo.

—No he tenido ocasión. Mat nunca sale de viaje y yo he de cuidarlo desde que murió mi madre.

—¿Usted no conoce siquiera Helena? ¡Es increíble! Pues, ¿dónde aprendió escultura? ¿Quién le ha enseñado a tallar tan bien?...

—Nadie. Me gusta hacerlo. ¿Cree de verdad que lo hago bien? Usted sí habrá visto por ahí mucho de esto, ¿no? La señorita Daisy me dijo una vez que no lo hacía mal del todo, y me prometió traerme un libro con fotografías de esculturas, pero no se ha vuelto a acordar. Mat dice que son tonterías; pero a mí me entretiene. Mat tampoco quiere traerme libros. El hermano de la señorita me regaló dos, y los tengo escondidos. Los leo cuando Mat está fuera. Debo ser muy tonta, porque yo no los entiendo. Hablan de unas personas que son muy raras. Usted sí habrá leído mucho, ¿verdad, señor Newill?

Mientras hablaba, Dora, arrodillada a los pies del inspector, le lavaba los rasguños, tocándoles por último con alcohol. Jack observaba los movimientos ágiles de sus dedos. De toda ella emanaba un halo de pureza; indudablemente poseía el candor de los limpios de espíritu. Alejada del mundo, Dora conservaba toda la castidad de una mente infantil, aún no dañada por lo que muchos denominan «experiencia».

—¿No tienen siquiera un aparato de «radio»?

—Mat dice que no nos hace falta para nada la luz eléctrica. Usamos lámparas de petróleo. Además, sería muy costoso traer la corriente desde La Casa Roja. Ya está, señor Newill; ahora no se le infestará —aseguró la muchacha, poniéndose en pie.

—Gracias, Dora; es usted una magnífica enfermera. Vendré todos los días a que me muerda esta fiera —bromeó Fletcher, alargando el brazo y acariciando la cabeza del mastín, que cerraba y abría los ojos placenteramente bajo la mano amiga—. Antes de irme desearía que me enseñase alguna talla más. Me tiene usted intrigado.

—Le aseguro que no valen nada, señor Newill. Va usted a reírse de mí. Si yo las hago por entretenimiento...

Ella pasó a una de las habitaciones contiguas, saliendo al momento con varias figuras de madera. Fletcher examinó con admiración un pequeño caballo de perfecta anatomía y la cabeza de un anciano con pipa y barba.

—¡Es maravilloso, Dora! ¡Es usted una verdadera artista!

Enrojeció el rostro de la joven hasta las raíces de sus cabellos, con la vista clavada en las baldosas del pavimento. Sonreía, turbada y contenta al mismo tiempo.

—¿No me engaña, señor Newill? La señorita Daisy dijo que no estaban mal del todo, y ella tiene por qué saber de esto.

—Es usted una artista, Dora. Le aseguro que si viviese en una ciudad ganaría mucho dinero.

—Eso me aseguró el señor Hoskins; y hasta me aconsejó que me marchase de aquí y me ofreció buscar compradores para mis trabajos. Luego me trajo los dos libros.

—¿Cuál hermano?

—Joe.

—¿De qué tratan esos libros? ¿De arte?

—No. Son de amor, de...

Frunciendo el entrecejo, como sacudido por una idea repentina y no agradable, Fletcher interrumpió a Dora, pidiéndole casi secamente:

—¡Tráigamelos! Les echaré una ojeada.

Obedeció ella, y nada más hojearlos Fletcher apareció en sus labios un rictus de dureza. Con violencia los arrojó al fuego, haciendo caso omiso del grito de protesta de Dora. Eran obras repugnantes por su inmoralidad, escritas por espíritus retorcidos para pasto de espíritus corrompidos.

Joe Hoskins había intentado sembrar la semilla del Mal en el corazón de la ingenua muchacha, sin duda alguna con torpes y rastreras pretensiones. Y Jack Fletcher empezó a odiar a Joe Hoskins. Por suerte, según deducía de las anteriores palabras de la muchacha, ella no había entendido la mayor parte de las emponzoñadas líneas...

—¿Por qué los ha quemado, señor Newill?

—¿Guarda usted alguno más? ¡Enséñemelo!

—Tenía uno de historia y otro de viajes, y Mat me los quemó. Pero él es mi hermano...

—Olvide esos libros —le recomendó Jack, señalando con la mirada los dos volúmenes que se convertían en cenizas entre las llamas de los troncos—. Le traeré otros, más convenientes para una joven de su... edad. Y le conseguiré también algunos que traten de escultura...

Se calló al escuchar unos pasos en el exterior.

—Será Mat —dijo ella, corriendo a la puerta.

Y en el umbral apareció un hombre alto y fornido, cargado al hombro con un pequeño antílope y empuñando en la mano derecha un rifle de repetición. Un trozo del cinturón canana le asomaba por la entreabierta chaqueta de cuero.

—¿De quién es ese caballo que hay...? —Y su vozarrón, dejó de sonar, al distinguir al forastero sentado junto al fuego. Interpelando a Fletcher con evidente mal humor, le preguntó, ásperamente—: ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha mandado entrar en mi casa?

Iba a contestar Jack al airado individuo, de mirar salvaje y de modales zafios, cuando Dora se le adelantó, respondiendo:

—El señor Newill es el ingeniero del patrón, Mat. «Duck» le

mordió y tuve que curarlo.

Parecieron suavizarse algo las contraídas facciones del hermano de la joven. Inclinandose, dejó caer al suelo la pieza cobrada, para aproximarse después a Fletcher, con grandes y lentas zancadas, de hombre habituado a andar por terrenos abruptos.

—Así que usted es el que va a ordenar los riegos, ¿no es eso? El patrón me lo contó, que dejase a usted merodear por la sierra. Pero, le aviso a usted, ¿eh? Ni al mismo patrón le aguanto que venga a esta casa, cuánto ni más a usted. Que no me lo encuentre yo por estos contornos a la redonda, o tendré que avisarle con esto —y el hermano de Dora movió el rifle significativamente.

Su tono de voz, la pronunciación nasal y cortada y la forma de construir las frases, a más de sus gestos hostiles, denotaban una falta de educación rayana en grosería. Era un bruto en toda la extensión de la palabra.

Fletcher, que no solía morderse la lengua cuando le amenazaban, y siempre disponía de una réplica adecuada, quedó esta vez confuso. Intervino Dora:

—Eres un grosero, Mat. ¿Qué manera es esa de tratar a un huésped del patrón? Él es forastero, y la culpa ha sido de «Duck».

—Por eso avisé solamente —insistió el palurdo—. Y no echés en saco roto que no me gusta que hables con hombres, Dora.

Y Jack creyó notar que el vozarrón de Mat se dulcificaba un tanto al dialogar con su hermana. Los hermanos formaban una pareja singular: resaltaba la esbeltez y la delicadeza de la figura de Dora junto al corpulento Mat, recio y pesado como una encina.

—No lo ha buscado ella, Mat —se apresuró a declarar Fletcher—. Me marchó ya. Muy agradecido por la cura, señorita.

—¡Eh! ¡Alto ahí, señor! —exclamó el cazador, con tono que pretendía ser respetuoso—. Lo uno no quita para lo demás. ¿Cómo va usted a presentarse en La Casa Roja con una bota así? Justamente tengo un par sin estrenar, y son más grandes que las tuyas. Le caerán bien.

—No se moleste; es usted demasiado amable.

Mat recogió la ironía contenida en la última frase del forastero. Muy seriamente, con la sinceridad propia de los campesinos, le dijo:

—Yo soy un servidor de usted, señor, y cuente conmigo. El patrón me lo mandó. Pero mi padre decía y con razón, que de un

hombre y una mujer juntos no puede resultar nada bueno. Y quien evita la ocasión, salva el peligro. ¡Ya lo sabe usted! Y aguarde un instante ahora.

Desapareció el patán en una de las habitaciones contiguas, teniendo Dora el tiempo justo para bisbisear a Fletcher:

—Discúlpelo, señor Newill. Mi padre le encargó que cuidase de mí, y él lo ha tomado por la tremenda. No venga usted por aquí.

—Espéreme donde la encontré... —Y el del

F. B. I.

no pudo continuar, por salir Mat de su dormitorio, con un par de botas en la mano.

—Pongáselas, señor; y ya las recogeré yo en La Casa Roja.

Y él mismo le ayudó a calzárselas y a buscar el caballo, que se había alejado unas yardas.

La última impresión que el inspector tuvo de Dora, fue su rostro delicioso, en el que una sonrisa entreabría sus labios de grana y un brillo de simpatía alborozaba sus ojos. «Duck» le despidió con unos ladridos, saltando alrededor del corcel; sus colmillos ya no se mostraban amenazadores.

El regreso a La Casa Roja lo realizó Fletcher a campo traviesa, llevando al galope a su cabalgadura. Consiguió adelantarse a la hora del almuerzo, según supo por el vaquero que se hizo cargo del animal.

En el «*hall*» no se hallaban ninguno de los Hoskins. Subió las escaleras rápidamente, por temor a que lo viesan con las enormes botas prestadas. Sudoroso como estaba, pasó a la ducha.

No lograba apartar de su mente la imagen de la grácil Dora. Recordaba, y seguía chocándole, su candor, la cualidad de que carecían todas las mujeres que hasta entonces había conocido.

Y pensando en ella se vistió y bajó, entrando en la biblioteca, al comprobar que una de las doncellas comenzaba entonces a preparar la mesa en el comedor.

La biblioteca era una sala de proporciones regulares, con una alta estantería repleta de libros alineados a lo largo de dos paredes, una gran mesa, central ovalada, un *secretaire*, unos sillones y unos cuadros.

En los lomos de los volúmenes leyó los títulos más diversos sobre distintas materias, abundando los asuntos de agricultura y

ganadería. Encontró solamente uno que tratase de arte, de pintura y escultura, y se propuso llevarlo a Dora, al día siguiente.

Examinaba la hilera más alta, cuando su mirada ascendió, fijándose en un cuadro pintado al óleo, colgado de la pared, por encima de la estantería. Experimentó un gran sobresalto. Era un retrato del difunto Dighton Hoskins, del mismo a quién él mató en defensa propia cuando fue a detenerlo. Su parecido con Malcolm podía calificarse de extraordinario. Seguramente habían sido gemelos. Entre ellos dos sólo existía una diferencia: el color de los ojos. Los del retrato eran de color azul, y Malcolm los tenía grises.

Le resultaba violento cobijarse bajo el techo que perteneció a Dighton, y tenerlo allí, presente, pintado por una mano maestra. Tuvo la sensación, durante unos segundos, de que Dighton había revivido.

—¿Qué le parece, señor Newill?

Jack volvió rápido la cabeza, asustado. Malcolm Hoskins acababa de entrar silencioso en la biblioteca, sorprendiéndole en el momento de contemplar el retrato. Fraguó enseguida la respuesta:

—No está mal del todo, pero creo que el artista lo interpretó a usted algo distinto de lo que es en realidad. Esa expresión no la conozco yo en usted.

—¡Oh, no soy yo! —rectificó Malcolm, añadiendo—: ¡Es mi hermano Dighton!

—¿Está fuera? —se atrevió a preguntar Jack, disimulando a duras penas, pues sentía un nudo en la garganta que le impedía dar a su voz un acento de naturalidad.

—¡Murió! —contestó Hoskins, con tono grave y dejando de mirar el retrato, como si aquello fuese asunto que no mereciese mayor atención.

El inspector del

F. B. I.

admitió que Malcolm poseía nervios de acero. Había dado a esa palabra la justa entonación que suele darse en casos semejantes, pero cuando el difunto no ha muerto a balazos y al margen de la Ley. No reveló su faz la menor contracción ni sus manos temblaban al gesticular después, charlando sobre riegos con el supuesto ingeniero.

Con la llegada de Daisy, vestida de amazona, dieron principio al

almuerzo. Fletcher narró parte de lo que le había sucedido por la mañana, afirmando que se tropezó con la casa en el bosque. Al hablar de Dora, Daisy comentó:

—¡Es una pobrecilla muchacha! Está cerril como un potro.

Y al referir la actitud hostil de Mat, Malcolm manifestó:

—¡Es un salvaje, si no un loco! Tiene rarezas insoportables, pero se las aguanto por su fidelidad. Su padre fue guardabosques en tiempos de mi padre.

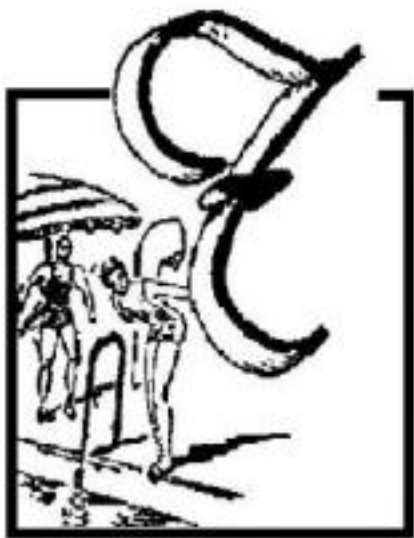
Y ambos hermanos Hoskins encontraron muy divertido el relato de la escena en que el perro intentaba tragarse al «ingeniero» por los pies.



¡Sin rivales!
HA APARECIDO
EXTRAORDINARIO
de
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ES UN ALMANAQUE FENOMENAL!

IV

UNA EXCURSIÓN ARRIESGADA



RANSCURRIERON tres días sin que Fletcher consiguiera fundamentar en un dato sólido las sospechas que le llevaron a aquella apartada región de Montana.

Había hecho como que trabajaba, recorriendo las torrenteras de las vertientes y los canalillos del valle, y trazando planos topográficos con más errores que aciertos.

No faltó su presencia entre los «*cowboys*», conversando y fumando con ellos. Todos le parecieron excelentes muchachos, juveniles y amigos de las bromas pesadas.

Anduvo por el pequeño campo de aterrizaje bordeado de reflectores, pero no tuvo ocasión de penetrar en una casucha de fea

apariencia, cerrada con un grueso candado. Lo mismo podía guardar herramientas que otros objetos. Se enteró que la llave no la tenía el capataz, sino el propio Malcolm. No le corría prisa forzarla mientras no regresase Joe con el bimotor.

Con Daisy había salido por las tardes a pasear a caballo. La joven gustaba de lanzarle indirectas poco veladas respecto a si había dejado amores en Chicago. Él contestaba con evasivas y usaba de toda su voluntad para no quemarse en el peligroso escarceo que podría arruinar su misión.

Por las mañanas, antes de la hora del mediodía, no faltó de visitar el lugar donde había conocido a Dora, junto al arroyuelo. Le llevó el libro de arte descubierto en la biblioteca de los Hoskins. Dora no estaba aguardándole, y su espera fue en vano. Él hubiese jurado que ella no faltaría a la cita. Supuso que por miedo a Mat o por considerarlo falto de interés, la muchacha se había quedado en su casa.

Pero lo curioso del caso era que él dejó el libro justamente en el mismo sitio donde la vio por vez primera. Al día siguiente el libro había desaparecido. Y tuvo la sensación de que alguien estaba observándole desde los espesos matorrales. Fue a cerciorarse, y oyó un fru-fru

de ropa. Luego creyó ver una mancha blanca y roja desvaneciéndose entre el verdor. En realidad, no habría podido jurarlo. Después, la calma solemne y especial de la floresta...

En la tarde del tercer día bajaba Jack de su habitación, con pantalones de montar, dispuesto a fingir interés por el estudio de los alrededores.

Daisy estaba sentada en uno de los sillones del «*hall*», y al verle, le sonrió, preguntándole:

—¿Qué? ¿Va a dar una vuelta a caballo? ¿Me permite que le acompañe?

Aparentemente, cedió él complacido; más en su interior le disgustó la proposición; la hermana de los Hoskins le daba miedo. Temor porque ella era muy bella; su insistencia resultaba tentadora, más bien perturbadora. Sin embargo, no se atrevía a desairarla.

Y juntos salieron cabalgando, alejándose de los campos cercados, en dirección a las montañas. Parecía ella muy contenta.

Charlaba sin cesar, expresando su ansia por hacer un nuevo viaje a las ciudades del Este. Mostraba su disgusto, censurando la rigidez de su hermano Malcolm y llamándole en broma «solterón avaro».

—Sí, señor Newill. Créame. Malcolm no siente ni padece. Sólo piensa en negocios. Y lo peor del caso es que a mí me tiene como secuestrada. Son contadas las ocasiones en que consigo arrancarle unos dólares. El año anterior lo pasó estupendamente en Nueva York con Dighton.

—¿Dighton? —repitió Jack—. ¡Ah, sí! Su otro hermano, ¿no? El que murió.

Ella tensó bruscamente las riendas de su corcel, parándolo.

—¿Quién le ha dicho que...?

—Malcolm —repuso el inspector con el más completo aire de inocencia—. Me contó algo de él...

Esta última frase, que no afirmaba nada, en realidad, confundió a la joven.

—¡Fue una injusticia! Lo mataron a traición. Uno del
F. B. I.

—¿Es posible? Lo ignoraba, señorita Hoskins. Yo imaginé que murió por enfermedad o...

—Lo mató uno del
F. B. I.

—repitió ella, mientras sus ojos relampagueaban singularmente, reflejando la dorada luz del atardecer—. Dighton valía más que todos nosotros juntos.

Y llevada de sus propios sentimientos, demostrando un nervosismo o una ira incontenible, hundió las espuelas de sus botas en los ijares del caballo. Arrancó al galope tendido, tomándole a Jack una delantera cada vez mayor.

Deseoso de no perder aquella ocasión de descubrir el pensamiento de uno de los Hoskins respecto al difunto Dighton, animó a su cabalgadura.

Fue una carrera vertiginosa. Daisy montaba con la habilidad de un «cowboy», conocía el terreno y pronto se internó por la vegetación de las laderas.

Los golpes de las herraduras de su caballo eran el único guía de Jack para no despistarse en su seguimiento.

—¡Daisy! ¡Daisy! —gritó, al penetrar en el bosque de coníferas,

a fin de que ella le contestase proporcionándole su situación.

Y la halló, al fin, en las cercanías de la casa ocupada por Mat y su hermana. Daisy había desmontado y estaba sentada en una roca, con la barbilla oculta entre las manos. Miró al supuesto ingeniero con una sonrisa de tristeza. El descabalgó y fue a sentarse a su lado, con el propósito de incitarla a hablar sobre el particular, que le interesaba en extremo.

—Pensé que se había vuelto usted loca, señorita Hoskins. ¿Tanto le impresionó la muerte de su hermano?

—Yo le quería mucho. Era muy listo. Malcolm y Joe tenían que obedecerle, porque valía el triple que ellos.

—¿Cómo le sucedió?...

La joven estalló colérica, clavando sus uñas esmaltadas en el grueso tejido de los «breeches»:

—Había hecho mucho dinero, trabajando, y no se lo perdonaron. Alguien lo denunció, calumniándolo, y uno del

F. B. I.

lo mató a traición para que no pudiese defenderse en el juicio y sacase trapos viejos a relucir. El pobre Dighton habría metido en la cárcel a muchos capitostes políticos.

—¿Conocen ustedes a ese del

F. B. I.

que lo mató? —Osó interrogar al inspector, echándose hacia atrás y procurando que ella no le viese la cara.

—¿Qué íbamos a sacar con eso? Dighton murió, el escándalo se dio y ya hasta me da vergüenza visitar a mis amistades en Nueva York.

Fletcher juzgó mentalmente que ella no mentía. El tono de Daisy había sonado a sincero al afirmar que no conocía el nombre del agente especial del

F. B. I.

que mató a su hermano Dighton. Consideró adecuado variar la conversación con una frase de condolencia, pero ella seguía obstinada en tratar de la cuestión.

—Esto es un infierno, señor Newill, al menos para mí. Viviendo Dighton, yo pasaba largas temporadas en Nueva York, alternaba y «era persona»; ahora, con Malcolm, que es un puritano insoportable, estoy aquí recluida. ¡Daría mi vida por dejar esto!

—¡Hágalo! Usted es mayor de edad...

—¿Con qué dinero? Malcolm tiene la llave de la despensa y no la suelta así lo ahorquen. Más de una vez he pensado una solución... ¿Quiere usted casarse conmigo, señor Newill?

La pregunta fue hecha tan a quema ropa, que Fletcher no supo reaccionar. El desconcierto dio tal aspecto de estupidez a su cara, que Daisy empezó a reír nerviosamente.

—Lo he asustado, ¿no, señor Newill?

—Es algo sorprendente una declaración así...

La risa de la menor de los Hoskins adquirió histerismo, hasta degenerar en sollozos estrangulados por falta de respiración.

Aturdido, sin saber qué hacer, el inspector pasó su brazo izquierdo por encima del hombro de ella, y la atrajo hacia sí.

—¡Vamos, Daisy, cálmese! No es tan grave su estado. Muchas mujeres la envidiarán. Si usted no desespera, sus hermanos se harán cargo de que éste no es sitio adecuado para una muchacha ansiosa de disfrutar de la vida. Y no tendrá usted necesidad de casarse por interés con un ingeniero —trató Fletcher de consolarla, empleando un acento entre persuasivo y jocoso.

Temblaba toda ella, llorando a igual que un chiquillo al que se ha negado un juguete. Ya no era la mujer artificiosa, de aire de vampíresa, sino una muchacha que se sentía desgraciada.

Cuando alzó el rostro, buscando la mirada del falso ingeniero, éste no pudo resistir la tentación de aquellos labios rojos, y los besó con la irresponsabilidad de quien no es capaz de resistirse a la atracción del abismo. Experimentó el vértigo temido y...

Al separar su boca, Daisy no lloraba. Aún existían en su rostro las huellas del llanto, pero sus pupilas revelaban una satisfacción difícil de calificar.

—No se le da mal —manifestó, sonriente, con una desfachatez rayana en cinismo.

Y a Fletcher, que gozaba entre sus compañeros de experto conquistador, no le agradó en absoluto aquella frase. Se maldijo interiormente por su debilidad, e iba a replicar con una impertinencia, más el ruido de unas pisadas alejándose veloces le obligó a ponerse en pie y otear el lugar. No descubrió a nadie. Sin embargo, él habría jurado que alguien estuvo espiándolos mientras se abrazaban.

También Daisy debió oír los pasos, pues parecía preocupada. El espeso bosque se prestaba a las mil maravillas para que los curiosos acechasen sin ser descubiertos.

—Volvamos a casa —indicó el inspector, ayudando a ponerse en pie a su acompañante.

Al ofrecerse ante ellos el espléndido panorama del valle iluminado por el sol en el ocaso, distinguieron un avión planeando sobre La Casa Roja.

—¡Es Joe! —exclamó Daisy, como excitada—. ¡Apresurémonos!

Animó Fletcher a su cabalgadura, taloneándole los flancos, también excitado e interesado en averiguar los motivos del regreso de uno de los Hoskins. Adivinaba que en el bimotor se encerraba uno de los secretos que le conducirían al esclarecimiento del misterio. Esta vez, empleándose a fondo con su caballo, no consintió que el de la joven le sacara ventaja.

Llegaron juntos a las corralizas, que las cruzaron a galope, levantando una nube de polvo y causando la alarma entre gallinas y cerdos.

Desmontaron en la explanada de arena y penetraron en el edificio. Mat, el hermano de Dora, se encontraba en el «*hall*», paseando con las manos a la espalda. A él preguntó Daisy:

—¿Dónde están?

—En el despacho, con el patrón, señorita —repuso el guardabosques, respetuoso.

Y la joven, sin llamar a la puerta del despacho, muy precipitadamente, penetró en su interior.

—¡Hola! —saludó Fletcher a Mat.

—¡Buenas tardes, señor! Como las botas me hacían falta, le he pedido a una de las muchachas que me las bajasen. No se incomodará usted, ¿verdad? —dijo el patán, rehusando con un movimiento de cabeza el cigarrillo que el «ingeniero» le ofrecía. Aunque se obstinase en ser amable, su vozarrón y sus ademanes le restaban simpatía.

—Bien hecho, Mat. ¿Y su hermana?

—Allí está, con sus cosas. Por cierto, que yo quería hablarle, señor ingeniero. Me dijo Dora lo que usted le había dicho en cuanto a lo de su manía de hacer monigotes con madera, y yo me digo si usted le dijo lo justo. ¿Usted entiende de eso? Porque usted sabrá de

todo, ¿no?

Fletcher sonrió, divertido. Los rudos modales del cazador le chocaban grandemente. No concebía tanta rusticidad en una persona.

—¡Hombre, entiendo algo, sí! Su hermana posee un sentido artístico muy estimable. Es una pena que usted la tenga allí encerrada. A ella le convendría, indudablemente, ver museos, tratar a escultores, recibir enseñanzas que la fuesen depurando...

—Eso es soñar con la luna, señor ingeniero. No tengo dinero como para mandarla a la capital, y en segundo, que nunca se separará de mí. Y otra cuestión que me está rondando la cabeza desde el otro día, señor ingeniero. Uno no es tonto y tiene la vista aguda. Me di cuenta que en la lumbre estaban ardiendo unos libros. Dora me aclaró que los había tenido escondidos y que usted se los quemó. Parece ser que se los había regalado el hermano del patrón. ¿Por qué lo hizo usted? ¿Qué encerraban?

Percatóse entonces Fletcher de que a Mat, con toda su cazurrería, no le faltaba inteligencia. Como todos los hombres de su carácter, tardaba en asimilar nuevas ideas, rumiándolas despacio; pero apenas comprendidas, las ponían en acción con la inflexibilidad de una máquina.

—No me agradaron como lectura para su hermana. Hay libros y libros, y no todos son apropiados. No sé si me comprenderá...

—Sí, le entiendo. Pues se los dio el señor Joe...

Jack notó cierta dureza acusada en la ya rígida entonación del cazador.

—Lo haría sin pensar.

La réplica fue un gruñido. Mat le volvió la espalda, acercándose a la chimenea. Poseía los andares de un oso y los brazos le colgaban oscilantes, terminando en unas manazas que semejaban zarpas.

Subió Fletcher al otro piso, y antes de cambiarse de ropa para la cena, pasó al cuarto de baño. A través de los cristales de su ventana estuvo contemplando el bimotor posado en el campo de aterrizaje. Era un modelo «Chandler 24», de los liquidados a bajo precio por la Aviación norteamericana, a causa de su inestabilidad en el vuelo. No sería mal piloto Joe Hoskins al atreverse a pilotarlo en plan de deporte.

No se veía a nadie custodiando la aeronave. De aquella noche no

pasaría el registro.

Y con este propósito, Jack entró en su alcoba, descendiendo media hora más tarde al «*hall*».

Malcolm y Daisy conversaban junto al fuego con Joe y Bain, tomando los cuatro unos aperitivos. El atlético Joe estrechó calurosamente la mano del «ingeniero», y Bain se limitó a hacer una inclinación de cabeza y murmurar unas palabras de salutación. Las llamas coloreaban con sus reflejos la faz afilada del exmilitar, agravándose su expresión hermética.

La cena transcurrió animada, gracias a los esfuerzos del inspector, manteniendo una charla casi exclusiva con Daisy. Los otros permanecían taciturnos, en especial Malcolm. El ambiente sombrío de La Casa Roja, cuyas espaciosas habitaciones absorbían y anulaban la ya débil iluminación eléctrica, causaban en Fletcher un creciente malestar. Las doncellas que servían la mesa quitaban y ponían los cubiertos con pasos silenciosos de fantasmas.

Como de costumbre, volvieron al «*hall*» a tomar el café. Y Jack tuvo la precaución de vigilar los menores movimientos de Daisy, encargada de entregar a cada uno su taza. Observó que ella le volvía la espalda durante unos segundos, inclinada sobre la mesa que sostenía la bandeja.

Disimulando, se puso en pie, tomó de sus manos la taza que la joven le ofrecía, y le sonrió, aparentando no haberse dado cuenta de nada. Con parsimonia removi6 el brebaje con la cucharilla, buscando la manera de engañar a los Hoskins. Ellos fueron tomándose el café, mientras charlaban acerca de asuntos triviales.

—Pondré la «radio», si no les molesta —dijo Jack, encaminándose hacia el aparato, con el servicio en la mano izquierda.

Sentía fijas en él las miradas de los demás. No conseguiría engañarlos. Y el caso era que no estaba seguro de si realmente el líquido contenía un narcótico o si sólo se trataba de suposiciones suyas. Sin embargo, no osaba arriesgarse.

Una gran maceta barnizada y sostenida por un trípode de hierro labrado, junto a la «radio», le proporcionó una posible solución. Depositó en la oscura tierra pegada al tallo de la planta el platillo y la taza, fingiendo necesitar de ambas manos para jugar con los mandos del aparato.

Puso una estación cualquiera, y luego se colocó de forma que su propio cuerpo ocultase la maceta a los otros. Y regó la tierra con la mayor parte del café.

Fue un instante. Volviéndose de cara a los Hoskins, con simulada naturalidad se llevó la taza a los labios, haciendo como que bebía. Y regresó a su lado, dejando el servicio en la mesa central. Se limpió los labios con el pañuelo y encendió a continuación un cigarrillo.

Siguiendo la comedia, el inspector, tomando asiento en uno de los butacones, participó en el diálogo general y procuraba ser más ingenioso que nunca.

A los pocos minutos se llevó la mano a la boca, como si pretendiese disimular un bostezo, y fue entornando los párpados. Sus frases se hicieron lentas y cortas. Los demás no parecían notar su estado.

Y por último, levantándose con pereza, notificó:

—Ustedes me perdonarán, pero tengo un sueño terrible. Estoy rendido. Buenas noches, Daisy. Hasta mañana, señores.

Y se dirigió hacia la escalera, subiendo los peldaños de uno en uno y apoyándose en el pasamanos pesadamente. Oyó decir también a los otros, en tono demasiado alto para ser natural, que ya era hora de irse a acostar.

Fletcher entró en su alcoba. Por los cristales de la ventana comprobó que en el jardín no se notaba nada anormal. De buena gana no se habría desnudado, más el temor a que subiese alguno de los Hoskins a cerciorarse de si estaba dormido, le obligó a hacerlo, a introducirse entre las sábanas y a apagar la luz.

Con los ojos abiertos fijos en la raya clara que se delineaba bajo la puerta, de la luz del pasillo del piso superior, aguardó durante largo rato. La inevitable emoción de toda espera se apoderó de él. No oía pasos ni voces. La casa estaba en silencio. Los otros moradores no habían subido aún a sus respectivos dormitorios; «¿Prepararán algo para esta noche o no? —se preguntaba el joven—. ¿Serán suposiciones mías?».

Nadie se acercaba a la puerta de su alcoba, nadie trataba de averiguar si él se había dormido. «¿Es que dejarán para otra noche sus misteriosas actividades, o es que no existe nada ilegal en los viajes de Joe y Bain con el avión?».

Transcurrió el tiempo con una calma que desesperaba a Jack. Calculó que habrían pasado más de dos horas. Muy a su pesar, el calor y la comodidad del lecho le invitaban a quedarse dormido y postergar para otra ocasión la vigilancia del aeródromo. Su concepto del deber era lo que le mantenía despierto.

Al fin, cuando ya se disponía a levantarse, sintió pasos en la escalera. Pasos menudos, en repiqueteado ágil, alejándose por el pasillo, hasta extinguirse después de sonar un picaporte. Por el taconeo dedujo que se trataba de Daisy, que había entrado en su cuarto.

Fletcher puso los pies en el suelo y, de puntillas, se aproximó a mirar por el ojo de la cerradura, hasta que vio apagarse la luz que se filtraba por debajo de la puerta del dormitorio de Daisy. Ella acababa de acostarse.

Deseaba el inspector pasar al cuarto de baño y, desde aquella ventana, echar una ojeada al campo de aterrizaje. No lo hizo, temiendo causar algún ruido y poner en alerta a la joven.

A oscuras, tanteó la ropa del armario, hasta elegir un traje que se diferenciaba poco de la vestimenta característica de los vaqueros. Se calzó después unos zapatos con suela de goma. Y, por último, sacó el revólver del escondite y, palpando, comprobó que al tambor no le faltaba ninguna cápsula.

En los días anteriores había imaginado cada uno de los movimientos que haría llegado el instante de actuar furtivamente en el viejo y misterioso caserón de los Hoskins. Tenía todo a punto. Un lazo robado en uno de los cobertizos le serviría para bajar al jardín.

Con el máximo cuidado abrió la ventana. Le azotó la cara el viento frío de la noche. No lucía la luna y en el cielo titilaban las estrellas como pedazos de hielo flotando en un mar tenebroso.

Fijó un extremo del lazo, el otro cabo fue arrojado al exterior. Y ágilmente, con sumo sigilo, Jack puso los pies en el alféizar y luego se deslizó cuerda abajo, procurando no rozar con el cuerpo la fachada ni la ventana del piso inferior.

Sus zapatos tocaron la tierra firme del jardín.

A partir de entonces, sus movimientos fueron felinos, cautelosos. Semejaba una sombra más que una persona. Entre el cinturón y el vientre llevaba sujeto el revólver.

Sus pisadas por entre las plantas y los arbustos se mezclaban al suave siseo de las hojas de los árboles agitadas por la brisa nocturna. De un vistazo comprobó que no salía resplandor alguno por ninguna de las ventanas de La Casa Roja. A lo lejos, de cuando en cuando, el mugido de una vaca o el balido de un cordero.

No había perdido el tiempo en los días anteriores. Caminaba, encorvado, con la seguridad de quien ha recorrido muchas veces igual trayecto. Iba directamente al muro de roca que separaba el jardín del camino que conducía al pequeño aeródromo.

Al asomar la cabeza por encima de la tapia, con los pies apoyados en unas hendiduras, distinguió al frente una luz débil, que desaparecía y aparecía en la oscuridad a intervalos irregulares, Semejaba una luciérnaga con idas y venidas entre dos puntos fijos.

Dedujo el inspector que alguien estaba recorriendo el mismo camino repetidamente. Adivinó de lo que se trataba.

Mediante una extensión de los músculos de los brazos consiguió encaramarse a lo alto, y de allí se dejó caer al otro lado. El salto sonó quedo por ser arenoso el terreno.

Agachado y empuñando el revólver, avanzó sigilosamente, sorteando los troncos de unos álamos que bordeaban el campo de aterrizaje por aquella parte.

Fue aproximándose al lugar donde se movía la luz. Era de una linterna de pila, aunque Jack no distinguía a quién la usaba, por ser, simplemente, una silueta humana que iba desde la casilla, cerrada habitualmente con un candado, al bimotor posado en la pista. Y junto a éste divisó a otras tres personas.

Al estar libre de obstáculos el campo, su acecho se dificultaba extraordinariamente. No podía escudarse tras nada. Y la sed de investigación le incitaba a desvelar la identidad de los individuos.

Bordeando el campo de aterrizaje, anduvo en cuclillas hacia la derecha, y al llegar a la esquina del rectángulo, torció, siguiendo aquel lado. Ya le faltaban pocas yardas para alcanzar la casilla. El de la linterna continuaba sus cortos paseos.

Fletcher se echó de bruces a tierra y comenzó a arrastrarse valiéndose de los codos. Pudo al fin situarse tras un tronco y al lado de unos matorrales.

Descubrió entonces, al fugaz resplandor de la linterna, que se trataba del capataz del rancho, y lo que transportaba al bimotor

eran unas cajas de madera de regular tamaño y precintadas por unos flejes metálicos, que parecían muy pesadas.

Escuchó el murmullo de unas palabras ininteligibles pronunciadas, junto al aparato, por el grupo de los tres hombres. Creyó captar una interjección seca, áspera, peculiar del exmilitar Bain. No cupo duda alguna a Jack de que los otros dos eran los hermanos Hoskins, más necesitaba confirmarlo. Nunca se fiaba él de las deducciones; prefería convencerse de ello, a trueque de correr peligros. Sabía por experiencia que los juicios precipitados, no basados en descubrimientos reales y concretos, habían sido causa de muchas injusticias y de numerosas y desagradables consecuencias.

Planeó dar un rodeo, protegido por la arboleda, y acercarse al bimotor por la parte contraria. El mismo aparato le serviría de escudo y le permitiría aproximarse lo suficiente para escuchar claramente la conversación de los tres individuos.

Comenzó a poner en práctica su idea. Deslizándose, se fue alejando del campo, a buscar amparo bajo los árboles.

De súbito escuchó un ruido en lo alto. Se disponía a descubrir la causa, cuando sintió un tremendo golpe en la espalda, que lo aplastó contra el suelo. Alguien se le había echado encima, alguien que poseía unas manos de hierro, cuyos dedos comenzaban a apretar el cuello del inspector. Éste notaba la respiración de su atacante quemándole la nuca.

Trató Jack de revolverse y de conseguir colocarse boca arriba, más le resultó imposible. Su desconocido adversario pesaba como el plomo y lo inmovilizaba. El aliento empezó a faltarle. Jack pugnaba inútilmente por llevarse la mano al cinturón donde tenía el arma, que cada vez se le incrustaba más en el vientre.

En tanto que mantenía los músculos en tensión, resistiendo lo posible, tuvo miedo a que su adversario llamara la atención de los otros. Todo lo habría perdido, pues no podría justificar su acecho.

Ducho en toda clase de lides, el inspector Fletcher se dominó a sí mismo, su rabia, su desesperación, y fraguó en un santiamén la réplica adecuada a la acometida del que lo montaba a horcajadas e intentaba estrangularlo.

Relajó Jack de pronto sus músculos, empequeñeciéndose, como si su resistencia hubiese llegado a su fin y, en consecuencia, sintió que su adversario se le pegaba más aún con un gruñido de victoria.

Aquello era lo esperado, y el inspector lo aprovechó eficazmente. Exponiéndose a que se le descoyuntasen las vértebras cervicales, levantó la cabeza y, con la coronilla, golpeó, con la fuerza de un ariete en un cuerpo duro, en un hueso que sólo podía ser la mandíbula de su desconocido agresor.

Escuchó el bramido de dolor, y a continuación, hincando las punteras de sus zapatos en la tierra y apoyando las palmas de sus manos, combó el cuerpo rápidamente. No desperdició el instante de respiro. Con la agilidad de un luchador profesional se revolvió hasta colocarse de espaldas, consiguiendo desembarazarse de los dedos que le atenazaban.

Pudo ver, entonces, la silueta de su contrincante; pero, dada la oscuridad, no llegó a identificarlo. Sin darle tiempo a solicitar auxilio, levantó Jack las piernas y, efectuando una llave, las cruzo por delante de la garganta del otro.

Sus tobillos apretaron hacia abajo y el adversario se encontró con la nuca pegada al suelo.

Por miedo a que el ruido de la pelea atrajese la atención a los otros, no usó los puños, sino que, sacando el revólver, con su cañón golpeó la cabeza de su contrincante. Sonaron dos golpes secos, acompañados de un alarido.

La alarma había sido dada. Y la obsesión de Fletcher fue desaparecer en la noche antes de que lo acorralasen. No por temor a luchar con varias personas; él nunca se había batido en retirada. Más en la presente ocasión, el éxito de sus planes dependía de no ser reconocido.

Encorvado y en cuclillas, con el arma empuñada, huyó del lugar, en dirección a La Casa Roja. Detrás oyó unas palabras en tono alto y unas carreras.

Acelerando la marcha, salvó el muro por el mismo sitio que lo había saltado anteriormente. Inmóvil y encogido, aguardó, por si le seguían. No escuchó nada sospechoso. Y el jardín estaba en silencio y en aquella fachada de la casa no se divisaba ninguna luz.

A largos pasos y mirando en derredor llegó a dónde pendía el lazo y por él trepó, izándose a pulso.

Con el oído atento y de una ojeada, se percató de que en su alcoba no había nadie. Saltó por encima del alféizar, recogiendo a continuación la cuerda y cerrando las contraventanas.

Apresuradamente se desnudó. Cada prenda fue colocada en su sitio respectivo, y el lazo dejado sobre el armario. Todo ello sin embarullamiento, a oscuras, con una precisión admirable.

Se acostó, y el revólver lo mantuvo entre los muslos, presto a ser empleado si las circunstancias lo requirieran.

Sus suposiciones no resultaron fallidas. No habría transcurrido un cuarto de hora, cuando sintió que alguien trataba de abrir la puerta de su alcoba.

Tras el picaporte chirriaron los goznes levemente y el rayo luminoso de una linterna recorrió el suelo de la habitación, ascendiendo al lecho. Fletcher ya había cerrado los ojos y acompasado su respiración, como si durmiese. Sin embargo, los dedos de su mano derecha ceñían tensos la culata del arma.

Notó un resplandor a través de los párpados: estaban alumbrándole la cara.

—Pues parece dormido —oyó decir, reconociendo el tono seco de Bain.

—El narcótico es fuerte y se tomó casi todo. Comprobé yo que en la taza sólo quedaban los posos. No ha podido ser él. Está más dormido que una piedra.

Era la voz ruda de Joe Hoskins. Al momento volvió a hablar Bain, a la vez que sonaban unas pisadas en el cuarto, aproximándose a la cama:

—¿Quién habrá sido, entonces?

Fletcher fue zarandeado suavemente, al mismo tiempo que le llamaban:

—¡Señor Newill! ¡Despierte!

El joven continuó haciéndose el dormido, sin variar su ritmo respiratorio.

—¡Vámonos, Bain! Alguno de los vaqueros quería curiosear más de la cuenta. Malcolm se encargará de mandar al capataz que descubra cuál de ellos salió de su nave a estas horas. No le será difícil averiguarlo.

Jack les oyó salir de la habitación y cerrar la puerta sin ningún cuidado. Por suerte, le consideraban inconsciente a causa del narcótico.

En el resto de la noche le sería imposible proseguir sus investigaciones; lógicamente, los Hoskins estarían alerta. Prefirió

dormir, en espera del nuevo día.

Un zumbido potente le despertó. El bimotor estaba despegando. Se deducía que su cargamento secreto era de gran importancia y no muy legal, cuando tan pronto, a consecuencia de lo ocurrido lo transportaban a otra parte. El inspector habría dado un brazo con tal de conocer el rumbo y el lugar de aterrizaje del avión. Esta incógnita tendría que arrancársela a la fuerza a los Hoskins.



AVENTURAS DEL F. B. I.

JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIO de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR DE LO MEJOR

PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

V

SE CONFIRMA LA SOSPECHA CLAVE



UY avanzada la mañana, casi las once, Jack Fletcher se despertó. Su optimismo y su juventud le habían hecho dormir, pese a los acontecimientos de la noche anterior.

Al entrar en el cuarto de baño y mirar por su ventana, no pudo reprimir un silbido de sorpresa. Allí, posado en el campo de aterrizaje, se hallaba el aeroplano. Y él había escuchado sus motores en marcha, de madrugada. Pensó si lo habría soñado. No, no lo soñó.

Meditando, mientras se lavaba, llegó a la conclusión de que los Hoskins se habían llevado la desconocida mercancía a un sitio

seguro, y habían vuelto con el bimotor en un plazo muy breve, a fin de que la persona que los estuvo espiando creyese que el aparato no se había movido. No cabía otra explicación, aunque restaban algunos cabos sueltos.

No vio a nadie en el «*hall*» ni en el comedor. La doncella que le sirvió el desayuno, repuso a su pregunta que los señores habían salido a pasear a caballo. Se enteró a sí mismo de que Joe y Bain acompañaban a Daisy y a Malcolm. Un extraño presentimiento comenzó a apoderarse del ánimo del inspector. No presagiaba nada bueno el rápido regreso de los pilotos. Se propuso activar sus investigaciones, antes de que fuese demasiado tarde.

Con este pensamiento, y aprovechando que no se hallaba nadie en el «*hall*», pasó al despacho de Malcolm.

Tuvo que reconocer su impotencia para abrir la puerta de una pequeña caja fuerte empotrada en la pared, pero fue registrando uno a uno los cajones de la mesa, cuyas cerraduras no tenían la llave echada.

Leyó papeles propios del negocio, recibos y facturas, relación de pagos a los empleados del rancho... nada que mereciese la pena.

Al apartar las gomas que cerraban una carpeta de cartón azul, y ojear su contenido, tuvo la sorpresa de encontrar un recorte de periódico. La noticia decía que el inspector Jack Fletcher, del F. B. I.,

había muerto gloriosamente a consecuencia de las heridas sufridas en su lucha contra el «boss» Ferguson.

Permaneció quieto el inspector, con el papel entre los dedos. Su hallazgo le llenaba de alegría y de temor, a la vez. Comprobaba, al fin, que de los Hoskins partieron los golpes contra él, empleando pistoleros a sueldo. Vengar a su hermano Dighton había sido su meta, y lo considerarían conseguido. No obstante, aquel trozo de periódico no era prueba suficiente; un tribunal de Justicia no lo admitiría como acusación, exigiría más.

Volvió a dejar el papel en la carpeta. El resto de su búsqueda resultó infructuosa.

Pensativo, abandonó el despacho tras cerciorarse de que ningún sirviente le veía salir.

Con un cigarrillo en los labios estuvo paseando por el jardín. El nombre de Dora vino a su cerebro. Ella, sólo ella, por su

ingenuidad, se prestaría a revelarles los datos que él necesitaba. Dora sabría sin duda, de los ocultos manejos de los Hoskins. Mat era un adicto a la familia, y seguramente en más de una ocasión habría dicho algo a su hermana respecto a lo que sucedía en La Casa Roja.

Iría a visitarla después de comer y una vez hubiese comprobado que los Hoskins continuaban sin tener ningún recelo hacia él. Dada su pericia y sus dones de observación no lograrían engañarlo si sospechaban de él. Y en cuanto le fuese factible, en su automóvil se encaminaría a Helena, a expedir un telegrama a Davidson, el inspector compañero suyo en Nueva York, refiriéndole el hallazgo del recorte de Prensa. Davidson estaría impaciente por saber noticias suyas.

Le sacó de su ensimismamiento el ruido de unos motores y de unos cascos de caballo. Desde la explanada arenosa, delante del edificio, pudo divisar que por el camino principal, a través de las corralizas primeras, se aproximaban dos camiones con la caja cargada hasta los topes, escoltados por un grupo de jinetes en los que reconoció a los hermanos Hoskins y a Bain.

Llegaron los vehículos y se detuvieron en la explanada. Daisy, sonriente, les saludó, bromeando a su costa por lo dormilón que era. Los demás la secundaron. Esto bastó a Jack para convencerse de que no desconfiaban de él. Les servía de burla al creer ellos que el narcótico vertido en la taza de café, la noche anterior, le había hecho dormir pesadamente.

Se disculpó, achacándose pereza, y aguardó, curioso, a que efectuasen la descarga de los bultos que ocupaban los camiones. Pero, Malcolm llamó al capataz, indicándole que lo retrasase hasta la tarde. Aquello bastó para que Fletcher experimentase la natural comezón de averiguar lo que encerraban los cajones.

La comida transcurrió en un silencio significativo. Joe parecía malhumorado; Bain, como siempre, ocupado en beber más de lo debido, y Daisy daba la impresión de haber tenido un grave disgusto. El único, aparte de Fletcher, que hablaba y hasta sonreía, era Malcolm con su comedimiento y elegancia de costumbre.

A toda costa, el inspector del
F. B. I.

ansiaba conocer el cargamento recién llegado, y por ello postergó su visita a Dora.

Resultaron fallidas sus esperanzas durante la tarde. Se enteró de que dejarían los camiones tal como estaban. Al supuesto ingeniero le preguntó Malcolm, muy educadamente, si no iba a salir a trabajar en el estudio de los terrenos. El joven pretextó dolor de cabeza y una flojedad general. No ignoraba que esta respuesta confirmaría a sus oyentes en su creencia de que se trataba de las consecuencias del narcótico.

Se unió a ellos en una partida de póker, rehusando con amabilidad las bebidas que Daisy le ofrecía. Su fingida dolencia le ayudaba a evitar que de nuevo le echasen soporíferos en un vaso.

A pesar de la normalidad de la reunión, Fletcher tenía la sensación de que se hallaba sentado al borde del cráter de un volcán a punto de entrar en erupción. Al ambiente siniestro de La Casa Roja, apenas anochecía, se aunaban las varias escapadas de Malcolm al jardín y los semblantes adustos de los demás.

Marcaban las ocho y media las agujas del gran reloj de péndulo situado en un rincón del «*hall*», cuando Malcolm arrojó los naipes sobre la mesa, y dijo:

—Ya es hora de que nos arreglemos —y a continuación, dirigiéndose al «ingeniero»—: Esta noche cenará usted solo, señor Newill. Dispénsenos. Unos amigos nuestros, dueños de un rancho cercano, nos han invitado a pasar la velada con ellos. No me atrevo a invitarle...

—No, se lo agradezco. Cenaré y me acostaré enseguida. No me encuentro bien del todo.

Subieron los otros a sus respectivos cuartos, excepto Daisy, que se retrasó unos momentos, para manifestar en voz baja a Fletcher:

—No sea tan cursi como mi hermano. Véngase con nosotros y yo le presentaré. Habrá baile y me gustaría tener una pareja como usted... ¿Qué tal lo hace?

Y la joven sonreía hechicera, coqueteando descaradamente.

—Regular, pero con usted bordaría los pasos. Sin embargo, perdóneme; de verdad que estoy algo malucho. Además, su hermano lo tomaría por impertinencia. Piense en mí cuando baile con otro, y así no tendré celos, respondió Jack, bromeando.

Ella hizo un mohín de disgusto mientras subía la escalera.

Se marcharon los Hoskins y Bain en el coche suyo. Luego de verlos desaparecer a lo lejos, el inspector penetró en el comedor,

haciéndose servir la cena.

Le obligó a levantarse de la silla, el arranque de los motores de los camiones. Fue un movimiento instintivo, cortado por la aparición de la doncella con el segundo plato. Contra su voluntad, volvió a sentarse.

—¿Se marchan ya éstos? —preguntó a la muchacha, con acento de indiferencia.

—Sí, señor. Según he oído en la cocina, van a descargar ahora.

—¿De noche?

—Aquí ocurren cosas muy raras, señor Newill —afirmó la doncella, con cierto tono de enfado—. Como que, en cuanto pueda, me voy a despedir a la francesa.

—No la comprendo.

La muchacha parpadeó bajo la mirada socarrona del huésped, y se disponía a hablar, pero la acalló la entrada de la otra doncella. Fletcher acababa de perder una oportunidad de saber algo interesante.

Después de los postres, sin tomar café, subió a su cuarto. Con premeditación, empezó a desvestirse frente a la ventana. Si alguien estuviese espiándolo desde el jardín, habría jurado que lo vio desnudarse.

Luego de apagar la luz, volvió a vestirse rápidamente. Con los Hoskins fuera, en cuanto la servidumbre se retirase a dormir, él haría un registro en las alcobas del piso superior, y por último, saldría a seguir las huellas de los camiones. Los rastrearía hasta tropezarse con el lugar donde hubiesen descargado las mercancías.

Nada le preocupó, una hora más tarde, el examen de los otros dormitorios. En el de Malcolm no quedó mueble sin ser registrado, más en ninguno encontró Jack una prueba de culpabilidad. Era estúpido pensar que Hoskins hubiese tratado con Fergusson mediante escritos. Habrían concertado verbalmente el asesinato del inspector Fletcher.

Serían las diez, cuando Jack se descolgaba por la ventana de su cuarto, de igual manera que lo había realizado anteriormente. Rodeando la casa, llegó a la explanada, y a los rayos de su linterna sorda le fue sencillo, descubrir las huellas en la arena de los neumáticos de los camiones.

Era oscura la noche y el viento azotaba con irregular intensidad,

portando el frío de las cumbres cercanas.

Por el camino siguió el rastro, haciendo funcionar a intervalos la linterna. Habían torcido las ruedas por un camino que derivaba a la izquierda. Esta vez, Fletcher caminaba con todos los sentidos alerta, atento al menor ruido y a los bultos. No quería que se repitiese el ataque de la noche anterior. Por si acaso, llevaba en el cinturón el revólver.

Las líneas paralelas marcadas en el suelo le condujeron a la linde del campo de aterrizaje. Y encontró los camiones a unas yardas de la casilla cerrada con el candado.

Su investigación progresaba, consiguiendo un tanto más a su favor. Si lograba pasar al interior, un misterio quedaría desvelado a sus ojos. Ausentes los Hoskins, a aquellas horas estarían medio bebidos y bailando, no temía nada de los «cow-boys»

recluidos en sus pabellones. A los que no había visto era a los chóferes forasteros; seguramente estarían durmiendo en la parte de La Casa Roja destinada a los criados.

Enfocó fugazmente las cajas de los vehículos; ya las habían descargado.

Precavido, antes de acercarse a la puerta de la casilla anduvo describiendo un círculo alrededor, cerciorándose de que nadie estaba al acecho y, por tanto, que no se le había tendido una trampa.

Poco resistió el candado a sus habituales manipulaciones con las ganzúas. En la Academia de Quantico, como simples ejercicios, habían forzado mecanismos más complicados.

Echado en tierra, con la cabeza pegada al umbral, fue empujando la puerta lentamente, mientras con la mano derecha asía el arma de fuego, apuntando a la rendija oscura.

Nada ni nadie. El silencio nocturno continuaba. Imaginó que podrían estar aguardándole detrás de la puerta, dispuestos a machacarle el cráneo. A riesgo de sufrir el golpe, en un alarde de elasticidad muscular, desde tierra saltó adentro, terminando de abrir con los hombros la hoja de madera forrada de chapa metálica.

Cayó de puntillas, conservando el equilibrio con las yemas de los dedos apoyadas en un pavimento áspero. Mediante una zancada, de costado, cambió sigilosamente de lugar y permaneció quieto, entre

las tinieblas, conteniendo la respiración.

Entonces encendió la linterna. El círculo luminoso mostró sacos vacíos apilados, cajones abiertos, muebles cubiertos de polvo y nada más. Era sólo una habitación, y allí no había nadie. Confuso, iba ya a salir, cuando observó en el piso de cemento unos granos de arena rojiza que formaban como un sendero desde la puerta a...

Siguiéndolo, por sospechar que provenían de unas botas que entraron y salieron de la casa, muchas veces, llegó hasta un cajón de tablas medio desclavadas. En su interior no había nada.

Lo echó a un lado, hallando una trampilla a ras del pavimento. Tiró de la anilla cogida al cuadrilátero de cemento, apareciendo un boquete y los primeros peldaños de una escalerilla de hierro. Le dio en la cara una bofetada de aire húmedo.

Sin dudarlo. Jack comenzó a descender. Pronto pisó tierra firme. Montones de cajas de madera precintadas con flejes de acero formaban como barricadas hasta el techo, con un pasillo central estrecho y otros transversales. Las paredes también cementadas exudaban agua y salitre.

Impulsado por su afán de conocer cuanto antes el contenido de las cajas, se dispuso a abrir una de ellas. Utilizó el cañón de su revólver como martillo y la madera saltaba hecha astillas, mientras la linterna seguía encendida sobre una pila.

—¿Tiene curiosidad por saber lo que hay dentro, señor Newill? No se moleste en hacerla pedazos; yo se lo diré con mucho gusto.

Oyó Jack la voz, a su espalda, y sintió el duro contacto de algo apoyado en su columna vertebral. Experimentó un escalofrío, de sorpresa y de pavor, porque la voz había retumbado espectralmente en la baja bóveda de la cueva. Por el acento identificó a Bain, el exmilitar.

—Tire el arma. ¡Pronto!

El tono de la orden era perentorio, y Fletcher obedeció, soltando el revólver. Con las manos separadas del cuerpo, giró el joven sobre sus talones.

Se hizo de pronto la luz en el subterráneo, encendiéndose una lámpara cenital alimentada por fluido eléctrico. Y el inspector del F. B. I.

quedó enfrentado a Bain, que le encañonaba el vientre con una automática; al lado del exmilitar aparecieron los tres hermanos

Hoskins, que hasta entonces habían permanecido ocultos tras uno de los montones de cajas.

Leyó Jack distintos pensamientos en las expresiones de sus aprehensores. Bain tenía tensos los músculos faciales; dispararía al menor movimiento suyo. Malcolm estaba pálido, mordiéndose, nervioso, los finos labios. Por el contrario, en las mejillas de su hermana Daisy aparecían sendos rosetones, como si tuviese fiebre. Y en los ojos de Joe se notaba ira; su brutal temperamento no tardaría en vencer a su sorpresa.

Fletcher se supo perdido si no lograba engañarlos con alguna mentira hábil. Era evidente que los Hoskins, a causa del desconocido espía de la noche anterior, habían preparado una encerrona. Y en sus semblantes se retrataba el asombro que sentían por haber cazado al «ingeniero».

—¡Buenas noches, señores! —les saludó el inspector, sonriendo amablemente—. ¿Qué tal la fiesta? ¿Resultó bien?

—Para usted, muy mal, Newill —le advirtió Bain, siniestramente.

—No comprendo. ¿Quiere explicarse? ¿O prefieren que lo haga yo primero?

—¿Qué buscaba usted aquí? —preguntó Malcolm, dando un paso adelante.

—A una persona. Escuchen lo que ha pasado: Después de cenar salí a despejarme la cabeza con el fresco de la noche. Paseaba por el camino cuando vi una sombra, a un hombre que andaba furtivamente, como si no deseara ser descubierto. Lo seguí hasta la entrada de esta casa. Me dio miedo entrar detrás; lo reconozco. Fui a mi cuarto, a coger mi revólver y la linterna. Regresé aquí y no vi a nadie. Al ver esa trampilla sospeché que estaría dentro. Me convencí de que el fulano había huido, y entonces la curiosidad me ha hecho querer abrir la caja. Ni más ni menos. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Eso deseo saber —manifestó Malcolm, con una voz glacial, cortante, que denotaba incredulidad por la historia escuchada—. Señor Newill: será mejor que nos diga la verdad, o lo pasará mal. Ignora usted con quién está tratando.

—He dicho toda la verdad, señores míos.

—Miente usted, Newill —le increpó Bain, adelantando su

automática.

—Dejádmelo a mí y yo le haré confesar —propuso Joe, cerrando los puños.

Daisy intervino:

—¿Por qué no puede ser verdad lo que ha contado? Anoche él estaba... —Iba a decir narcotizado, pero se calló a tiempo, bajo una mirada de su hermano Malcolm.

—Señor Bain, deje de apuntarme y salgamos de esta covacha. En casa les explicaré cuánto ustedes deseen.

A la proposición de Fletcher se opuso el exmilitar rotundamente:

—Usted no saldrá vivo de aquí. Ha visto ya demasiado.

Y como Fletcher observase en sus pupilas la determinación de matar, se jugó la vida a una carta. Doblando las rodillas se dejó caer rápidamente, pero antes de tocar el suelo se lanzó en plancha a agarrar al exmilitar por las piernas.

La detonación retumbó fragorosamente en el subterráneo y la bala fue a incrustarse en el techo. Bain rodó por tierra, tras golpearse la cabeza con una de las pilas, estrechado entre los brazos atléticos del inspector. Se inició la lucha por el arma. Un grito histérico de Daisy pasó desapercibido para los combatientes.

Jack había logrado echarle una llave al brazo derecho del exmilitar, y se lo retorció, obligándole a aflojar la presión de sus dedos en la culata de la automática. Confiaba en apoderarse de ella antes de que los Hoskins reaccionasen en defensa de su compañero.

En esto se equivocó fatalmente. Mientras Malcolm, hombre que repudiaba la violencia física, vacilaba, Joe descargó un taconazo en la nuca del inspector, repitiendo su salvaje y cobarde maniobra hasta quitarle el sentido. Inerte, yaciendo de bruces, quedó Fletcher, vencido a traición.

Y después la cueva se convirtió en una cámara de tormento. A Daisy la invitaron a marcharse, porque no presenciase el bárbaro castigo infligido al «ingeniero».

Con un cigarrillo en los labios, acariciándose levemente los rubios cabellos planchados, Malcolm, sentado en un cajón, contemplaba la labor de verdugos de sus acompañantes.

Una y otra vez, el del

F. B. I.

perdió el conocimiento bajo la lluvia de golpes. Y al abrir de nuevo

los ojos, siempre se encontraba con la mirada asesina del exmilitar y la faz bestial de Joe Hoskins.

—¡Habla, perro! ¡Di la verdad!

—¿Qué viniste a hacer aquí?

—¿Qué buscabas?

—¿Quién eres, en realidad?

Las preguntas se sucedían, y los puñetazos y los puntapiés llovían materialmente sobre el destrozado Fletcher, que con el rostro tumefacto y el cuerpo maltrecho iba convirtiéndose en un montón de carne sanguinolenta.

En tanto tuvo aliento y la hinchazón de los labios se lo permitió, respondía igual:

—No miento. Vine persiguiendo al hombre ése.

Se había entercado en no confesar, porque si revelaba quién era y sus propósitos, su sentencia de muerte la firmaría él mismo. En cuanto los Hoskins se enterasen de que él era nada menos que el matador de su hermano, de Dighton, no tendrían compasión. Se cebarían en él hasta asesinarlo. Ahora sólo les impedía castigarlo el afán de averiguar su extraño comportamiento; de la otra manera, la sed de venganza los transformaría en fieras.

Por enésima vez en aquella fatídica noche, la inconsciencia se apoderó de él. Y no oyó que Malcolm decía a los otros dos:

—Es inútil; no valen vuestros métodos. Emplearé los míos —y encaminándose a la escalerilla de hierro, notificó—: Vuelvo enseguida con algo que le hará confesar, quiera o no.

Terminaban de fumar un cigarrillo, Bain y Joe, cuando regresó Malcolm con una pequeña caja metálica en la mano. De su interior extrajo una jeringuilla con aguja para inyecciones y una ampolla de vidrio conteniendo un líquido de color lechoso.

—¿No ha vuelto en sí todavía? Reanimadlo como sea, mientras yo preparo esto.

Fletcher tornó a dar síntomas de vida. Su mente estaba oscurecida y le pareció sentir un pinchazo en el brazo izquierdo, un simple pinchazo, poca cosa, comparada con los golpes recibidos anteriormente. Casi habían aniquilado su sensibilidad. Apenas sí creyó oír la voz de Malcolm, afirmando:

—Ahora comprobaréis el resultado. Es un preparado a base de escopolamina y mezcalina con otras sustancias. El químico que me

proporcionó las ampollas me aseguraba que la persona inyectada pierde por entero la voluntad durante unas horas.

Expectantes, los hermanos Hoskins y Bain aguardaron los anunciados efectos de las drogas.

El químico no había mentido, por desgracia para Fletcher. Éste empezó a mover la cabeza, lentamente, a un lado y a otro, y su respiración fue más profunda y rítmica. Producía la impresión de que recobraba las energías.

Transcurridos unos minutos, Malcolm inició el interrogatorio:

—¿Quién es usted?

E inconscientemente, Fletcher repuso con la verdad a las preguntas. Cada respuesta suya incrementaba el nerviosismo de sus verdugos. Les aterrizaba saber que el «ingeniero» era un inspector del «Federal Bureau of Investigation», y justamente John Fletcher, el que mató a Dighton y al que ellos habían condenado a muerte por mediación de Ferguson.

El interrogatorio proseguía implacable y las contestaciones sumieron en el desconcierto y el temor a los tres compinches. Se tranquilizaron en parte al escuchar que sólo Fletcher se había presentado en Montana.

—Hay que liquidarlo —aseveró Bain, cuando dieron por terminado el interrogatorio y la víctima seguía postrada, delirando aún.

—Con un balazo nos lo quitamos de en medio —aconsejó Joe, apoderándose del revólver caído.

Malcolm demostró ser más astuto e inteligente que ellos.

—Si lo matamos, apenas sus compañeros lo echen de menos, por falta de noticias suyas, vendrán en busca de nosotros, porque éste les dijo que venía aquí.

—Nos largaremos al Canadá en el bimotor, mañana mismo —insistió Joe.

—El

F. B. I.

llega a todas partes si se lo propone. Y un inspector especial asesinado sería motivo más que suficiente para que movilizaran a todos los agentes que tiene repartidos por el mundo. Por el contrario, si dejamos vivo a éste, cuando nos convenga, ya estaremos lejos y ellos considerarán el asunto como fracasado. No

se molestarán mucho, porque tendrán otras investigaciones de mayor envergadura. Harán gestiones, no digo que no, pero no se emplearán a fondo.

La decisión tajante de Malcolm no admitía discusión. Era la inteligencia del criminal grupo, y a los demás solo les correspondía obedecer. En consecuencia, Bain preguntó:

—Entonces, ¿lo guardamos aquí hasta que sea oportuno soltarlo?

—Pasado mañana ha de sacarse esta expedición y el capataz lo vería. No nos conviene que Tom se entere, y menos de que es uno del

F. B. I.

Cuantos menos testigos, mejor, por lo que pueda suceder. Sin embargo, de Mat sí me fío. No piensa; obedece sin preguntar razones. Y en su casa se podría guardar a éste. Allí nadie se acerca. Joe, prepara unos caballos, da cualquier pretexto al mozo de cuadra y avísanos. Si las cosas se nos presentan bien, es muy posible que alguien sufra un accidente: por ejemplo, despenarse en un precipicio. Nadie tendría la culpa.

Y al augurar este final al prisionero, Malcolm sonreía, alargados sus labios en un rictus de crueldad, aún más escalofriante que el gesto brutal de su hermano y que el duro gesto del exmilitar.



¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?
Sin duda alguna, el
EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. B. I.

VI

LA MUERTE DE UN CANALLA



L volver en sí, Fletcher supo que se hallaba en una habitación pequeña con una ventana estrecha y enrejada por la que penetraba la luz del día. Estaba tendido en una cama, vestido.

En su memoria había quedado impresa indeleblemente la escena horrible en el subterráneo, pero al principio creyó que había sido un sueño. Se convenció de lo contrario, de que fue realidad, al intentar moverse. Cada articulación de su cuerpo protestó, causándole un dolor y una torpeza indecibles. Sentía tirante la piel de la cara, y al tocársela se notó costras de sangre.

Un ruido metálico a su izquierda le hizo volver hacia ese lado la

cabeza. A través de una puerta abierta, vio a Dora colocando una olla en la lumbre. Y oyó voces masculinas por las que identificó a Joe Hoskins y a Mat.

Recordó que su última sensación había sido un pinchazo, perdiendo luego el conocimiento. Sin él darse cuenta, lo habían llevado a la casa situada en el bosque, Dios sabía con qué propósito. Lógicamente, pensó que no le aguardaba nada agradable.

Poco a poco se le iba calmando, desapareciendo la opresión en las sienes. Tal vez podría fugarse si aprovechaba la ocasión propicia, que era aquélla. Le considerarían dormido. El peligro radicaría en atravesar la cocina y alejarse de la casa. Cuando estuviese en el bosque ya no le alcanzarían.

A fin de poner en práctica su plan, comenzó por flexionar las piernas, muy lentamente, y a extenderlas. Al principio las rodillas se resistían, pero tras unos cuantos ejercicios le obedecieron.

Continuaba escuchando la conversación de los hombres, a los que seguía sin ver, por impedírselo el tabique. Joe decía:

—Si mi hermano no aparece o no manda ningún recado, habrás de ir tú, Mat.

—Iré si no hay otro remedio —repuso el aludido.

El temor a que llegasen más enemigos impulsó a Jack a precipitar su intento de huida. No perdía de vista a Dora, que le daba la espalda, entretenida en el hogar.

Levantando las piernas y procurando que no sonasen los muelles del «somier», casi sentado en la cama, giró el cuerpo, y luego bajó los pies al suelo. Se disponía a andar, cuando la posición vertical le traicionó. La paliza recibida y el efecto de las drogas lo habían arruinado físicamente. Experimentó como un mareo que le subía a oleadas dentro del cráneo, un malestar general y la rebeldía de sus miembros negándose a respetar los mandatos de un cerebro nublado. Tenía la impresión de que la cama se le escapaba por debajo de las piernas, de que el piso perdía la horizontal y de que él mismo flotaba en el aire.

De su boca, sin poder evitarlo, surgió un gruñido de rabia por su impotencia, un gemido de desesperación, y aquello le perdió. Al oírlo, Dora volvió la cabeza, y, al ver medio incorporado a Fletcher, dio un grito, no de alarma, sino de sorpresa, instintivo. Y la dirección de su mirada significó bastante.

Joe y Mat penetraron en la alcoba como centellas, y ambos cayeron encima del inspector, sujetándolo de brazos y piernas. Jack se desplomó en el lecho, incapaz de luchar.

—Hay que atarlo, Mat —aconsejó Joe Hoskins—. Este tipo es duro de pelar; mi hermano dijo que estaría atontado muchas horas. Si nos descuidamos un poco... Vas a irte ahora mismo a La Casa Roja.

—Ya vendrán, creo yo —manifestó Mat—. No es tarde, y poco importa que tarden algo.

Entre ambos ligaron los tobillos y las muñecas del prisionero, que yacía boca arriba, con los ojos cerrados y respirando fatigosamente, como si hubiese realizado un esfuerzo extraordinario.

Regresando a la cocina, donde Dora estaba en pie, con los ojos agrandados por el temor, Joe insistió:

—Anda, Mat. No seas terco. Lárgate a avisar a mi hermano.

—Si no hay necesidad...

—He dicho que vayas —y la entonación de Hoskins era de cólera, al ser desobedecido.

—Bueno, bueno; iré. Pero le advierto que no se le meta en la cabeza...

—¿Qué? —preguntó Joe, bravucón, sonriendo canallescamente.

Mat se le quedó mirando de hito en hito, pero terminó por dar media vuelta y salir de la cocina, luego de coger su rifle de caza.

Mientras tanto, Jack recobraba los sentidos conforme se le desvanecía el mareo. Se notó inmovilizado por las cuerdas. Oyó que Dora preguntaba en la otra habitación:

—¿Quiere mucha azúcar en el café, señor?

—Tendré bastante con un beso tuyo, muchacha.

Y a la vista del inspector se desarrolló una escena repugnante en la que Joe Hoskins, dando rienda suelta a sus más bajas pasiones, abrazó a la fuerza a la pobre joven. Ella se defendía con las uñas, descompuesto su semblante, retirando su boca de los labios odiosos que intentaban besarla.

—¡Déjala, canalla! —gritó Jack, irritado sobre manera, pugnando por desembarazarse de las ligaduras.

Pero Joe, como loco, excitado aún más a causa de la resistencia denodada que le presentaba Dora, seguía estrechándola y

manchándole el rostro con su baba de sátiro.

—No seas tonta, muchacha. Tú te vendrás conmigo. Nos iremos juntos lejos de aquí y del bestia de tu hermano. Yo te haré la más feliz de las mujeres. Te cubriré de joyas, si me quieres mucho.

Gritaba ella sofocada, llorando de desesperación, defendiéndose a puñadas y a puntapiés, retorciendo el cuerpo para librarse de las manos que intentaban domeñarla. Ninfa y sátiro forcejeaban, cambiando de posición, entrando y saliendo del campo visual de Fletcher.

Este último, con la cólera que debe sentir todo hombre de bien, había logrado apearse de la cama, pero al tratar de avanzar, con los tobillos atados, a saltos, tropezó en la alfombrilla y cayó al suelo, sin que ninguno de los otros dos se fijase en él siquiera.

—¡Te mataré, Joe Hoskins! ¡Déjala! ¡Maldito cobarde! —le increpaba arrastrándose en el piso con movimientos de reptil.

No había alcanzado aún el umbral, cuando presencié una trágica desviación del curso de los sucesos.

Bajó el dintel de la puerta de la casa, apareció Mat, el hermano de Dora, encañonando con su rifle a la pareja. Contraía la faz del cazador un gesto homicida. Si no disparaba se debía al temor de herir a su hermana.

—¡Suéltela, señor Joe! —aulló el hombre, el pobre bruto que no conseguía despojarse de la obediencia servil que practicó desde su infancia respecto a la familia Hoskins.

Y como el aludido no le hiciese caso, arrojó a un lado el rifle, y se abalanzó sobre Joe. Puso su zarpa en el cuello del canalla y de un tirón lo desprendió de Dora y de un empujón le hizo rodar de espaldas, junto al hogar.

Al tremendo golpe, Joe Hoskins pareció recobrar la lucidez de sus sentidos. Contempló asombrado al criado que había osado ponerle la mano en el cuerpo y que lo miraba retadoramente. Tuvo miedo; era un cobarde. Sin moverse del sitio, pero bajando un poco la mano a la altura del bolsillo derecho de su chaqueta, preguntó con una sonrisa helada:

—¿Qué haces aquí, Mat? Yo te mandé que fueses a mi casa.

—Yo me pensaba lo que usted haría, señor. Dé gracias a Dios que no lo mato, porque es usted y he comido siempre el pan de su padre y del señor Malcolm. Nunca vi con buenos ojos que usted

viniese a dar vueltas a mi hermana. Ella no es de su clase, señor; y es usted malo. Fuera de aquí. Si el señor Malcolm no me da la razón, me iré yo. ¡Fuera, he dicho, o lo destrozaré! Mat parece tonto, pero no lo es, aunque en La Casa Roja le digan bestia. El corazón me daba lo que estaba pasando, y he vuelto al galope. Y si no le vuelo la tapa de los sesos, es porque... porque... ya lo dije antes... ¡Fuera!

Sin inmutarse, confiado en su supuesta superioridad, de señor a criado, Hoskins replicó cínicamente, mientras su mano derecha iniciaba un desplazamiento sospechoso:

—No es para tanto, hombre. Yo no pensaba hacer mal a tu hermana. ¿Te olvidas de que soy un caballero? Aprende a respetar a tu amo, o mandaré que te arranquen la piel a tiras.

—¡Cuidado, Mat! —gritó Fletcher, adivinando lo que estaba en trance de suceder.

El cerebro de Mat carecía de agilidad. Sus reacciones eran lentas y cuando quiso ponerse a cubierto, ya el, traidor Joe había sacado el revólver arrebatado a Jack, y apretado el gatillo. Tras la seca detonación, el cazador se encogió sobre sí mismo, desplomándose con un rugido de fiera herida. Y Mat, que depositaba todo el cariño en su hermana, murió por ella.

En tanto que Dora se arrodillaba a abrazar el cadáver de su hermano, Joe se levantaba con el revólver en la mano. Su rostro había empalidecido; aquel crimen empezaba a pesarle. Nunca había matado a un hombre, y si Malcolm se enteraba, tendría que soportar sus censuras o algo peor.

Al fijarse en el yaciente inspector del

F. B. I.,

en su mente vil se infiltró la idea de una posible solución a su problema. Y para ello necesitaba el asentimiento de la sollozante muchacha.

—Vamos, Dora, cálmate. Créeme: no ha sido culpa mía; apreté sin darme cuenta de lo que hacía. Lo siento tanto como tú. Yo apreciaba mucho a tu hermano. Anda, mujer; no llores más.

Con una amabilidad que estaba muy lejos de sentir, puso sus manos en los hombros de la joven, tratando de apartarla del cadáver. Ella seguía llorando. Joe insistió, empleando para su trepa un espejuelo que sólo podía ocurrírsele a una persona de su escasa

inteligencia:

—Diremos a los demás que fue el del

F. B. I.

quien mató a tu hermano. Como premio te regalaré mil dólares y contarás con mi apoyo si accedes a venirte conmigo a dónde yo te lleve. Con tanto dinero junto podrás comprarte cuánto quieras, y cuando lo gastes, yo te daré más. Te sobrarán las joyas, los buenos vestidos, abrigos de pieles...; vivirás como una mujer rica.

Sus ofrecimientos obtuvieron el resultado opuesto. Dora se limitó a clavarle su mirada despreciativa, y a escupirle a la cara:

—¡Asesino! Diré en todas partes que es usted un asesino. Tendrá que matarme para que no se entere la gente de que fue usted. Y si se atreve a hacer daño al policía, le denunciaré también.

Arrebatado por la soberbia y el miedo, Hoskins subió sus dedos hasta la garganta de la muchacha.

—¡Quieto, Joe! —le advirtió el inspector, horrorizado ante la visión del crimen inminente—. Si la tocas siquiera, la Tierra será chica para servirte de escondrijo. Podrás matarnos a los dos, creyendo librarte de testigos, pero no olvides que el

F. B. I.

saca consecuencias, te acusará y terminará sentándote en la silla eléctrica. Si la dejas en libertad, te prometo que mi testimonio no obrará contra ti. A cambio de su vida, la tuya.

El furor de Joe se desvió hacia Jack. A puntapiés, le hizo volver rodando junto a las patas de la cama. Con un estoicismo rayano en heroísmo, Fletcher continuó amenazándole, con el noble propósito de atraer sobre sí todo el castigo y salvar a Dora.

Lo consiguió. Hoskins se cansó de golpear y en su cerebro fue tomando cuerpo el pensamiento de que no le convenía aumentar el número de sus víctimas, por si más tarde se descubría su culpabilidad.

Regresó Joe a la cocina y a rastras metió el cadáver en la alcoba contigua a la que ocupaba Jack.

Pasaron unos minutos. Hoskins se asomó dos veces al exterior, aguardando, sin duda, a alguno de sus compinches. Tornó a sentarse al lado del fuego, y volvió a levantarse. Se le notaba excitado, más bien asustado de sus propios hechos. Por último, con voz ronca, preguntó a la joven:

—¿Sabes si tu hermano tenía tabaco por aquí? No me queda ni un cigarrillo. Daría cualquier cosa por uno. Necesito fumar.

—Mat no fumaba —fue la lacónica respuesta de Dora, que ofrecía la impasibilidad de una esfinge, transida de dolor.

Al escuchar esto, una inspiración súbita animó al inspector del F. B. I.

Si no le habían robado la pitillera...

—Oye, Joe: Yo debo tener en un bolsillo de mi chaqueta. Te daré uno, si me pones otro en los labios. También yo necesito fumar.

Igual que un sediento se lleva un vaso de agua a los labios, así encendió Hoskins uno de los cigarrillos que encontró al prisionero. Soltó una risotada de burla ante el gesto de protesta de Fletcher por no darle otro.

—Fúmate la lengua, si puedes —le aconsejó, echando la primera bocanada de humo y guardándose la pitillera.

Jack le había observado atentamente, tratando de descubrir sí, por azar, había escogido uno de los cigarrillos impregnados de narcótico. No consiguió ver la marca a lápiz que a él le servía para diferenciarlos.

—Te complace mortificarme, ¿no? Eres un marrano —le dijo, a fin de entretenerlo y que no notase nada si había elegido uno de los preparados—. Si nuestra situación fuese a la inversa, si yo te tuviera a mi merced, no te negaría nada, demostrándote que no te temía.

—¿Miedo yo a ti? Como Malcolm quiera, voy a quitarte la cabeza a porrazos —manifestó Joe, al igual de un chiquillo desafiado por un discípulo.

—Si tienes esa seguridad de que no saldré con vida, ¿por qué no me dices que contenían las cajas del sótano? ¿A dónde suele ir el avión? ¿Qué negocios os traéis entre manos? —Estoy seguro de que no hablarás, por si acaso yo consigo...

Solamente un cretino como Joe Hoskins podía caer en una trampa tan simple. El creía, estaba seguro de ello, que el del F. B. I.

no tardaría en morir, y le irritaba, en sumo grado, que todavía lo retase con preguntas tontas.

—No me importa que lo sepas, inspector —y recalcó el cargo, empleando un tono irónico—. Nosotros seguimos, y aumentamos,

las operaciones comerciales de mi hermano Dighton, el que tú mataste, ¡mal rayo te parta! Hay quién nos vende, por mediadores, aparatos de precisión de aviones, barcos y antiaéreos. El asunto es legal, aparentemente, ¡claro está! —La risa de Joe era desesperante, al referir—: Algunos militares que se pasan de listos, los venden como material anticuado, de desecho casi, a precios bajos. Nosotros los transportamos en el bimotor al Canadá, y allí, el agente de una firma europea, nos paga buenos dólares. El negocio es redondo, y todavía le queda cola.

—¿A dónde van a parar esos aparatos, en realidad? ¿Has pensado que los usarán los enemigos de nuestro país?

—¿Qué me importa? Los pagan bien, ¿no? Pues a otra cosa. Allá cada cual con lo suyo.

Joe había tirado el cigarrillo, y encendido otro a continuación. El primero no parecía haberle producido ningún efecto. Con el pensamiento, Jack rogó a Dios que el segundo contuviese la droga soporífera. Si él moría, un malvado escaparía a la Justicia.

Hizo más preguntas y empleaba toda clase de ardides psicológicos, animando a Joe a charlar más de la cuenta. Cada vez que le veía inspirar una bocanada de humo, esperaba que el asesino diese señales de somnolencia. Y su ansia se hacía angustiosa, de pensar que no tardarían en presentarse Malcolm y Bain.

Por fin, le pareció que Hoskins parpadeaba repetidamente y que cierta torpeza en la lengua le dificultaba la pronunciación. Le vio cerrar los ojos y abrirlos de nuevo lentamente, como si los párpados le pesasen mucho. Con verdadero alborozo interior, le oyó comentar:

—Estoy más que derrengado. Me has hecho pasar una noche de perros; trayéndote y vigilándote.

—Échate un poco —le invitó Jack, burlón.

—Cualquiera se duerme contigo y la muchacha en danza. En cuanto venga Malcolm y te liquidemos, dormiré a pierna suelta durante tres días seguidos.

—¿No te remorderá la conciencia? —le interrogó el inspector, fingiendo sorpresa, y recobrando su habitual humorismo al sentir cercano el momento de la liberación.

—Déjate de historias... Dormiré más que una marmota...

Hoskins bostezó ruidosamente. La cabeza se le inclinaba y ya

miraba con los párpados entornados.

Unos instantes después, murmurando unas frases ininteligibles, igual que si estuviese borracho, se derrumbó pesadamente, quedando inerte en el suelo y respirando con fatiga.

Al golpe, apareció Dora en la puerta del dormitorio. No daba crédito a lo que veía. Miraba alternativamente al dormido y al prisionero. Éste, le aclaró:

—Uno de mis cigarrillos lo ha narcotizado. Disponemos de una media hora. Desátame pronto. ¡Traiga un cuchillo!

Y la misma navaja que utilizara Dora para tallar en madera, cortó las cuerdas que ligaban a Jack. Éste se puso en pie, con la ayuda de la joven; se resentía de la paliza sufrida en la noche anterior.

—Está muy débil. Siéntese. Yo le lavaré y curaré.

Así lo efectuó Dora, ofreciendo luego un abundante desayuno al desfallecido Fletcher. El alimento y la satisfacción de hallarse libre, coadyuvaron a su recuperación. Poco a poco, paseándose por la cocina y haciendo unos ejercicios de piernas, brazos y cintura, se sintió recobrado.

De nuevo dueño de su revólver, y después de haber atado al asesino, Jack oteaba el exterior por si se aproximaba alguien.

Su plan era aguardar en la casa, escondido, y sorprender a Malcolm y a Bain cuando entrasen. Atacándolos por sorpresa, conseguiría la victoria. No pensaba, matarlos, sino detenerlos.

Por el contrario, Dora le apremiaba, afligida, a huir a través del bosque. La desgraciada joven, que siempre había considerado a los Hoskins como seres omnipotentes, no confiaba mucho en el poder del policía, y temía que sucumbiese definitivamente.

Jack tuvo que arrancarla a viva fuerza del cadáver de su hermano, con el que quería estar ella hasta el último instante. Conmovía el apenado aspecto de Dora, y el inspector sintió tentaciones de abrazarla y consolarla con frases de cariño. Se contuvo, limitándose a tomarle una mano y decirle tiernamente, sin encontrar palabras apropiadas:

—No se aflija tanto. Ya no tiene remedio. En cuanto lleguemos a Helena, usted podrá decidir su vida, pero no quedará desamparada. Soy amigo suyo, y cuidaré de que emprenda una nueva vida. Podrá usted estudiar escultura, trabajará y algún día olvidará estos

horrores. Nunca más la molestarán los Hoskins, se lo aseguro. Conocerá usted un mundo nuevo. En Nueva York, una prima mía la atendería muy bien. Nos veríamos a menudo, Dora. Sepa que no está sola. Yo seré otro hermano para usted.

Aunque las palabras no calmaron a la joven, el mismo cansancio, la lasitud natural tras los terribles acontecimientos vividos, fueron acallando sus sollozos. Hasta sonrió tímidamente al inspector, al darle las gracias.

Como nadie apareciese al mediodía, la impaciencia de Jack por actuar le aconsejó tomase él la iniciativa. Si los otros no llegaban, él iría a buscarlos a su propia madriguera. Aquellas horas de descanso lo habían fortalecido. Si tenía que enfrentarse a la muerte, cuanto antes mejor.

En sendos caballos montaron Dora y Jack, y este último, tiraba de las riendas de una tercera cabalgadura sobre la que iba echado de bruces, Joe Hoskins, atado y amordazado, pues había vuelto en sí. Con los brazos colgando a un lado del corcel, y las piernas a otro, semejaba un fardo.

El grupo emprendió la marcha, alejándose de la casa. Dora lloraba silenciosamente. Mucho tuvo que argumentar el inspector hasta convencerla de que retornarían muy pronto, y de que su hermano recibiría sepultura cristiana.

Atravesando el bosque de coníferas, descendieron por las laderas en dirección al valle propiedad de los moradores de La Casa Roja. El caballo cargado les impedía avivar el paso.

Siguiendo la tortuosa senda, tan pronto se abría ante ellos el hermoso y amplio valle como les cerraba el horizonte una densa cortina de arboleda.

Fue Dora quien, empinándose sobre los estribos, exclamó, alarmada.

—Alguien viene. ¡Mire! ¡Por aquel claro!

Jack también divisó a un jinete que ascendía, disminuido por la distancia.

Supuso Fletcher que se trataría de Hoskins o de Bain, camino de la casa donde imaginaban que aún estaría él bajo la custodia de Joe. Si era uno de ellos dos, le prepararía una emboscada. Dividiendo al enemigo, las probabilidades de obtener el éxito serían mayores.

Unas yardas más abajo, había un árbol con unas ramas altas

tendidas en horizontal sobre el camino de herradura que ellos seguían.

—Escóndase entre el follaje, Dora. Tome los caballos, y aléjese un poco; procure que no relinchen al ventear al otro.

Descabalgando, y luego de contemplar cómo la joven se perdía entre la floresta con los tres animales cogidos de las riendas, él prosiguió descendiendo a pie, hasta el árbol elegido.

Fue un buen entrenamiento a sus miembros doloridos la ascensión por el tronco y su desplazamiento al arranque de las ramas horizontales. Arrodillado, esperaba divisar al jinete. No había desenfundado el arma de fuego, pues deseaba cogerlo vivo.

Passarían unos diez minutos. Al fin, oyó el ruido de unos cascos herrados en las planchas calizas que sembraban el camino, y la música de una canción silbada malamente.

Los rasgos del jinete fueron perfilándose. Era nada menos que Bain, el exmilitar, quien parecía contento de la vida, no sospechando lo que le aguardaba. Nadie iba en pos de él.

Los músculos de las piernas de Fletcher empezaron a tensarse, al igual de los del jaguar que acecha desde lo alto a la víctima incauta.

La antipática faz de Bain, con su fea nariz ganchuda, mostraba un contento que sólo podía consistir en su falsa creencia de que el

F. B. I.

aún estaría en casa de Mat, vigilado por éste y por Joe Hoskins. Posiblemente portaría órdenes de asesinarlo, eliminando así un peligroso testigo de sus criminales y antipatrióticas actividades.

En lo alto de la rama, Fletcher acechaba. Y llegado el momento, cuando el jinete acababa de pasar por debajo, se dejó caer sobre sus espaldas. Se levantó de manos el caballo, asustado, y Bain y Jack fueron arrojados a tierra, por dónde rodaron juntos.

El exmilitar, al principio paralizado a causa del inesperado ataque, reaccionó bravamente nada más ver que su contrincante era el inspector del

F. B. I.

El miedo le proporcionaba energías. Apelando a toda clase de recursos, forcejeaba y luchaba para zafarse de los dedos que intentaban cortarle la respiración. A dentelladas, puñetazos, rodillazos y puntapiés trataba de librarse del temido dogal que lo

reduciría al estado de prisionero.

Tuvo la suerte de alcanzar el vientre de Fletcher con la planta de sus pies y despedirlo a unas yardas. El inspector, al caer de espaldas, sintió un duro golpe en la nuca; su cabeza había chocado con una piedra. Medio inconsciente, se incorporó.

Como Bain no se diese cuenta de su ventaja, pues al verlo levantarse esperaba una nueva acometida suya, prefirió eludir la pelea en la que llevaría las de perder. Su caballo se había alejado. Atemorizado, en vez de hacer frente con los puños o con un arma al inspector, optó por huir. Locamente se salió del camino, internándose en el bosque.

Tardó Jack unos segundos en reponerse de la conmoción. Había visto la huida del exmilitar, y en su seguimiento se lanzó. Al principio, la misma carrera y los obstáculos naturales que la floresta le ponía, le cansaron las piernas; más el ansia de capturarle vivo le hizo olvidarse de ello.

Divisó las espaldas del fugitivo desapareciendo tras unos troncos.

Saltando por encima de las rocas, agachándose al pasar por debajo de las ramas bajas y rodeando los matorrales espesos que le frenarían la marcha, fue adquiriendo agilidad. Había sido uno de los mejores corredores pedestres en la Universidad y sus facultades no estaban mermadas.

Recorrió a toda velocidad un gran trecho, más no consiguió volver a descubrir a Bain. Se detuvo, despistado. Era imposible. El exmilitar no pudo aventajarlo. En derredor, el bosque aparecía en calma y, sin embargo, en alguna parte estaría escondido el cómplice de los Hoskins.

Y entonces comenzó una batalla silenciosa, capaz de estremecer al hombre más templado. Fletcher tenía la seguridad de que el otro también lo buscaba a él. Adivinaba que unos ojos enemigos seguían cada uno de sus movimientos, y una bala le alcanzaría en cuanto se descuidase.

Agazapado, escudándose tras los troncos, registraba la maleza con la mirada. Una ramilla oscilando y aquello sería suficiente. Maldecía de las bayas secas, que crujían bajo la suela de su calzado. En el cielo, el sol lanzaba sus rayos casi verticalmente, y los claros y sombras jugaban malas pasadas a la vista.

Daba una zancada adelante, agachado, cuando oyó un roce a su espalda. Podía ser un reptil o... Se volvió rápidamente. Bain asomaba por un matorral la cabeza y la mano derecha armada de su automática.

Dio Jack un salto mortal, a la derecha, hurtando el cuerpo al proyectil, que silbó en el aire siniestramente. Y como una segunda bala lo persiguiera a su nueva posición, rozándole la sien izquierda, no tuvo otro remedio que...

Voló su diestra a la culata del revólver que llevaba entre el cinturón y los pantalones. Su movimiento tuvo la velocidad del rayo, seguido del trueno de la detonación.

Y en la frente de Bain apareció un boquete horroroso.

A él se aproximó Fletcher, comprobando que era cadáver. Lamentó haber tenido que matarlo, pero las circunstancias se lo exigieron para salvar la vida. Y su decepción aumentó de grados al no obtener ningún documento comprometedor en los bolsillos de Bain. Aquel encuentro no le había reportado ningún dato, ni siquiera un prisionero que entregar a las autoridades de Montana.

Malhumorado, regresó al camino. Dedujo que por hallarse aún lejos el valle, ninguno de los vaqueros habría oído los estampidos. Se imponía ultimar sus planes. A Malcolm Hoskins lo necesitaba vivo.

A sus llamadas salió de la espesura Dora, con los tres caballos.

Una de las preocupaciones de Jack consistía en la posible intervención de los «cowboys». Si el patrón les mentía y les ordenaba que detuviesen al «ingeniero», acusándolo de ladrón o algo parecido, los vaqueros no dudarían en obedecer.

Para entrar en La Casa Roja emplearía un ardid. Si triunfaba, ninguno de los vaqueros que andaban por las corralizas con el ganado sospecharía lo que estaba sucediendo en la casa del patrón.

Antes de salir del bosque, a corta distancia del comienzo del valle, Jack paró su cabalgadura y echó pie a tierra.

—Lo dejaremos aquí, Dora. Dentro de poco nos verán y no hay que alarmarlos.

Joe Hoskins fue apeado del caballo, y con un lazo quedó atado sólidamente al tronco de un árbol, tendido en el suelo y cubierto de maleza seca. En un principio creyó llegada su última hora, pero se tranquilizó, y hasta parecía resignado, al ver que el inspector del

F. B. I.

no le causaba ningún daño.

Fletcher, con la ayuda de Dora, se echó sobre la montura de su corcel, imitando la anterior postura del criminal. Y reanudaron el descenso, conduciendo la joven los tres caballos. Oscilaban como péndulos los brazos y las piernas de Jack. Cualquiera que lo hubiese visto, habría deducido que el «ingeniero» estaba malherido. Entre la camisa y el pecho, Fletcher ocultaba su revólver, que por la forzada posición se le había deslizado hasta la axila izquierda, donde lo sujetaba fuertemente.

Sin ningún contratiempo arribaron a la explanada arenosa, frente a la fachada de La Casa Roja.

Malcolm Hoskins debió verlos desde la ventana de su despacho, pues salió al porche antes de que Dora hubiese desmontado, y a ella la interrogó, en tono quedo y olvidada su serenidad habitual:

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde están Joe y Mat? ¿Por qué traes a este aquí? ¡Explícate!

Y recordando Dora las indicaciones del agente del

F. B. I.

que simulaba el desvanecimiento, empezó a relatar en voz alta:

—Cuando ustedes lo subieron allí, a éste, al policía, ocurrió que...

No pudo continuar hablando, porque Malcolm le tapó la boca con la mano, a la vez que echaba una mirada recelosa en rededor, por si alguno de los criados los escuchaba.

—¡Calla! ¡Y ayúdame a entrarlo! ¡Ya me lo contarás!

En el «*hall*», la presencia de las doncellas obligó a que el amo fingiese preocuparse mucho por el mal estado del «ingeniero», y dio orden de que lo subieran a su cuarto. Haciéndole el juego, en apariencia a él, pero, en realidad, a Jack, comentó la joven:

—El pobre se cayó por unos riscos y poco le ha faltado para estrellarse.

En cuanto las sirvientes depositaron en la cama al supuesto despenado, un gesto del patrón las despidió. Quedaron a solas él y Dora.

—Dime qué ha sucedido, muchacha. ¿Dónde está mi hermano, y el tuyo, y Bain? Además, estás loca, trayéndolo aquí.

La joven, representando la comedia aprendida, relató que Joe y

Mat habían salido de caza, dejándola a ella con el prisionero. La llegada de Bain originó una pelea feroz, porque el policía se había desatado. Murió Bain, y ella, al ver que el prisionero tenía necesidad de cura, pensó que en La Casa Roja...

—¡Estúpida! ¡Idiota! ¿Por qué no aguardaste a que volviesen los otros? No se te ha ocurrido otra cosa que traérmelo aquí, a meternos en un lío. Creí que eras algo más lista que el animal de tu hermano. Me dan ganas de...

La entrada del capataz del rancho en el dormitorio paralizó la mano que Malcolm levantaba para agredir a la joven. Desde el lecho, y a través de las pestañas, por mantener los párpados entornados, el inspector contemplaba la escena, y únicamente la irrupción del capataz le retrasó la acción. Optó por permanecer inmóvil, en espera de la ocasión más propicia a sus deseos.

Con escasas palabras repitió Malcolm a su capataz la mentira acabada de oír. Su empleado ignoraba la verdadera personalidad del «ingeniero» y rehusó participar en el «asunto». Afirmaba que él no tenía inconveniente en colaborar en el cargamento de las cajas, pero sí al tratarse de asesinar a un agente del

F. B. I.

Comprobando de una ojeada Malcolm que Fletcher no daba señales de vida, sacó a Dora y al capataz fuera de la alcoba.

Jack se puso en pie y su revólver fue trasladado a la correa de la cintura. Cruzó la habitación hasta la puerta recién entornada. Oyó que Malcolm argumentaba calurosamente, ofreciendo mucho dinero al capataz si se atrevía a matar al policía. El declararía a las autoridades que habría sido un suicidio o un accidente.

La resistencia del capataz desesperaba a su patrón. Era evidente que Malcolm evitaba mancharse directamente de sangre las manos. Astuto, pretendía descargar en otro tan grave culpabilidad.

Por último, Fletcher escuchó que decía:

—¡Está bien, Tom! Ya trataremos más adelante de esto. De momento, pasa y vigílalo. Y tú, Dora, acompáñame al despacho. Tenemos que hablar despacio.

En la alcoba, pegado a la pared, Jack aguardaba. Comenzó a abrirse la puerta. Si el capataz veía que el policía no yacía en la cama, daría la alerta.

Pasó el capataz, preocupado con los ofrecimientos y las

amenazas de su patrón, y pese a su corpulencia, no pudo evitar que los dedos de Jack se le ciñesen al cuello con la fuerza de garfios de acero. El mismo inspector, arrastrando al vaquero dentro del dormitorio, cerró la puerta de un puntapié.

Hombre robusto y acostumbrado a los ejercicios violentos, el capataz no constituía fácil presa. Aunque casi asfixiado; se debatía denodadamente. Y aquel combate no convenía a Jack que se prolongase. Soltándolo de pronto, antes de que se repusiera, empleó con él una de sus preferidas llaves de lucha, hundiéndole los pulgares en los costados, por detrás, y a continuación dándole un golpe en la nuca con la mano derecha, rígida como una tabla.

No produjo ruido la caída del vaquero, pues Fletcher lo recogió a tiempo en sus brazos. Momentos más tarde, lo amordazaba y ataba mediante unas toallas y el mismo lazo que él había empleado cuando se descolgaba por la ventana.

Mientras ultimaba la faena, atento con el oído al pasillo exterior, meditaba acerca de las palabras que Malcolm dirigió a Dora. Creía haber notado un acento amenazador, aunque el contenido de sus frases no lo fuese. Estarían en el despacho.

Extrañó la ausencia de Daisy. No se hallaría en la casa, sino posiblemente, de paseo a caballo. No obstante, y como también ella había participado en los delictivos hechos, le interesaba localizarla. Lo haría más adelante.

Con el arma oculta en el bolsillo derecho de la chaqueta, descendió al «hall». Hizo girar el pestillo de la puerta del despacho de Malcolm y pasó. Este último, sentado a la mesa, dialogaba con Dora, que se hallaba junto a él, llorando.

El estupor se apoderó del patrón de La Casa Roja, al percatarse de la sigilosa entrada del inspector del

F. B. I.

y de su revólver.

—¿Cómo...?

Quedó evidente para Fletcher que la joven no había confesado la verdad, sino alargado la serie de mentiras acordadas. Su llanto muy bien podía deberse, dentro de la comedia, al recuerdo de la muerte de su hermano.

Malcolm miró a Dora y a Jack. Era inteligente y no tardó en adivinar la trama urdida. Sus pupilas destellaron fulgores acerados

y unas venillas azules se le hincharon en la abombada frente. Movi6 una de las manos, a abrir un caj6n de la mesa.

—¡Quieto, Malcolm! ¡Un gesto suyo y apretaré el gatillo, muy a mi pesar! —Le intimó el inspector del

F. B. I.

No sacó Hoskins ningún arma, pero sí reaccionó de otra manera que puso en grave aprieto a Jack. Antes de que éste tomase una determinación, Malcolm rodeó rápidamente con un brazo el cuerpo de Dora y la atrajo hacia sí para apoyarle en el pecho la punta de un cortaplumas acabado de tomar de encima de la mesa.

Roncamente amenazó:

—Si da usted un paso más, se lo clavaré.

Hubo unos instantes de emotiva tensión en la estancia. Frente a frente, los dos enemigos se contemplaban duramente. Fletcher disponía del revólver, más Hoskins se parapetaba como mejor podía tras el cuerpo de Dora. Y el inspector no haría nada para que ella no fuese herida.

—Hoskins: Es inútil cuánto hagas. Has sido descubierto. Tu hermano está preso; Bain ha muerto, y quitado de en medio tu capataz; sólo quedas tú, porque Daisy, aunque culpable, no cuenta en este caso. Entrégate.

—Nunca, Fletcher. Un hombre de mi familia nunca morirá en la silla eléctrica. Acostumbramos a morir de otro modo.

Pálido, leyendo en los ojos de su antagonista la desesperación del acorralado, Jack insistió, sin atreverse a avanzar ni a disparar por temor a herir a Dora:

—¡Estás en un error, Malcolm! Que yo sepa, tú no has cometido asesinato alguno. Tu crimen ha sido comerciar ilícitamente. El castigo no excederá de unos años de prisión. ¡Date preso!

—¿Yo, a la cárcel? ¿Un Hoskins? Antes prefiero morir matando. Atienda, Fletcher: No se precipite y obremos con sentido práctico. Usted es un simple policía, con un sueldo que seguramente es irrisorio. Yo poseo mucho dinero. Veinte mil dólares le recompensarían de decir a sus jefes que había fracasado en esta misión. ¿Qué le parece? —Y al no contestar el aludido prosiguió, elevando la oferta—: ¡Cincuenta mil!... ¡Cien mil!... Cien mil dólares, Fletcher. Sería usted rico, y hasta podría abandonar el

F. B. I.

y dedicarse a otra actividad menos peligrosa. Le ofrezco la riqueza y usted la rechaza. ¿Está loco? ¡Cien mil dólares, Fletcher! Si asiente, dentro de dos horas los tendrá en su poder. ¡Responda de una vez!

Con profunda decepción, Jack había escuchado a Malcolm. Experimentaba la sensación de revivir una escena en la que antaño también él fue protagonista, pero en la que su contrincante era Dighton Hoskins, el hermano mayor de Malcolm. Aquél también le tentó con el dinero, creyendo, en su ruindad, que algunas conciencias podían comprarse. Aquel Dighton cuyo retrato colgaba de una de las paredes del despacho.

—Ni por un millón me vendería, Malcolm. Usted ha de acompañarme. Si no ha cometido delitos de sangre no tema a la condena. Unos años pasan pronto. Si ahora mata a esa pobre muchacha yo lo mataré de todas maneras, después de hacerle sufrir en la agonía. Ya no eres nadie, Malcolm. Juro que no te acusaré de tu intento de asesinato en mi persona por mediación de Fergurson. Sólo se te acusará del tráfico clandestino de aparatos pertenecientes a los Ejércitos. Este delito no tiene pena de muerte. ¡Piénsalo pronto, Malcolm! ¡La paciencia se me está terminando!

Vacilaba el forajido ante los razonamientos del inspector del F. B. I.

Luchaban en su interior el miedo a la silla eléctrica y su creencia de que todavía podría escapar si empleaba bien a su rehén, a Dora.

Le descompuso por completo la siguiente frase de la joven, inmóvil entre sus brazos, dirigida a Fletcher:

—Tire usted, no le importe por mí.

Ella se sacrificaba con tal de que un responsable de la muerte de su hermano, no escapase con vida.

De súbito se abrió la puerta del despacho, penetrando Daisy Hoskins apresuradamente. Jack había dado unos pasos atrás, escudándose tras la puerta, y Daisy se dio cuenta tardíamente al observar el grupo que formaban su hermano y Dora, y, de otra parte, Fletcher armado.

La menor de los Hoskins estaba acostumbrada a hacer su voluntad desde pequeña, y en ella vencían siempre los deseos caprichosos y la subsiguiente rabieta si no los colmaba. Ver al inspector del

F. B. I.,

al que había matado a su hermano Dighton en Nueva York, y arrojarle sobre él, sin importarle su revólver, todo fue uno, producto de un carácter histérico.

Muy bien pudo Jack detenerla en el camino, apretando el gatillo del arma, más no lo hizo, impidiéndoselo su hombría. Y Daisy le atacó, arañándole e insultándole con palabras impropias de una mujer que debía haber recibido buena educación. Era tal su odio que no reparaba en las consecuencias que le sobrevendrían.

Se defendía pasivamente el inspector, hasta que vio a Malcolm abandonar a Dora y pretender huir por la abierta puerta. Se le escapaba el jefe de los criminales, y si conseguía la ayuda de sus vaqueros la situación sería angustiosísima en aquel lugar apartado de Montana.

Lamentándolo, Fletcher utilizó su puño izquierdo para descargar un terrible golpe en la mandíbula de Daisy. No necesitó dar más. Igual que si hubiese recibido una coz, la joven rodó por la alfombra, sin sentido.

—Vigílala, Dora —gritó Jack a la otra muchacha, y él salió al «*hall*» con el revólver al frente.

Malcolm Hoskins, a todo correr, ya casi alcanzaba la salida al jardín. Y el inspector del

F. B. I.

no dudó en apuntar y disparar. Dio su proyectil en el blanco elegido, en una cadera del fugitivo, derribándolo por el piso. De unas zancadas, Fletcher cortó los aullidos y las peticiones de socorro del herido, mediante un culatazo del revólver en su cráneo.

Varios criados irrumpieron, asustados, en el «*hall*». Los detuvo el arma de Jack, su aspecto fiero y sus palabras:

—¡Todos manos arriba! ¡En nombre de la Ley os exijo el cumplimiento de mis órdenes! Vuestro patrón ha sido detenido; también sus hermanos y Bain y el capataz. Si alguno intentáis llamar a los «*cowboys*» o atacarme, el

F. B. I.

os pedirá cuentas.

Amedrentados, confusos, sin nadie que los capitanease, los criados se resignaron a ser encerrados bajo llave en un cuarto sin ventanas.

Fletcher, asomándose a la explanada, observó con satisfacción

que no se distinguían señales de alarma en las corralizas; no habían oído la detonación.

En un santiamén ató y amordazó a Malcolm y a Daisy, con la ayuda de Dora. Luego indicó a la joven:

—Baja como puedas al capataz, que está en mi alcoba, mientras yo saco mi automóvil. Si tenemos suerte, estaremos lejos de aquí con estos canallas antes de que regresen los vaqueros de los prados.

En la cochera de La Casa Roja se hallaba el «Ford» de Jack. Puso en marcha el motor y, sin llamar la atención de nadie, pues él siempre había disfrutado de plena libertad en la finca, condujo el vehículo hasta la explanada, delante de la gran puerta.

Dora, entre tanto, tenía agrupados a los tres cómplices apresados. Uno a uno, y aprisa, se los fue Jack echando al hombro y arrojándolos a la parte posterior del «Ford», procurando que ninguno estuviese sobre otro, sino separados, a fin de evitar que se ayudasen en desatar los nudos de las ligaduras.

Él se puso al volante y recomendó a Dora:

—Suba a mi lado y tome mi revólver. Vaya vuelta, vigilándolos, y en cuanto traten de removerse o de huir golpéeelos sin contemplaciones.

Arrancó el automóvil, adentrándose por el camino arenoso, a través de las corralizas. Apretaba Fletcher el acelerador en lo que le permitía el estado del camino, más lo suficiente para que los vaqueros curiosos no tuviesen tiempo de ver nada del interior.

Con un suspiro de descanso, Fletcher metió el coche en la carretera general, asfaltada, donde le era posible acelerar la velocidad. Le asustó un grito de Dora.

—Se ha olvidado usted de Joe.

Sonriendo levemente, el inspector del

F. B. I.

aclaró:

—A Joe no lo encontrarán en el sitio que está, y tampoco logrará librarse de las cuerdas. En cuanto lleguemos al primer pueblo telefonaré a la División del

F. B. I.

en Helena, pidiéndoles que vengan. Regresaré con ellos a hacernos cargo de Joe, de la mercancía oculta y del bimotor. Además, hay que enterrar el cadáver de Bain y...

—No se atrevió a nombrar al difunto hermano de Dora.

—Yo vendré con usted. Quiero ver por última vez a Mat... Será un consuelo para mí.

—No le conviene, Dora, le aconsejó él, cariñoso. —Sufrirá usted mucho. Le aseguro que yo cuidaré de... En fin, lo mejor será que usted siga acompañada por algún agente hasta Helena.

—¿Qué será de mí? ¿A dónde voy a ir? Yo no tengo familiares en ningún sitio. No sabré qué hacer.

—Usted me aguarda en la División —y entonces, cogiendo una mano de la muchacha, la miró a los ojos, diciéndole solemnemente—. Usted cuidaba de su hermano. Ahora cuidará de mí. ¿Quiere usted casarse conmigo?

—¿Yo... con usted? —El arma se desprendió de entre los dedos de la joven, que estaba toda pálida por la emoción—. Yo... Usted... ¡Oh!

—¿No le gusto, Dora? Si no me tiene simpatía no se preocupe. Haré que entre usted en algún internado hasta que pueda vivir sola. Yo la protegeré de todas maneras.

La joven, impulsivamente, con los ojos anegados en lágrimas, se atrevió a besar la mejilla del inspector, ocultando después su cara en el pecho de él.

Y Jack, «el Invencible», ganó una batalla más. Había conquistado, con su nobleza y su honradez, el corazón de una muchacha pura, que veía en él a un hombre distinto al brutal Joe Hoskins.

Y el automóvil se perdió a lo lejos, transportando seres que recibirían el correspondiente castigo y otros que ya se sentían felices, merecedores de la mayor de las dichas.



Tráfico mortal

He aquí un título que nos relata las andanzas de viles mercaderes, mercaderes de la muerte que se enriquecen con sangre ajena.

LEWIS HAROC

Este escritor de primera categoría, conocido ya entre el público español, y con igual éxito que en Sudamérica, nos ha enviado su última obra, la mejor de todas las suyas, titulada

Tráfico mortal

¡FUTURO Y FULGURANTE EXITO DE LA
Colección F. B. I.!

JOVENES:

Los más emocionantes cuadernos
de aventuras

Jeque blanco
Aventuras del F. B. I.

¡Dibujantes maravillosos! ¡Escenas trágicas!

NOTAS

[1] Jack es diminutivo de John. (N. de la E.). < <